



QUINTO ELEMENTO



**Una novela de Terry Bisson
basada en el guion de Luc Besson
y Robert Mark Kamen**

Lectulandia

Cada quinientos años se abre una puerta entre las dimensiones. En nuestro Universo, los cuatro elementos (aire, tierra, agua y fuego) han dado lugar a una multitud de formas de vida. Al otro lado de esa puerta, en otra dimensión, existe un ser oscuro que espera pacientemente, en el umbral del Universo, para extinguir toda forma de vida y de luz.

Cada quinientos años, el Universo necesita un héroe, y en la New York del siglo XXIII, un héroe es algo difícil de encontrar.

Lectulandia

Terry Bisson

El quinto elemento

ePub r1.0
lenny 13.01.16

Título original: *The Fifth Element*

Terry Bisson, 1997

Traducción: Carlos Gardini

Diseño de cubierta: lenny

Editor digital: lenny

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

Era 1913 y aún no había comenzado la «guerra para terminar todas las guerras», la Primera Guerra Mundial.

Pero había otras guerras.

En el linde del desierto, donde los campos de la aldea se encontraban con las dunas, se libraba la milenaria Guerra del Desierto contra el Nilo, y un año la batalla dejaba un poco más de arena, al siguiente un poco más de suelo cultivado.

En un sendero que se internaba en el desierto alejándose de los campos, una mula que trotaba con un chico en el lomo libraba la Guerra del Animal contra el Hombre. La mula andaba cada vez más despacio, hasta que el chico le pegó con un palo entre las orejas, ganando provisionalmente esa guerra.

—Andando —dijo Omar en un dialecto nativo tan antiguo como las tumbas que moteaban el paisaje—. Pero tampoco te apures demasiado —añadió.

El chico, por su parte, libraba la eterna Guerra de los Jóvenes contra los Adultos. Lo habían mandado a buscar agua, y no tenía prisa en regresar para que los mayores pudieran darle más órdenes.

Entretanto se preparaban otras guerras, guerras de las que nada sabían los chicos ni las mulas.

El sendero se internaba en el desierto serpenteando entre las dunas. El sol caía a plomo sobre las ruinas desperdigadas. Ninguna de ellas tenía nombre.

Con los años, las antiguas tumbas y templos iban y venían como nubes, a medida que las arenas siempre en movimiento las cubrían y descubrían. A veces Omar pensaba que se movían las ruinas y no las dunas, pues el eterno desierto parecía mucho más sustancial que las tumbas y los templos que aparecían y desaparecían según el capricho de los elementos.

Omar pasó junto al Ford T del profesor, sepultado en la arena hasta las ruedas. Más tarde su tío iría a sacarlo con un camello. Por un precio.

Omar y su mula avanzaron por el fondo del *uad* y treparon por la loma que conducía a la nueva tumba. Aun a esa distancia era imponente.

Omar nunca la había visto. Su tío decía que había aparecido varias veces en el pasado, pero los saqueadores de tumbas la ignoraban porque no contenía ningún tesoro.

—No es para nosotros —dijo.

El tío de Omar era un saqueador de tumbas.

Los lugareños saqueaban tumbas y templos buscando oro. Los europeos viajaban allí para saquearlas en nombre de algo que llamaban ciencia.

Los europeos intrigaban a Omar. Eran más niños que hombres. Eran crueles como niños, pero de risa fácil. Como los niños, no parecían tener interés en el oro ni la plata. El profesor italiano estaba tan entusiasmado con las inscripciones que había encontrado como un «auténtico» saqueador que hubiera encontrado argollas de oro o

cestos de piedras preciosas.

Aun semienterrado en la arena, el templo era imponente. Las enormes columnas de la entrada empujaban a los dos jóvenes que aguardaban afuera, sosteniendo espejos para reflejar luz dentro del templo, un viejo truco de los saqueadores de tumbas.

Los chicos agitaron el brazo.

—¡Agua! —gritaron, y Omar se detuvo para darles unas gotas de los odres de piel de cabra.

—No tenéis sed —les dijo—. Sólo aburrimiento. Agradeced que tenéis un trabajo.

—Deja de jugar al *sahib* —dijo Mahmoud, que sostenía el espejo más grande—. Eres solamente un aguador.

Omar decidió ignorarlo.

Dejó la mula a la sombra y entró. Omar sabía que el profesor y su asistente americano, Billy, tendrían sed. Los europeos bebían mucha agua.

Los espejos de la puerta alumbraban un largo corredor. Omar avanzó contra la pared para no tapar la luz.

Otro chico sostenía otro espejo en el extremo. Su trabajo era enfocar el haz hacia el interior y asegurarse de que la luz siguiera al profesor y su asistente hasta la gran cámara.

Pero ese chico ya estaba haciendo algo mal. Cabeceaba, adormilándose por causa de la penumbra, del aire enrarecido o del parloteo del arqueólogo italiano que explicaba los jeroglíficos que cubrían el extremo de la gran cámara.

—¡Oye, Aziz!

La voz del profesor resonó en la cámara.

El chico se irguió, y su luz recorrió el interior de la cámara como un relámpago plateado.

—¡Presta atención! —rezongó el profesor.

—¡Sí, Aziz! —susurró Omar. Se detuvo en la puerta, saboreando el último momento de libertad antes de que lo vieran los adultos. Estaba fascinado por esa cámara con su pared cubierta de trazos. En la obscuridad parecían inscripciones, pero cuando les daba la luz parecían fulgar con magia, promesas y poder.

El profesor señalaba los ideogramas desde una escalera desvencijada, mientras Billy, el joven americano, los dibujaba en su cuaderno de bocetos.

A Omar le gustaba Billy. Le agradaba verle trabajar. Billy dibujaba sin siquiera mirar el cuaderno que tenía en la mano, pero sus dibujos eran casi tan perfectos como las nuevas «fotografías» que Omar había visto en una «revista» de El Cairo.

Omar pensaba que los científicos (que amaban las novedades) habrían preferido fotografías, pero la iluminación del templo era insuficiente.

Omar recogió sus sacos de agua, disponiéndose a cruzar la habitación, cuando sintió una mano huesuda en el hombro.

Se sobresaltó, pero al mirar atrás vio una figura menuda y familiar.

Omar conocía al viejo sacerdote. Hacía años que vivía en el linde del desierto. No era del todo europeo, pero tampoco del todo egipcio.

El sacerdote cogió el odre que Omar llevaba en el hombro.

—Yo me encargaré, hijo mío.

Omar asintió y le entregó el saco de piel de cabra. El viejo sacerdote lo ponía nervioso, aunque no sabía por qué.

—Ve con Dios —dijo el sacerdote, haciendo la señal de la cruz en la frente del chico.

Lo dejó en las sombras y caminó con el odre hacia la escalera donde el italiano estaba revisando la inscripción, carácter por carácter.

—Cuando los tres planetas estén en eclipse —decía el profesor, recorriendo los extraños caracteres con los dedos, como si leyera Braille—. El agujero negro, como una puerta, está abierto. El mal llega, sembrando terror y caos.

Señaló un ideograma donde una serpiente se deslizaba entre tres planetas. La escalera se balanceó peligrosamente.

—¿Ves, Billy? —le dijo al joven—. La serpiente, Billy. Procura registrar la serpiente. El mal supremo. Asegúrate de registrar la serpiente.

Billy dibujaba sin mirar abajo, las manos rápidas, los trazos seguros.

—¿Y cuándo se supone que esta serpiente se presentará en escena? —preguntó secamente.

El profesor ignoró su sarcasmo. Se volvió hacia la pared y pasó los dedos por la inscripción.

—Si esto significa cinco, y esto significa mil... cada cinco mil años.

—Entonces tenemos tiempo —dijo Billy.

El viejo sacerdote se detuvo en medio de la cámara. Torció el gesto al oír el tono sarcástico del americano.

«¡Si él supiera!» Por un instante, el sacerdote vaciló. Ese joven era ignorante, a fin de cuentas. Y la ignorancia era una especie de inocencia. Él no sabía nada.

Luego el sacerdote oyó el murmullo del profesor, que leía la inscripción:

—Conque aquí tenemos estos diferentes pueblos, o símbolos de gente, reuniendo estos cuatro elementos de vida: agua, fuego, tierra, aire...

Los dedos del profesor se detuvieron en el único ideograma que tenía forma humana.

—En torno a un quinto elemento.

El sacerdote supo que tenía que hacer lo que se había propuesto.

Sacó un frasco envejecido del bolsillo de su tosca sotana negra. Lo abrió y frunció la nariz al sentir el punzante olor de ese polvo seco.

Abrió el odre mientras el profesor seguía murmurando:

—Es como si estas personas dieran algo de sí para fabricar a esta criatura.

—Que Dios me perdone —susurró el sacerdote mientras echaba el polvo de la

pócima en el saco de agua—. Ya saben demasiado. Demasiado.

El profesor seguía hablando con emoción. Sus dedos se detuvieron en el ideograma.

—Este ser en el cual reside toda la historia del universo... toda la fuerza, toda la esperanza... para protegernos del Mal.

—Amén —dijo el viejo sacerdote, vertiendo agua en una taza de estaño.

El profesor bajó la vista y reparó en su presencia.

—Padre —dijo—. Esto es extraordinario. El hallazgo más grande de la historia. Mire usted...

El sacerdote asintió gravemente.

Entusiasmado con sus propias palabras, el profesor bajó la voz y habló más despacio, como si rezara.

—Aquí está el Bien, aquí el Mal, y aquí...

Señaló los símbolos de los cuatro elementos, dispuestos alrededor de la figura central.

—¡Un arma contra el Mal! ¡Fenomenal! ¡Seré famoso!

—Entonces brindemos por su fama. Ten, Billy —dijo el sacerdote dándole la taza al joven artista antes de servir otra para el profesor.

Billy empezó a beber mientras el profesor bajaba de la escalera.

—Beba —dijo el sacerdote, dándole la taza.

El profesor la alzó.

—¡Por la fama! *Salute!*

De pronto bajó la taza sin probarla.

—No podemos brindar con agua. Billy, hay *grappa* en mi mochila.

Ante los horrorizados ojos del sacerdote, el profesor arrojó el agua al piso del templo. Billy vació su taza y corrió al pasillo.

«Un comienzo apropiado —pensó el sacerdote con desconsuelo—. ¡He matado al inocente!»

«No está mal» pensó Billy. Habitualmente el agua de aquellos sacos de piel sabía demasiado... a cabra.

Pero esta vez era más dulce.

Tal vez el aguador, Omar, la había extraído de un pozo mejor. O tal vez el saco estuviera más limpio que de costumbre.

«Vete a saber» pensó Billy, mientras atravesaba el largo pasillo que conducía hacia la brillante luz del sol del desierto. Se cubrió los ojos para protegerse del resplandor de los espejos.

Había recorrido la mitad del pasillo cuando encontró la mochila del profesor. Al agacharse para recogerla oyó un ruido sordo y sintió que la luz cambiaba.

Algo sucedía fuera del templo. ¿Una tormenta repentina? «Imposible» pensó Billy. Allí no había tormentas repentinas. Egipto no era Indiana, donde un temporal podía arreciar y amainar en cuestión de minutos.

Aquí el calor era implacable y las pocas nubes permanecían a gran altura, como temiendo que la gente las arrancara del cielo y las exprimiera para sacarles la poca humedad que contenían.

Billy sintió un mareo. ¿Qué era eso? ¿Un relámpago? ¿Un trueno? Los ruidos sordos eran cada vez más intensos.

Billy abrió la cremallera de la mochila y encontró la ametralladora que el consulado le había dado al profesor para que la llevara consigo. El profesor, que odiaba las armas, la había llevado pero la había dejado en la mochila.

Era una Sten último modelo.

Debajo de la ametralladora Sten estaba la *grappa*. La botella había perdido más de cuatro centímetros desde la mañana. Billy sospechaba que el profesor la usaba para «facilitar» su traducción de los jeroglíficos.

«Qué más da» pensó. Regresaría a Indiana en pocos meses, a menos que...

Pero ¿por qué se sentía tan mareado?

La entrada del templo estaba oscura, y el «trueno» crecía cada vez más.

Luego cesó.

Billy se acercó a la puerta. Los jóvenes que sostenían los espejos miraban hacia arriba, desconcertados.

Billy vio una inmensa nave de metal, erguida sobre su base.

En el costado de la nave se abría una puerta.

Lo que salió no era humano.

—Esta persona perfecta —leyó el profesor—, este ser perfecto...

Miró al viejo sacerdote, que cerraba los ojos y juntaba las yemas de los dedos, como rezando.

—Sé que ésta es la clave —dijo el profesor—. Pero no entiendo. «¿Perfecta?» ¿Qué querrá decir?

—Perfecta significa perfecta —sugirió el sacerdote.

Los chicos corrieron hacia las dunas dando gritos.

Billy se refugió en las sombras del templo. No sabía si corría para salvar su pellejo, su cordura o los dibujos que había dejado en la mochila del profesor.

Se agachó para recogerla cuando oyó pasos a sus espaldas en el pasillo.

Fueran lo que fueren, estaban entrando.

Apretándose contra la pared, Billy se ocultó en las sombras mientras una hilera de enormes seres pasaba de largo. Parecían moverse despacio, pero en un momento, como si se desplazaran dentro de otro tiempo, se habían adentrado en el pasillo.

Cubiertos con una reluciente armadura metálica, eran macizos como enormes tortugas erectas, aunque se movían con sorprendente gracia y celeridad. No parecían tener cabeza, hasta que Billy vio que algo parecido a una cabeza de ave les nacía en el centro de un tórax enorme.

Billy metió la mano en la mochila del profesor. Sentía un hormigueo en los dedos. Estaba mareado.

¿Era posible que todo fuera un mal sueño?

El sueño se transformó en fría realidad cuando cerró los dedos sobre el acero de la Sten.

—Y esta luz divina que mencionan los jeroglíficos... —dijo el profesor—. ¿Qué es «luz divina»?

En ese momento, como en respuesta a sus palabras, la cámara se oscureció. Un vasto rumor llenó el aire. Las paredes del templo temblaron.

—¡Aziz! —gritó el profesor sin volverse—. ¡Luz!

La cámara se llenó de luz.

—¡Eso es! ¡Mucho mejor! —dijo el profesor desde la escalera—. Gracias, Aziz.

El profesor siguió leyendo los caracteres de la pared. La luz era más fuerte que nunca, y revelaba aún más sutilezas en la inscripción.

—Padre, esto es lo más increíble que he visto. ¿No le...?

El profesor se volvió y vio por qué el sacerdote no respondía. Estaba arrodillado frente a un enorme ser que parecía un hombre.

Pero no era un hombre.

Tenía dos metros y medio de altura, era corpulento como un oso pardo y llevaba armadura.

—¿... parece? —concluyó el profesor, mientras dos enormes brazos (o algo parecido) lo cogían por las axilas y lo bajaban de la escalera.

—¿Es usted alemán? —preguntó el profesor, pataleando en el aire.

Ninguna respuesta.

—*Sprechen sie Deutsche* —jadeó el profesor.

Ninguna respuesta.

¿Dónde estaba Billy? Presa del pánico, el profesor miró a su alrededor. Junto a las paredes, más criaturas sostenían esferas relucientes que alumbraban la cámara.

El viejo sacerdote estaba tendido en el suelo. El profesor siempre había pensado que era cristiano, tal vez copto, o de una de esas extrañas sectas del desierto.

Pero parecía estar adorando al líder de esas criaturas, que se erguía sobre él. Le estaba hablando.

—Amo —dijo el sacerdote—. Estaba a punto de descubrirlo todo, pero yo tenía la situación bajo control.

Tendido en el frío piso de piedra, miraba al comandante mondoshawan.

El mondoshawan extendió la mano y ayudó a incorporarse al viejo sacerdote. Su voz era profunda pero asombrosamente cálida.

—Siervo —dijo—, tú y los mil guardianes que te precedieron realizasteis bien vuestra tarea, pero la guerra se aproxima.

—¿Guerra?

El sacerdote tembló.

La criatura asintió con un gesto mínimo y distante y dijo:

—Debemos protegerlos.

—¿Proteger a quiénes? ¿Proteger qué? —preguntó el profesor, tratando en vano de hablar sin gimotear.

Era sorprendente cómo se perdía la dignidad cuando uno no podía tocar el suelo con los pies.

El líder no respondió. Caminó hacia la pared cubierta de jeroglíficos y acarició la superficie lisa, como buscando una apertura.

Una apertura que no podía existir.

Pero existía.

—¡Increíble! —jadeó el profesor cuando la criatura insertó un dedo metálico en la apertura. La pared se deslizó, abriéndose con un áspero chirrido de piedra sobre arena.

Las dos criaturas dejaron al profesor en el suelo. Mientras él todavía procuraba recobrar el equilibrio, el líder entró por la puerta e indicó a los demás que lo siguieran.

El viejo sacerdote vaciló un instante, luego los siguió también.

El profesor estaba a punto de seguirlos cuando una de las criaturas que se había quedado movió la mano metálica sobre la cabeza del profesor.

Suavemente, como una plegaria o un hechizo.

El profesor cayó al suelo, inconsciente.

El viejo sacerdote nunca había estado en esa sala interior. Era de un material diferente de la gruesa piedra rojiza que formaba la cámara exterior del templo.

Las paredes eran lisas y brillantes, como mármol luminoso. Se elevaban formando una empinada pirámide de cuatro lados.

En cada rincón de la sala había una piedra rectangular de treinta centímetros. Cada piedra resplandecía con un color diferente: rojo, verde, azul y amarillo.

En el centro de la sala había un sarcófago luminoso sobre un altar bajo.

El líder mondoshawan se detuvo ante el altar y miró el sarcófago con reverencia, como confirmando que incluso los dioses tienen dioses.

El viejo sacerdote estaba a su lado.

—El Quinto Elemento —susurró el sacerdote, como en una plegaria.

El jefe mondoshawan asintió, mostrando lo que podría haber sido una sonrisa.

Pidió una caja a uno de sus seguidores, un simple maletín de un material parecido al aluminio, pero más cálido.

Abrió el maletín y lo extendió.

Cuatro mondoshawans fueron hasta los cuatro rincones de la sala y llevaron al jefe las cuatro piedras relucientes, una por una.

Las piedras encajaban perfectamente en el maletín.

—Comandante...

El jefe cerró la caja y miró al sacerdote en silencio.

—Si te llevas el arma, quedaremos indefensos en caso de que regrese el Mal —dijo el sacerdote.

El mondoshawan asintió.

—Si regresa el Mal, también regresaremos nosotros.

El sacerdote inclinó la cabeza.

—¡Manos arriba!

La voz venía de la entrada.

El viejo sacerdote dio media vuelta y vio a Billy, el joven asistente del profesor. El artista. Pero en vez de sostener papel y lápiz, blandía un arma de aspecto maligno.

—¡Que nadie se mueva! —dijo Billy.

Entró en la sala como si estuviera borracho. Sólo el viejo sacerdote sabía que sufría los efectos del agua envenenada.

—¡Que nadie se mueva! —repitió Billy—. Os lo advierto. Tengo un arma. Y sé usarla. ¡Liberad al sacerdote!

«¡Cree que me está salvando! —pensó el asombrado sacerdote—. Y he sido yo quien lo ha condenado.»

Se aproximó al joven.

—¡No, hijo mío! —gritó—. Los mondoshawans son nuestros amigos. Vienen en paz. ¡Baja el arma!

—¿Amigos? —preguntó Billy. Señaló el cuerpo del profesor, que yacía en la cámara externa—. Han matado al profesor. ¡Son monstruos!

—No, Billy.

El sacerdote aminoró el paso. El joven se tambaleaba meciendo peligrosamente la ametralladora.

El sacerdote extendió la mano.

—Confía en mí —dijo en su voz más firme—. Baja el arma.

Pero los lentos movimientos del viejo sacerdote parecían aterrorizar a Billy en vez de tranquilizarlo.

Retrocedió.

—¡No! ¡Usted es uno de ellos! Usted...

Tropezó, perdió el equilibrio y cayó. La Sten que Billy llevaba en la mano roció con una lluvia de balas el techo y las paredes de la cámara interior.

¡RATATATATATAT!

—¡No! —gritó el sacerdote—. ¡No!

¡RATATATATATAT! Esquirlas de piedra y arena arrancadas por las balas mordieron las mejillas del sacerdote. A sus espaldas, vio que el líder mondoshawan recibía un balazo y caía. Los demás lo rodearon.

Billy cayó hacia atrás y atravesó la puerta para ir a caer en la cámara externa. Su cabeza golpeó el suelo de piedra con un crujido.

Todo terminó tan pronto como había empezado. Billy yacía en el piso de la cámara externa, inconsciente.

El sacerdote se persignó, alzó la vista.

La puerta se estaba cerrando.

—¡Deprisa! —exclamó. Corrió hacia el líder mondoshawan, que había recibido varios impactos de la Sten. No había sangre, pero el sacerdote oía el lento siseo de los gases vitales del alienígena, que se evaporaban en el aire seco del desierto.

El sacerdote trató de ayudar al líder mondoshawan a levantarse, pero era como tratar de mover un piano.

El líder entregó el maletín de metal a un subalterno. Otro ya se llevaba el sarcófago que estaba sobre el altar. La puerta se cerraba rápidamente.

—¡Deprisa! —repitió el sacerdote.

El jefe mondoshawan sacudió la diminuta cabeza, despacio pero enérgicamente.

—Siervo —dijo—, he aquí tu misión. Mantén preparado el templo. Comunica el conocimiento tal como se te comunicó a ti.

—Haré lo que ordenes —respondió el sacerdote—. Pero date prisa, por favor. Aún tienes tiempo.

El mondoshawan se levantó del suelo de piedra y empujó al sacerdote por la entrada que se cerraba rápidamente.

—El tiempo no tiene importancia —dijo—. Sólo la vida es importante.

—Pero...

La puerta se cerró sobre la mano del jefe mondoshawan. El dedo, que también era una llave, se cortó. Tintineó como una campanilla cuando cayó a los pies del sacerdote.

La mula rebuznaba frenéticamente, aterrorizada.

Omar trató de calmarla, luego retrocedió para poder ver mejor aquella nave gigantesca. Era tres veces más larga que las naves de los europeos, y se mantenía erguida sobre la arena.

Luego desapareció con un rugido. Muy despacio, pero súbitamente.

Encandilado, Omar siguió a Aziz hacia el templo. El corredor estaba oscuro. La puerta que se había abierto estaba cerrada, y la cámara estaba igual que antes.

El espejo aún estaba donde Aziz lo había soltado, reflejando la luz del crepúsculo.

Una de las esferas de los mondoshawans resplandecía en un rincón, cada vez más tenue. Se apagó con un ruido de pompa de jabón.

El profesor estaba tumbado en el piso, roncando ruidosamente.

Billy parecía muerto, pero también respiraba.

El viejo sacerdote estaba de rodillas frente a los trazos de la pared. Alzaba las manos en una plegaria, o quizás en un gesto triunfal. O de desesperación.

Sostenía un corvo dedo de metal, o quizás una llave.

—Estará preparado, mi señor —dijo—. Si el Mal regresa.

Señalaba tres soles en la pared de piedra arenisca.

2

Quinientos años después, los mismos tres soles relucían en la pantalla de control digital de una nave estelar de la Federación Unida.

Las coordenadas proyectadas por los chips EPROM de las calculadoras de la nave se intersectaban en un punto de ese vacío llamado espacio.

En el puente, un capitán que vestía el colorido uniforme del Mando Espacial de la Federación Unida estudiaba las líneas cruzadas con el ceño fruncido. La pantalla de control era su única vista desde la nave, pues las ventanas del puente estaban oscurecidas por un campo de energía protectora.

Una puerta se abrió y se cerró a sus espaldas.

Moviéndose ágilmente en la gravedad provisional, el general Staedart del Mando Central de la Federación Unida entró en el puente.

—¿Alguna novedad? —preguntó, con la típica arrogancia e impaciencia de los altos mandos militares.

—No, señor —respondió el capitán, con un tono que manifestaba el resentimiento de los oficiales de línea ante la interferencia del cuartel general.

—¿Ni siquiera una temperatura?

Aquella mañana el general había recibido informes de sus analistas, y esperaba que su pregunta reflejara tanto la hondura de su preocupación como la anchura de su conocimiento.

El capitán negó con la cabeza.

—Nuestros termoanalistas se han atascado. Uno de ellos lee más de un millón de grados, y el otro está en cinco mil bajo cero.

Staedart se volvió hacia el curtido anciano del ojo lloroso, que había sido su representante en el puente durante su ausencia.

—¿Mayor Gruber?

—Nunca había visto nada semejante —gruñó Gruber.

Un técnico intervino desde un terminal cercano:

—¡Está cobrando forma!

—Veamos —dijo Staedart.

—Escudo —ordenó el capitán.

Un técnico deslizó el dedo por una franja de control. Las estrellas aparecieron una a una mientras se apagaba el escudo.

El capitán y el resto del personal del puente miraron aquel sector desconocido de la galaxia. Y vieron que en su centro...

Una masa móvil, semejante a una ameba, giraba como una tormenta.

Era algo a medio camino entre un planeta, una estrella embrionaria y un agujero negro.

Su forma vibrante y voluble evocaba todos los horrores del universo. Cambiaba

de color mientras giraba y burbujeaba, escupía y regurgitaba, chisporroteaba y ardía, una aborrecible amalgama de rosa decadente, verde rancio, azul gélido, rojo sangre y morado gangrenoso.

Eran todos los colores de la muerte, con vida.

El capitán no se sorprendió. Era él quien había señalado la nueva perturbación en el sector. Pero también él estaba aterrorizado y desconcertado por esa visión grotesca.

—¿Qué rayos podrá ser? —preguntó.

—Envíen una sonda —ordenó Staedart, con una voz obviamente acostumbrada a que la obedecieran.

A años luz de distancia, en lo alto de la telaraña de torres que formaba la presidencia de la Federación Unida, se oyó un susurro.

El inconfundible sonido del poder.

El presidente entró. Encarnaba la autoridad de su oficio. Era un hombretón negro y fornido de ascendencia africana, con el cuello taurino de un atleta y el ojo acerado de un cazador. Héroe de guerra, había sido elegido en tiempos de paz gracias a la nostalgia del público por las perdidas simplicidades del conflicto interestelar. Pero ahora surgía un nuevo conflicto, aunque nadie sabía qué era, de dónde venía ni qué significaba.

—Contacto con Staedart dentro de treinta segundos —susurró un asistente.

El presidente asintió y se sentó frente a su enorme escritorio. Su despacho estaba atestado de militares uniformados, científicos, asistentes, técnicos y asesores.

En medio de ellos sobresalía un viejo sacerdote de sotana negra, asistido por un joven novicio.

El joven susurró al oído del sacerdote:

—Le buscaré un asiento, padre Cornelius.

—Gracias, David, hijo mío.

Una pantalla se iluminó en un extremo de la sala, como un portal abriéndose hacia los confines de la galaxia. Y eso era, pues mostraba el puente de una distante nave estelar, donde una pantalla idéntica mostraba la oficina del presidente.

—El presidente en línea, señor.

El general Staedart miró la pantalla que mostraba al presidente y su comitiva a través de un abismo de años luz.

—Estamos en posición, señor presidente.

La voz profunda e imperiosa del presidente sacudió ambas salas:

—Dentro de diez minutos debo hablar ante el Consejo Supremo. Sólo los datos, general.

—Aún no tenemos los resultados del análisis químico y molecular —dijo Staedart—. Todos los medidores están sobrecargados. Estamos iniciando una proyección de imágenes termonucleáticas...

—¿Me está diciendo que no sabe lo que es? —interrumpió el presidente.

Staedart suspiró de alivio.

—Todavía no, señor. Sólo sabemos que sigue creciendo.

Un murmullo recorrió las filas de los que llenaban el despacho del presidente. El viejo sacerdote y el joven novicio seguían con los ojos clavados en la pantalla.

El presidente se volvió hacia su equipo.

—¡Opciones! —dijo. No era una afirmación ni una pregunta, sino una orden.

—Esperar o actuar —dijo un general, adelantándose.

El presidente se volvió hacia la pantalla.

—Staedart, recomendaciones.

Staedart reflexionó un instante.

—Mi filosofía, señor presidente, es disparar primero y preguntar después. No me gustan los huéspedes a los que no he invitado.

El presidente giró en la silla. Disparó su siguiente pregunta, literalmente, por encima de las cabezas de los militares, dirigiéndose a los científicos que estaban detrás.

—¿Caballeros?

Los científicos se aclararon la garganta incómodamente. El más audaz se puso de puntillas para responder.

—Creo que sería estúpido disparar contra un organismo que parece vivo sin primero tomarse el tiempo de estudiarlo más. Además, no ha dado indicios de hostilidad.

Hubo un murmullo de protesta entre los militares de ambos lados de la pantalla.

El presidente los silenció con un ademán apenas perceptible.

—No —concedió—, pero está creciendo.

—También las personas crecen —dijo el científico, ruborizándose—. Y eso no es motivo para dispararles.

La respuesta ofuscó al presidente.

—La seguridad de los territorios confederados es y seguirá siendo nuestra máxima prioridad —dijo con voz atronadora.

Bajó la voz para interpelar nuevamente a sus generales.

—Supongo que la filosofía del general Staedart es aceptable para ustedes.

Todos asintieron.

El presidente giró en la silla.

—¿De acuerdo, Staedart?

De repente se oyó una voz en el extremo de la sala.

—¡Señor presidente!

Los militares se separaron como las aguas del mar Rojo, y una figura pequeña pero imponente avanzó. Era el viejo sacerdote, un hombre bajo y robusto con un extraño amuleto de plata colgado del cuello.

El novicio lo seguía con andar respetuoso.

—¿Sí? —preguntó el presidente.

—Cornelius —dijo el sacerdote, avanzando para presentarse—. Vito Cornelius.

Puedo sugerirle otra teoría, señor presidente.

El presidente parecía tan divertido como exasperado por esa interrupción. Un asistente se inclinó para susurrarle al oído:

—De la delegación religiosa, señor.

El presidente de la Federación Unida, elegido guardián de doscientos mil millones de almas, no todas humanas, estudió al hombre que tenía delante.

—Tiene veinte segundos —dijo.

Si su feroz mirada estaba destinada a intimidar al menudo y viejo sacerdote, no dio resultado.

—Imagine por un momento —dijo el padre Cornelius— que esta cosa no sea nada que podamos identificar, porque prefiere que no la identifiquen. Porque es maligna. Totalmente maligna.

El presidente se encogió de hombros.

—Una razón más para disparar primero, ¿verdad?

Los generales asintieron en perfecto y simultáneo acuerdo.

El padre Cornelius sacudió la cabeza.

—El mal engendra el mal, señor presidente. Dispararle sólo lo haría más fuerte.

Hubo un estallido de actividad en la pantalla. El presidente giró en la silla para mirar.

—La sonda llegará a su objetivo dentro de cinco segundos —anunció un técnico entusiasta desde el puente de la nave estelar.

—Bajen el escudo —murmuró el capitán de la nave, y el técnico deslizó el dedo por la franja de control.

Las ventanas de la nave se aclararon, y por primera vez esa masa oscura, burbujeante y multicolor fue visible en la pantalla de la oficina del presidente.

Se oyó un grito ahogado.

Un tenso silencio mientras la luz parpadeante de la sonda se aproximaba a su objetivo.

Un berrido cuando la sonda desapareció en la tumorosa tiniebla y la extraña y maligna masa comenzó a hervir y burbujear aún más ferozmente.

—Señor presidente —exclamó el general Staedart—, estamos en un punto de crisis.

—¡La tasa de crecimiento es del veintisiete por ciento! —intervino un asustado técnico.

Todos los ojos de ambas salas, el despacho y el puente de la nave, se clavaron en el presidente.

Éste parecía desconcertado.

Sin mirar al sacerdote, dijo cortésmente.

—Su teoría es interesante, padre, pero me temo que no tenemos tiempo para analizarla en este momento.

—El tiempo no tiene importancia —dijo el padre Cornelius—. Sólo la vida es

importante.

—Precisamente. Por eso, lo que haremos ahora será proteger la vida de doscientos mil millones de conciudadanos.

El presidente giró en la silla como para poner punto final a su conversación con el sacerdote.

—General, puede disparar cuando esté listo.

Se hizo silencio en la sala. El joven novicio y el viejo sacerdote estaban exactamente donde el presidente los había dejado, entre su sillón y su fila de generales complacientes.

Todos los ojos miraban la pantalla del extremo de la oficina, que mostraba el puente de la nave estelar.

Staedart estaba impartiendo órdenes. Era un torbellino de actividad.

—Carga frontal de un misil 120ZR. Luces marcadoras en el objetivo.

Mientras él hablaba, algo cambiaba fuera de las ventanas de la nave. Aquella gigantesca ameba hirviente y burbujeante estaba tomando forma sólida. Se estaba convirtiendo en un planeta cubierto por una corteza lisa y negra.

Un técnico que miraba los datos de un terminal de control confirmó lo que todos veían con sus propios ojos.

—¡Su estructura se ha solidificado en la superficie!

Desde la segunda hilera de observadores de la oficina del presidente, un científico habló, lanzando sus palabras por encima de las cabezas de los militares.

—Creo que está previendo el ataque —exclamó con nerviosismo—. ¡Esa prevención denota inteligencia!

Una voz más apacible, la del sacerdote, añadió:

—La inteligencia más espantosa que pueda concebirse, señor presidente.

Al oír esto, el presidente titubeó. Pero no apartó los ojos de la pantalla.

—¿Staedart?

—Sí, señor.

El general se volvió hacia el presidente. Su cuerpo era un hervidero de actividad y parecía estremecerse desde las puntas de las botas hasta las yemas de los dedos romos.

El presidente miró a su alrededor: generales, científicos, asistentes, y el sacerdote y el novicio que aguardaban pacientemente.

—Tengo una duda —dijo el presidente.

—Yo no, señor presidente —masculló Staedart.

Y antes que pudieran darle una contraorden, le hizo una seña a un técnico que estaba en el tablero de control de la nave, quien tocó un interruptor.

Al dispararse el misil, una luz brillante inundó la pantalla.

La luz se redujo a un punto mientras el 120ZR aceleraba, cruzando mil kilómetros de un brinco gracias a su motor de pseudotorsión de fusión fría. Parpadeaba, entrando y saliendo del espacio real, aproximándose a su enorme blanco.

Poco antes del impacto, pasó del hiperimpulso al impulso de fusión, y con un estallido químico penetró en esa masa maligna y negra.

Imitando a Staedart y la tripulación de la nave estelar, el presidente y su comitiva se taparon los ojos para no ser cegados por la explosión.

Pero no hubo explosión.

El misil penetró en la masa negra y fue devorado. Hubo una leve perturbación en la superficie y luego...

Nada.

Y luego algo.

El oscuro planeta comenzó a crecer de nuevo, con mayor rapidez que antes.

—Prepárense para disparar tres —ladró el general Staedart—. Carguen una serie de misiles 240ZR. Escudo de máxima protección.

—Sí, señor —respondió el capitán.

—Staedart —dijo el presidente—, ¿qué sucede? ¿Puede destruirlo?

—Estoy por hacerlo, señor presidente.

El general hizo un gesto con la cabeza, y el técnico del tablero de control tocó tres interruptores.

Estalló otro fogonazo, tres veces más brillante que el anterior.

Tres puntos de luz se dirigieron hacia el abominable blanco. Los misiles parpadeaban mientras atravesaban esa distancia a una alta fracción de la velocidad de la luz.

Y fueron deglutidos en silencio, igual que el primero.

Sólo que esta vez el planeta oscuro duplicó inmediatamente su tamaño.

Una voz aterrada llegó desde la fila de científicos que estaban en la oficina del presidente.

—¡El diámetro del planeta ha aumentado un doscientos por ciento!

De inmediato estalló un grito en la fila de generales:

—¡Y se desplaza hacia la nave!

Esto fue suficiente para el presidente, quien se incorporó en su silla y gritó a la pantalla:

—¡Staedart, salga de ahí al instante! No quiero un incidente. ¿Me oye, Staedart?

Staedart fingió no oír. Se volvió hacia el capitán de la nave.

—¿Qué tenemos que sea más grande que el 240?

—Nada, general.

El presidente, furioso al comprobar que ignoraban sus órdenes perdió los estribos.

—¡Staedart, salga de ahí! ¡Es una orden!

El estentóreo grito del presidente afectó al *zoom* activado por voz, y el rostro de Staedart llenó toda la pantalla.

El sudor le brillaba en la frente.

Y algo más. Un líquido espeso y negro brotaba y goteaba despacio, como jarabe.

Staedart estaba por enjugarse la frente cuando un chispazo enorme llenó la

pantalla.

El *zoom* fotosensible retrocedió, y la pantalla mostró nuevamente el puente de la nave. Todos estaban petrificados de terror, mirando la lengua de fuego que surgía del planeta negro.

Se aproximaba a la nave.

—¡Dios santo! —exclamó Staedart.

Y una tormenta de luz y ruido arrasó la nave estelar.

—¡Dios santo! —exclamó el presidente.

Y detrás de él, un viejo sacerdote musitó en tono de plegaria:

—Dios santo.

3

—¡Dios santo!

Korben Dallas se irguió en la cama.

Había visto una luz cegadora, una explosión tremenda, y...

Korben se estremeció.

Otra pesadilla de guerra.

Miró el reloj de la mesilla.

—¡Rrrring! —dijo el reloj.

—¡Cállate! —dijo Korben, apagándolo con un dedo mientras buscaba un cigarrillo.

—Dieciocho de marzo de 2413 —dijo el reloj—. Las ocho de la mañana.

—Lo sé, lo sé —dijo Korben.

—Miau —dijo el gato desde el pasillo, arañando la puerta.

—Ya voy —dijo Korben. Luego oyó el teléfono.

¡Rrriinnng!

¡Todo al mismo tiempo!

Cogió el teléfono mientras cruzaba su diminuto apartamento modular para ir hasta la puerta, palpándose en busca de lumbre.

A sus espaldas, la cama se hizo automáticamente.

Korben era un hombre corpulento de treinta y cinco años, calvo salvo por una sombra de pelo muy corto, y bien parecido a pesar de las cicatrices del rostro y los brazos, que revelaban un carácter más aventurero que juicioso.

—¿Sí? —le dijo al teléfono, siempre palpándose en busca de fuego.

—¡Hola, compañero! —dijo una voz conocida—. Soy Finger. Finger, tu más viejo amigo, y ahora tu jefe en la agencia de taxis.

Korben abrió la puerta gatera atascada. Entró un pequeño gato amarillo.

—Hola, dulzura —dijo Korben.

—Yo también te amo, mayor, pero no me habías llamado así desde que hacíamos instrucción juntos.

—No era para ti, Finger. Le hablaba al gato.

Siempre buscando una cerilla, Korben abrió un cajón de la mesilla. Estaba lleno de medallas.

Desenrolló un papel. «Certificado de la Medalla de Honor, extendido a nombre del mayor Korben Dallas. Por demostrar coraje más allá de...»

—Claro, lo olvidé —dijo Finger—. Prefieres la compañía de un gato a la compañía de verdad.

Korben desenrolló otro papel. Una fotografía descolorida, él con su ex esposa. Bella, aunque levemente depredadora...

—Al menos el gato regresa —dijo Korben. Metió la foto en el cajón y se enrolló sola. Debajo de una maraña de cintas de campaña encontró una anticuada cajita de

cerillas.

—¿Todavía echas de menos a esa zorra traicionera? —preguntó Finger—. Olvídala. Hay un millón de mujeres.

—No quiero un millón —dijo Korben. Probó una cerilla. No encendió—. Sólo una. Que sea perfecta.

—Eso no existe, compañero.

Korben sacó otra foto. Dos hombres de uniforme, de pie frente a un caza espacial con alas de murciélago.

—Acabo de encontrar una foto tuya —le dijo a Finger.

—¿Cómo estoy?

Korben probó otra cerilla. No encendió.

—Como una mierda.

—Debe de ser vieja —dijo Finger—. Escucha...

Korben fue hasta la nevera y la abrió. Estaba vacía salvo por un recipiente vacío de croquetas Gemini. Lo recogió y estudió el letrero que había encima de la etiqueta: «¡Gane un viaje de ensueño para dos al Fhloston Paradise!»

—Escucho —masculló Korben, cerrando la nevera.

—Tienes que traer tu coche para la revisión semestral —dijo Finger—. Cuanto antes.

Korben fue hasta el diminuto fregadero y abrió el grifo. Salió un líquido marronoso.

—No necesito revisiones —dijo.

—Seguro que sí.

Korben llenó un cazo con agua oscura y lo puso sobre la cocina. El quemador se encendió automáticamente.

—Olvidas quién fue tu compañero en mil misiones —continuó Finger—. Sé cómo conduces.

—¡Finger! —dijo Korben. Recordando el cigarrillo, se agachó para encenderlo en el quemador—. Ahora conduzco un taxi, no un caza espacial.

—¿Cuántos puntos te quedan en la licencia?

—Mmm... —murmuró calculando una mentira—. Por lo menos treinta.

—¡Sí, hombre, y qué más! Bueno, nos vemos esta noche.

El teléfono hizo un chasquido cuando Finger colgó. Korben, suspirando, hizo lo mismo.

El agua estaba hirviendo. Korben le echó una píldora de instantáneo colombiano. Sacó el cazo del fuego y lo apoyó en la diminuta mesa de tres patas.

El fuego siguió ardiendo alegremente.

Korben le asestó un puñetazo a la cocina.

El fuego se apagó.

—Miau —dijo el gato saltando a la mesa.

Korben puso el cuenco del gato sobre ella. Sirvió la mitad del café instantáneo en

su taza rajada y la otra mitad en el cuenco del gato.

—Lo lamento, dulzura. Es todo lo que tengo.

—Miau.

Korben chocó su taza contra el cuenco del gato.

—¡Salud!

El despacho del presidente de la Federación Unida estaba en silencio. La pantalla de la pared estaba apagada. Era transparente, y al otro lado las torres de Manhattan se elevaban contra el cielo sucio.

Sólo quedaban algunos oficiales de las fuerzas armadas, en fila con sus uniformes brillantes, gesticulando al unísono como pájaros al borde de la extinción.

El presidente los ignoraba.

Estaba inclinado sobre la mesa enorme, examinando un antiguo cuaderno de bocetos. El viejo sacerdote, el padre Vito Cornelius, volvía las páginas lentamente.

—Tiene cuarenta y ocho horas —dijo Cornelius—. El tiempo que eso necesita para adaptarse a nuestras condiciones de vida.

—¿Y después?

El presidente alzó los ojos, el rostro ancho y oscuro arrugado de preocupación.

—Y después será demasiado tarde —dijo el sacerdote—. El objetivo de esta cosa no es luchar por dinero o poder. Su objetivo es exterminar la vida. Todas las formas de vida.

—Pero ¿por qué?

El menudo sacerdote escrutó el cielo, o más bien un oscuro misterio interior.

—Ojalá lo supiera.

Al otro lado de la sala sonó la señal de activación de la pantalla. La ventana se oscureció lentamente, borrando ese paisaje de taxis y vehículos que revoloteaban entre las torres.

—En definitiva, padre, ¿me está usted diciendo que no podemos hacer nada para detener esta cosa?

—Hay una sola posibilidad.

Cornelius miró la pantalla.

—Y está en camino.

A años luz de distancia, en un sector remoto de la galaxia, una nave estelar de más de un kilómetro de longitud se dirigía a la Tierra, el planeta madre de la Federación Unida.

Los sensores de advertencia la habían detectado y la seguían.

La conducía una raza poco conocida en la Tierra, pero bien conocida por el anciano sacerdote, que informaba al presidente como mejor podía.

—Este es un mondoshawan —dijo el padre Cornelius, señalando el alienígena que Billy había dibujado quinientos años atrás, en el templo.

El presidente estudió el cuerpo redondo y fornido, la diminuta y angulosa cabeza.

—Los mondoshawans poseen la única arma que puede derrotar al Mal que nos acecha.

—¿Qué es?

Cornelius volvió otra página.

—Los cuatro elementos, tierra, aire, fuego y agua, reunidos en torno de un quinto elemento. El Ser Supremo, el máximo guerrero, creado para proteger la vida.

El presidente miró la página con escepticismo. Mostraba una figura humana enfundada en una armadura. Guantes metálicos sostenían un maletín donde estaba tallado el emblema de los tres soles.

—El maletín contiene las piedras sagradas. Junto con el Quinto Elemento, producen aquello que los antiguos llamaban la Luz de la Creación, capaz de llevar vida a los confines más lejanos del universo. Pero si el Mal se presenta aquí... Entonces...

Señaló el Quinto Elemento.

—¿Entonces qué? —preguntó el presidente con impaciencia.

Cornelius lo miró a los ojos.

—Lo blanco se torna negro. La luz, oscuridad. La vida, muerte. Por toda la eternidad.

—Señor presidente...

El presidente se volvió y vio que uno de sus generales sostenía un teléfono celular parpadeante.

—Tenemos una nave mondoshawan en la frontera, pidiendo autorización para ingresar en territorio de la Federación.

El presidente miró al menudo sacerdote que había traído esa enorme novedad, y luego a los generales.

—Supongo que debo tomar una decisión.

—Señor —dijo el general, tapando el teléfono—. Estos mondoshawans no pertenecen a la Federación Unida. No conocemos sus intenciones. Recomiendo una interceptación militar inmediata antes de que...

—¿Usted vio cómo esa cosa se engullía una nave estelar como si fuera una golosina? —interrumpió el airado presidente—. ¡Ni siquiera pueden explicarme qué es! Les pido opciones y sólo me dicen pamplinas.

El presidente asestó un puñetazo en el escritorio. El padre Cornelius se sobresaltó.

—Envíeles mi autorización para ingresar en nuestro territorio. Con mis saludos más afectuosos.

Cornelius suspiró con alivio.

—Gracias, señor presidente —susurró, cerrando el antiguo libro de bocetos que había llevado consigo.

Imaginemos una nave grande como una ciudad, entrando en un sistema estelar al que se le ha autorizado el acceso.

Ante los controles están los ancianos mondoshawans, que han asumido la misión sagrada de custodiar el universo contra el Mal supremo, que se manifiesta cada pocos milenios.

Los mondoshawans son una raza tan serena, tan filosófica, tan exenta de corrupciones y desdichas mezquinas que su presencia tiene un efecto sedante sobre los demás, aunque su apariencia resulte desagradable para algunos, pues debajo de su tosco exterior brilla la conducta de una raza totalmente evolucionada que ha hecho las paces consigo misma y con el universo.

La nave mondoshawan refleja la imponencia de sus sabios constructores. Es grande, un poco aparatosa, pero majestuosa en sus movimientos y firme en sus propósitos.

Pero la nave no está sola. Delante y detrás hay dos pequeñas naves de guerra que parecen medusas asesinas.

Naves de guerra mangalores.

Ahora imaginad una raza de seres tan feos que la evolución les ha suministrado el poder de cambiar temporalmente de forma, para que puedan mirarse en el espejo sin sufrir el *shock* de verse a sí mismos.

Los mangalores han desarrollado su genio evasivo hasta convertirlo en un arte exquisito, y lo usan para esconderse de la nave mondoshawan. La siguen por arriba y por detrás (por detrás no sólo en el espacio sino también en el tiempo, y por arriba no sólo en el tiempo sino también en el espacio) y se aproximan rápidamente.

El mangalore de los controles está a punto de experimentar la mayor alegría de su raza. La destrucción total. Para un mangalore no hay mayor placer que destruir algo más bello que él mismo. Y eso incluye todo el universo.

¡Y esta vez hasta le pagan por ello!

¡Qué plétora de deleites! Atacará la nave mondoshawan por detrás, sin advertencia. La perfidia es una recompensa en sí misma.

Alcanza los controles con una excitación casi sexual (entre los mangalores, la sexualidad está íntimamente relacionada con el acto de matar) y desciende.

Un fagonazo.

Impacto.

La confusión reina en la nave mondoshawan. Aunque están conciliados con su propia muerte, los mondoshawans son muy conscientes de la importancia del arma que llevan a una Tierra indefensa.

El mangalore dispara otra vez. Y otra.

Y otra.

Nuevo impacto. Éste es fatal.

La nave mondoshawan vira hacia un pequeño planeta cercano.

El comandante mondoshawan localiza un área deshabitada y bloquea los controles.

La explosión sacude el cielo.

6

—¡Bienvenido al Paraíso!

Korben Dallas se detuvo en su camino a la puerta.

Una imagen de palmeras, aguas azules y arenas blancas llenó la pantalla de televisión que estaba a sus espaldas.

Korben maldijo entre dientes. Ojalá pudiera costearse un televisor con botón de apagado. El modelo barato (es decir, gratuito) que llenaba un rincón de su apartamento modular se encendía cada vez que transmitían un comercial. Llegaban sin previo aviso, como los antiguos catálogos de pedido por correspondencia.

—¡Bienvenido al Fhloston Paradise! Esta tarde, de cinco a siete, Loe Rhod, el locutor supremo, el hombre más escuchado del universo...

El gato miraba fascinado.

—... anunciará el ganador del concurso de las croquetas Gemini. Dos días en el Flohston Paradise.

—No lo mires todo el día —dijo Korben, acariciando al gato entre las orejas—. Te estropeará el cerebro.

El gato maulló distraídamente, clavando los ojos en las palmeras y el agua azul.

—Croquetas Gemini —canturreó el anunciador—. ¡La comida perfecta para un mundo perfecto!

Korben abrió la puerta de su apartamento para salir a un mundo no tan perfecto.

Había un hombre en el pasillo. Un chico, a decir verdad. Unos dieciocho años. Complexión mediana.

Pero el rifle láser que apuntaba al rostro de Korben era bastante grande. Y letal. Zumbaba peligrosamente.

—¡Dame la pasta, tío! —dijo el chico.

Korben contuvo una risotada. ¿La «pasta»? Pero ¿quién llevaba dinero en efectivo a esas alturas?

—¿Hace mucho que andas por aquí? —preguntó.

—Lo suficiente —dijo el chico—. Dame la pasta o te vuelo en pedazos. ¡La pasta!

—Claro. La pasta —dijo Korben estudiando el arma del salteador de caminos (¿salteador de pasillos?)—. Oye, ¿no es un Z140? Aleación de titanio. ¿Modelo de asalto con carga neural?

El chico, que había pedido el arma «prestada» al vecino del padre del ex novio de su hermana, estudió el rifle láser.

—Oh...

—¿Sabes una cosa? —comentó Korben afablemente—. Podrías lastimar a alguien con este juguete. Por suerte no está cargado.

El chico lo miró compungido.

—¿No?

—No. Tienes que oprimir ese botoncito amarillo.

Korben señaló un interruptor en el costado del arma.

El chico oprimió el botón.

—Gracias.

El zumbido del Z140 murió.

Y Korben aprovechó la oportunidad.

Tumbó al chico con la mano derecha mientras con la izquierda desarmaba al aspirante a ladrón.

—Sabes —dijo Korben—, estos trastos son muy ilegales.

El chico cayó al suelo y miró hacia arriba, aturdido.

—Podrías meterte en un buen marrón. Será mejor que te lo guarde.

Korben abrió un cajón situado junto a la puerta del apartamento. Estaba lleno de armas similares. Metió el Z140 y lo cerró.

—Y ahora perdona, pero me tengo que ir.

Pasó por encima del chico tumbado mientras la puerta se cerraba a sus espaldas.

—Su-licencia-por-favor.

Korben deslizó una tarjeta de plástico por la ranura del salpicadero del taxi.

Tecleó datos y códigos. Las turbinas gimieron. El giroscopio zumbó.

—Bienvenido-a-bordo-señor-Dallas —dijo una voz robótica.

—¿Cómo andas esta mañana? —preguntó Korben—. ¿Has dormido bien?

Apretó un botón del salpicadero, debajo de la pegatina que decía SÓLO GASOLINA SIN PLOMO, y la puerta del garaje se abrió.

El giroscopio zumbaba. Las turbinas gemían.

El taxi se deslizó sobre su campo magnético o, mejor dicho, el campo magnético se deslizó hacia delante mientras el coche permanecía perfectamente centrado. El efecto, sin embargo, era el mismo.

—Combustible-nivel-6.03 —dijo el coche—. Propulsión-2XS.

—¿Sabes? He tenido una pesadilla asquerosa. Y no me refiero al imbécil del atracador —murmuró Korben. Todavía sentía la explosión en su cabeza.

Después de realizar mil misiones con Finger, estaba acostumbrado a hablar durante la cuenta atrás y el despegue, aunque hablara solo. O con el estúpido chip del taxi.

—Quedan cinco puntos en la licencia —dijo el chip del taxi.

En los viejos tiempos, cuando los puntos eran multas, habría sido buena señal. Ahora, en cambio, cuando se acababan los puntos, se acababa la licencia.

—Gracias por recordármelo.

Apretó el botón AVANCE.

El taxi avanzó, se despejó de la rampa y se elevó en el aire.

La megalópolis que era el New York del siglo xxv surgió a la vista. Desde allí

arriba, por encima de los desechos que se posaban en el suelo como hojas de otoño, era de una belleza sobrecogedora.

—Que-tenga-un-buen-día —dijo el chip.

—¿Por qué no? —dijo Korben mientras volaba entre las relucientes torres, buscando su primer pasajero.

A poca distancia, en el despacho del presidente de la Federación Unida, reinaba un silencio desesperado.

El presidente permanecía inmóvil y mudo en su sillón.

Acababa de enterarse de que habían derribado la nave mondoshawan que había ingresado en el sistema con su autorización.

Hacía un momento que había llamado al sacerdote para darle la mala noticia.

Dicen que es mejor dar que recibir, pero el presidente consideraba que era mejor —o al menos más fácil— recibir malas noticias que darlas.

El padre Cornelius había respondido a las palabras del presidente derrumbándose en silencio en una silla. El novicio, David, permanecía aturdido a su lado.

Al fin Cornelius rompió el silencio.

—Estamos perdidos —dijo simplemente.

En ese momento, el militar de mayor rango, el general Munro, entró en la oficina con un fax todavía caliente.

—Señor presidente —dijo—, el ataque fue obra de dos naves de guerra no registradas.

—Cierre todas las fronteras —respondió el presidente—. Y declare un estado de alerta general.

—Sí, señor —dijo el general Munro cuadrándose antes de marcharse.

El presidente se volvió hacia otro oficial que estaba detrás de él.

—Trate de comunicarse con los mondoshawans —dijo—. Les debemos una explicación.

—Sí, señor.

—¡Perdidos! —repitió el padre Cornelius—. ¡Hemos aguardado quinientos años, y todo para nada!

El presidente apoyó su enorme mano en el pequeño hombro del sacerdote.

—Padre, váyase a casa. Descanse.

El sacerdote lo miró con ojos bañados en lágrimas.

—Pero los mondoshawans... yo soy su contacto en la Tierra. Vendrán a buscarme.

—Padre —dijo severamente el presidente—, ahora es problema del gobierno. Lo mantendré informado.

Hizo una señal a dos guardias, que se acercaron y ayudaron al viejo sacerdote a levantarse.

Se lo llevaron del despacho, y David, el novicio, los siguió.

La puerta apenas se había cerrado cuando se abrió de nuevo.

Entró un capitán.

—Señor, el equipo de rescate ha enviado un informe desde el lugar donde se estrellaron los mondoshawans.

—¿Hay supervivientes?

—Técnicamente hablando —respondió el capitán—, sí.

—¿Un brazo?

El general Munro seguía el carro quirúrgico por el pasillo del centro neurológico. Se esforzaba para seguirle el paso al doctor Mactilburgh, el científico de delantal blanco que empujaba el carro.

En el carro quirúrgico había un brazo, todavía enfundado en su largo guante de metal. La mano sostenía un asa rota.

—¿Eso es todo lo que sobrevivió? —preguntó Munro.

—Algunas células siguen activas —dijo el doctor Mactilburgh—. Con eso me sobra.

El general Munro estudió el guante con sus largos dedos ahusados. Parecía casi humano. Ciertamente no era tan repulsivo como esperaba.

—Pues no parece exactamente mondoshawan —dijo—. ¿Ya lo ha identificado?

—Lo hemos intentado —dijo Mactilburgh, atravesando una puerta oscilante, y otra, y otra—. Pero el ordenador se ha desorientado.

—¿Se ha desorientado? —preguntó Munro, corriendo tanto como podía.

—Verá usted —explicó Mactilburgh, bajando la voz pero sin aminorar el paso—. Los seres humanos normales tienen cuarenta grupos de memoria ADN, lo cual es más que suficiente para que una especie se perpetúe. Pero esto...

Atravesó otra puerta, y Munro apuró el paso tras el doctor Mactilburgh.

—Esto tiene doscientos mil grupos de memoria ADN.

—¡Doscientos mil! Parece una aberración de la naturaleza, ¿verdad? —jadeó Munro, sin aliento.

—Sí —dijo Mactilburgh. Se detuvo frente a la última barrera, una puerta deslizable de vidrio esmerilado con la inscripción CENTRO NEUROLÓGICO: LABORATORIO CENTRAL. Sonrió al general—. Estoy impaciente por conocer a esa aberración.

El laboratorio central parecía más una sala de máquinas que un laboratorio. Era un lugar destinado a la realización más que a la experimentación, un monumento a la ciencia práctica más que a la ciencia visionaria.

En el centro de la sala zumbaba una enorme turbina de vidrio. Estaba llena de un líquido claro que hervía y burbujeaba.

En el líquido flotaba el brazo, todavía en su guante metálico.

Los dedos se curvaban levemente en lo que parecía el último adiós de una raza que se ahogaba... o el primer saludo de una raza que acababa de nacer.

(Era ambas cosas, como Munro y Mactilburgh estaban por descubrir.)

Mactilburgh estudiaba la pantalla de un terminal de ordenador. Para Munro, que estaba a su lado, era sólo una larga lista de números. Para Mactilburgh era una

ventana para examinar un código genético.

Un código genético que no se parecía a ninguno que él hubiera visto.

—Los elementos que componen esta cadena ADN son los mismos que los nuestros. Pero en mayor cantidad, abarrotados de infinitos conocimientos genéticos. Como si esta criatura fuera... producto de la ingeniería.

El general Munro, el guerrero, adoptó el punto de vista del combatiente.

—¿Existe algún peligro?

Mactilburgh, el científico, lo interpretó como una pregunta relacionada con la salud.

—Lo pasamos por el detector de higiene celular. La célula es, a falta de mejor palabra, perfecta.

—De acuerdo —dijo Munro. El presidente lo había enviado para observar el experimento, y él conocía su deber—. Vamos allá.

Usando la llave que le había proporcionado la Academia de Ciencias Militares y Culturales, abrió la caja de autodestrucción.

—Adelante —dijo. Apoyó el dedo en el botón rojo de luz intermitente—. Pero será mejor que Don Perfecto sepa comportarse. De lo contrario, lo convierto en alimento para gatos.

Mactilburgh asintió y apretó el interruptor que iniciaba la reconstrucción del ADN.

Bajo la mirada de los dos hombres, el líquido del generador circular comenzó a girar. Comenzó a hervir. Comenzó a burbujear.

El medidor lateral de la turbina indicó 7, luego 8, mientras el zumbido se agudizaba hasta quedar fuera del alcance del oído humano. Pero la constante vibración del suelo y las paredes seguía en aumento.

—¡Mire! —dijo Mactilburgh con entusiasmo.

El medidor indicaba 9.

Manchas diminutas asomaban en el fluido turbulento. Parecían surgir de la nada, como copos de nieve en la luz de los faros. Bailaban y giraban como chispas de un fuego invisible; relucían y fulguraban como estrellas, formando un nuevo universo y aglomerándose en galaxias.

La lluvia de chispas descendió en espiral, como una galaxia; luego, ante los ojos asombrados de los dos hombres, la espiral comenzó a perfilar el contorno de un cuerpo humano.

El medidor llegó a 10.

Lo que había sido pura luz y movimiento comenzó a cobrar forma y sustancia. Primero la blancura del hueso, luego el rojo de la sangre y la carne recubriendo el hueso. Surgieron venas, nervios. Una telaraña de tendones perfeccionó la silueta de un cuerpo humano.

Era como presenciar lo opuesto de la putrefacción: la composición de la vida corporal.

—Ignoraba que el proceso fuera tan... ¡tan bonito! —dijo Mactilburgh mientras

miraba el vidrio con fascinación.

El general Munro callaba, manteniendo una mano cerca del botón de destrucción.

El medidor se aproximaba a 11.

—Tres segundos para protección ultravioleta —dijo el asistente de Mactilburgh desde un puesto de control del otro lado del laboratorio.

Un escudo semiopaco bajó dentro de la cámara, ocultando a la vista el cuerpo en reconstrucción.

—¿Qué sucede? —preguntó Munro.

—Esta es la fase crucial —dijo Mactilburgh—. Las células son bombardeadas con átomos solares levemente grasos, que obligan al cuerpo a reaccionar.

—¿Reaccionar?

—A protegerse. Eso significa desarrollo de la piel. Ingenioso, ¿eh?

—Maravilloso —dijo Munro. Pero mantuvo la mano preparada, por si acaso.

El medidor empezó a descender.

10.

9.

El proceso perdía aceleración.

El doctor Mactilburgh miró a su asistente e hizo un gesto con la cabeza.

El joven de bata blanca dio una orden a su terminal activado por voz.

—Reconstrucción completa. Iniciar reanimación.

La turbina de la cámara silbó.

Munro acercó la mano al botón rojo. Un toque y el laboratorio dejaría de existir.

Una forma se vislumbraba apenas a través del escudo. El líquido burbujeaba y humeaba, sublimándose en gas.

—Activar sistema de soporte vital —dijo Mactilburgh.

Su asistente oprimió un botón.

Crujidos y chasquidos.

Estallaron relampagueos dentro y en torno de la cámara, agitando los pocos mechones de cabello que quedaban en la cabeza de Mactilburgh.

—Sistema activado —dijo el asistente.

Un sonido semejante a pasos gigantescos retumbó en el altavoz.

¡bum! ¡bum! ¡bum!

—Los latidos del corazón, amplificados —dijo Mactilburgh, bajando el volumen.

Las palpitations se volvieron más suaves.

Bumbitbat, bumbitbat, bumbitbat...

La forma que estaba dentro de la cámara tembló.

Una vez, dos.

Era apenas visible a través del escudo semiopaco, pero se movía al emerger desde las tinieblas de la inexistencia hacia la luz de la creación. Se retorció (¿bailaba?) en un movimiento sinuoso y grácil.

—¡Está vivo! —dijo Mactilburgh—. Abajo el escudo.

El asistente oprimió otro botón y el escudo desapareció lentamente.

En la cámara ya no había líquido ni gas, sólo unas volutas de humo. Un olor dulzón y extraño, semejante al aroma de un campo lejano cubierto de flores, impregnaba el laboratorio.

Mactilburgh, su asistente y el general Munro miraban en maravillado silencio.

Había alguien en la cámara.

Una mujer. Una muchacha, en verdad. No tenía más de dieciocho o diecinueve años.

El pelo era rojo y brillante y los ojos enormes y verdes. Sostenía la misma asa rota que antes sostenía el brazo. Parecía parte de un maletín.

Tenía un cuerpo bello y perfecto, y estaba desnuda salvo por algunas tiras de cinta quirúrgica estratégicamente ubicadas.

—Se lo dije... perfecta —dijo Mactilburgh, volviéndose hacia Munro.

El general parecía hipnotizado.

Mactilburgh apartó suavemente la mano de Munro del botón rojo de autodestrucción.

Munro no podía quitar los ojos de esa silueta casi desnuda que había dentro de la cámara.

—Me gustaría tomar algunas fotos —dijo—. Para los... eh... archivos.

Sonriendo, Mactilburgh apretó un botón y una cámara giró hacia el recinto. Un *flash* estalló y la muchacha retrocedió de un brinco, sobresaltada.

Sus ojos verdes enmarcados en negro escudriñaron el laboratorio. Ella miró el asa rota que sujetaba entre los dedos.

—*Oucra cocha o dayodomo binay ouacra mo cocha ferji akba ligounai makta keratapla* —dijo—. *Tokemata tokemata! Seno santonoi-aypa! Monoí ay Cheba! Givamana seno!*

—¿Qué está diciendo? —preguntó Munro, volviendo a acercar la mano al botón de autodestrucción.

Mactilburgh le apartó la mano.

—Activa el detector sónico —le dijo a su asistente.

La muchacha pateaba el vidrio de la cámara.

El asistente de Mactilburgh sacó un micrófono lleno de lucecitas.

La muchacha aún pateaba el vidrio.

—Dale un sedante liviano.

El asistente apretó un interruptor. Se oyó un siseo y una niebla flotó en la cámara.

—Y dale algo para que se vista.

Otro interruptor, y ropas brillantes cayeron desde el techo de la cámara formando un montón.

La muchacha cogió la ropa y la inspeccionó con gesto de desagrado.

—*Teño akta chtaman aasi n ometka!* —dijo mientras comenzaba a vestirse, sin prisa y sin vergüenza.

Munro se acercó. La visión de esa bella muchacha poniéndose un ceñido mono de plástico era aún más excitante que verla desnuda o casi desnuda.

—¿Esto es sólido? —le preguntó a Mactilburgh.

—Irrompible —dijo el científico.

Munro le sonrió a la muchacha, que lo miró con cara de pocos amigos mientras se vestía.

—Si quieres salir, tendrás que desarrollar esas facultades de comunicación —la aguijoneó Munro.

Por toda respuesta, un puño —el de la muchacha— atravesó el vidrio.

A medio vestir, la muchacha se inclinó hacia el exterior de la cámara, agarró a Munro por la guerrera y lo levantó en vilo. Las medallas tintinearón.

Sonó una alarma. ¡AaaoooGGGaaa!

La muchacha hizo impactar el cuerpo de Munro contra la cámara y lo dejó caer al suelo.

Se dirigió a un lado de la cámara, la abrió y salió, tambaleándose levemente en sus largas y torneadas piernas.

¡AaaoooGGGaaa!

Dos corpulentos guardias de seguridad irrumpieron en el laboratorio.

La muchacha los arrojó contra las paredes.

Mactilburgh y su asistente retrocedieron. El rostro de Mactilburgh revelaba un terror teñido de admiración. El de su asistente sólo revelaba terror.

Una falange de diez guardias de seguridad con escudos de plástico y armas paralizadoras entró en el laboratorio.

Rodearon a la muchacha. Ella los estudió un instante, retrocedió.

Un paso, dos.

Los guardias avanzaron. La muchacha quedó arrinconada en un extremo del laboratorio.

Se volvió y atravesó la pared de un salto, como si fuera de papel.

—¡Perfecta! —jadeó Mactilburgh, sin preocuparse por la destrucción del laboratorio.

A fin de cuentas, eran fondos públicos.

9

—¡Corred tras ella! —exclamó el jefe de seguridad. Era su propio empleo lo que estaba en juego.

Envió a sus hombres en equipos de dos por el boquete de la pared, ordenándoles que revisaran cada rincón de esa planta.

Sabía que era sólo cuestión de tiempo. La muchacha —o lo que fuera— estaba atrapada. Habían cerrado los ascensores y el laboratorio central estaba en la planta 450.

—¿Tenemos autorización para tirar a matar? —preguntó un guardia de seguridad mientras corría por un pasillo.

Su compañero rio. Era una broma. Tirar a matar era el procedimiento operativo estándar para cualquier actividad no autorizada en los laboratorios centrales. O en cualquier parte de Manhattan, llegado el caso.

Cuando la muchacha apareció en el extremo del corredor, ninguno de los dos vaciló en abrir fuego.

¡Bratbratbratbrat!

Bratbratbratbrat!

Esquivando las balas, la muchacha miró hacia arriba. En el cielo raso, una rejilla cubría un tubo de ventilación.

¡Bratbratbratbrat!

Saltó hacia arriba, arrancó la rejilla y la arrojó contra los guardias.

La esquivaron, sin dejar de disparar.

¡Bratbratbratbrat!

Cuando abrieron los ojos, ella se había ido.

—¡Le he dado!

—No. ¡Le he dado yo!

—No le ha dado ninguno de los dos. Ha desaparecido.

Los guardias miraron el tubo de ventilación. Vieron movimiento en el otro extremo.

—Tú primero —dijo uno.

—No, tú primero —dijo el otro.

Llegó el jefe de seguridad. Mirando hacia arriba, vio de inmediato lo que sucedía.

—¡Vosotros dos! Venid conmigo —ordenó, trepando por el conducto abierto.

—Después de ti.

—No, después de ti.

—¡Venga, maldita sea! ¡Moveos!

Con agilidad gatuna, la muchacha (si es que era una muchacha) pelirroja seguía avanzando por el tubo de ventilación, buscando una salida.

Aunque se movía a la velocidad del rayo, su rostro no mostraba indicios de pánico.

Sus ojos verdes eran claros. En sus labios de rubí se esbozaba una leve sonrisa.

A sus espaldas oía los desmañados movimientos de los guardias de seguridad.

El angosto tubo viró a la derecha, luego a la izquierda.

Subió, bajó.

Con cada recodo el tubo se empequeñecía, hasta que la muchacha tuvo que andar a gatas, y luego a rastras.

Era tan rápida reptando como corriendo.

Entonces llegó al final.

Una reja con barrotes de acero.

Más allá se veía un cielo azul.

Sonrió y dio una patada a la reja, que salió despedida al vacío.

Se deslizó por el agujero y saltó sobre una angosta cornisa.

La cornisa tendría unos treinta centímetros de anchura. Rodeaba el piso 454 del edificio de Tecnologías Centrales, que ocupaba una manzana entera en la calle Cincuenta y cinco de Manhattan.

La muchacha miró hacia abajo.

Allá vio enjambres de aeromóviles y taxis circulando entre las torres.

Y aún más abajo, los detritos y desechos que constituían el «estercolero» de la sociedad postindustrial moderna, la basura acumulada durante quinientos años. Era más fácil construir sobre ella que desplazarla o recogerla.

Oyó ruidos ásperos en el conducto, pisadas y voces jadeantes.

La muchacha se alejó unos pasos.

Caminaba con presteza, como si no temiera las alturas. Sus ojos verdes brillaban escrutando el espectacular paisaje de Manhattan a mediados del milenio.

El metro no sólo tenía líneas horizontales sino también verticales, y los trenes suplían y conectaban los anticuados ascensores.

Entre los edificios de oficinas se alzaban los esqueletos de las «torres-perchero» también llamadas «megatorres», donde se alquilaba espacio para apartamentos modulares que podían desconectarse y mudarse a voluntad del dueño. A mayor altura, mayor precio.

La calle era un borrón en el abismo. Nadie vivía allí excepto los sin techo y los proscritos que se desplazaban por la basura, alimentándose de los residuos y escombros que caían de arriba.

La teoría económica del trickle-down en pleno funcionamiento.

Si la escena era nueva para la muchacha, no lo demostró. Apenas pareció notarlo. Metió la mano en un bolsillo de su ceñido mono y extrajo el asa rota. La miró, sacudió la cabeza y la guardó.

¡Bratbratbratbrat!

Los disparos rebotaron en la pared y la cornisa, y la muchacha dobló la esquina

—Déjeme allí, por favor. Esa entrada de la izquierda, en la esquina.

Korben tiró del volante del coche, virando tan bruscamente que el giroscopio gimió, y pasó bajo dos carriles de tráfico, eludiendo diestramente un guardabarros, un alerón y un parachoques mientras ignoraba los insultos de sus colegas.

Se detuvo en una parada flotante frente a una cornisa de entrada, por encima del corredor Cuarenta y cuatro. Lo que había sido la calle Cuarenta y cuatro yacía bajo seis metros de residuos.

—Vaya —dijo el pasajero, un empresario con traje color turquesa—. ¿Dónde aprendió a conducir así?

—En la última guerra —dijo secamente Korben—. Y en la penúltima.

—Impresionante.

El pasajero pasó su tarjeta por la ranura y todas las pegatinas parlantes del taxi de Korben se activaron al mismo tiempo, un coro de voces robóticas y metálicas.

—Por.favor.cerciórese.de.que.sus.pertenencias.estén...

—Mientras.se.encuentre.en.New.York.visite...

—Presente.sus.quejas.o...

El pasajero abrió la portezuela.

—Oiga —dijo Korben—, ¿no se le olvida algo?

El pasajero revisó el asiento.

—¿Qué?

—La propina.

—No doy propinas —dijo el pasajero, saliendo del coche—. Va contra mis principios.

—Sensacional —dijo Korben, elevándose con un rugido—. No todos los días se conoce a un hombre que es fiel a sus principios.

Dejando el corredor Cuarenta y cuatro, Korben enfiló hacia el norte, buscando más pasajeros. Los taxis se llamaban con globos enviados por los porteros, o mediante un centelleo de luces en los conductos de entrada de las grandes empresas.

Volaba a una altura de cuatrocientos pisos, mirando las cornisas por el rabillo del ojo, cuando... ¡CRASH!

... algo chocó contra el techo del coche.

El impacto activó todos los sensores.

—Acaba.de.tener.un.accidente —dijo el taxi automáticamente.

—¡No me digas! —masculló Korben, luchando para recobrar el control del tambaleante vehículo. Miró hacia atrás y vio con asombro que alguien había caído en el interior del coche, atravesando el techo.

Estabilizó el giroscopio y viró hacia el costado, alejándose del tráfico. Revoloteó a la sombra de un parapeto mientras la voz del taxi zumbaba:

—Cuatro.puntos.restados.temporalmente... Queda.un.punto.en.su.licencia.

«¡Fantástico!» Korben suspiró y miró el asiento trasero para evaluar los daños. Sospechaba que lo había golpeado un «caedor», uno de los ciento y pico suicidas diarios del centro de Manhattan.

Pero en tal caso, era un suicida frustrado.

Aquello que había atravesado el Plexiflex™ de mala calidad del taxi era una pila de piernas y brazos en el asiento trasero. A decir verdad, piernas y brazos realmente bonitos.

—¿Algún superviviente? —preguntó Korben, conteniendo el aliento.

Había una muchacha sentada entre los trozos de techo en el asiento trasero del coche. Era, a falta de mejor palabra, hermosa. Más que hermosa...

Celestial.

En la cara tenía un poco de sangre que brotaba de un labio cortado, pero aparte de eso parecía milagrosamente ilesa.

Korben se inclinó para enjuagarle la sangre con la manga.

Sus ojos eran tan verdes...

Korben se quedó sin pulso, sintió vértigo.

Su cabello era tan rojo...

Ella sonrió.

Korben se sintió obligado a decir algo. Pero ¿qué se le dice a una muchacha despampanante que acaba de caer del cielo?

—Hola —dijo—. Bonito cabello.

—*Akine delucan* —respondió la muchacha con una amplia sonrisa, como si Korben acabara de decirle la frase más ingeniosa que hubiera oído jamás—. *Nou shan. Djela... bum.*

—¿Bum? —preguntó Korben.

—*¡Bada bum!* —dijo la muchacha, batiendo palmas.

Korben miró el techo pulverizado. Vio que un coche patrulla se acercaba, haciendo centellear las luces.

—Sí —dijo—. Gran bada bum.

—Lleva.usted.un.pasajero.no.autorizado —gruñó el coche patrulla con un demencial chirrido robótico mientras descendía frente al taxi de Korben—. Vamos.a.arrestarlo...

Por.favor.apoye.las.manos.en.el.volante...

Gracias.por.su.cooperación.

Korben tenía experiencia con los policías neoyorquinos y conocía su reputación de locos del gatillo.

Apoyó las manos en el volante, poniéndolas a la vista.

—Lo lamento, primor —dijo por encima del hombro—, pero creo que vienen a buscarte. Será mejor que hagamos lo que dicen.

El coche patrulla se aproximó despacio, adhiriéndose magnéticamente al taxi.

Enormes armas apuntaban desde todas las ventanillas del coche patrulla, y detrás de cada cañón había dos ojos negros y turbios.

Polizontes.

Las puertas del coche se abrieron y un Felonnet™ hidráulico, la red para atrapar a criminales, con su juego de esposas automáticas incluido, se aproximó haciendo señas.

Korben se sintió mal.

Se sintió doblemente mal cuando miró hacia atrás y vio lágrimas en los ojos de la muchacha.

Grandes y bellos ojos verdes.

—Lo lamento —dijo.

En vez de responder, ella señaló una de las muchas pegatinas que decoraban las puertas y ventanillas del taxi.

Era un teléfono de llamada gratuita a una organización de ayuda a los huérfanos. Mostraba los ojos suplicantes de un niño y debajo dos palabras: AYUDA, POR FAVOR.

¿Acaso trataba de comunicarse?

—No me hagas esto. No me pongas en esta situación. ¡No puedo!

La muchacha asintió y volvió a señalar la pegatina.

AYUDA, POR FAVOR.

—Sólo me queda un punto en mi licencia, y lo necesito para llegar al garaje —suplicó Korben—. Me toca la revisión semestral, ¿entiendes?

La muchacha parecía entender el extraordinario poder que ejercía sobre las emociones de Korben. Sonrió tristemente, se enjugó una lágrima y señaló de nuevo la calcomanía.

AYUDA POR FAVOR.

—Finger me matará —murmuró Korben.

Apagó el taxímetro del coche.

—Gracias.por.su.cooperación —dijo la policía mientras Korben golpeaba la palanca de anulación situada bajo el salpicadero, cancelando momentáneamente el contacto magnético.

—De nada —dijo Korben.

Activó el giroscopio, haciendo rotar el taxi y enviando al coche patrulla a una caída lateral que lo arrojó contra el flanco del edificio, dos pisos más abajo.

—¡Hemos.sufrido.un.impacto! —chilló el coche patrulla con voz automática—. Requiero.ascenso.y.persecución.

—Un.punto.restado.de.su.licencia —dijo el taxi a los oídos de Korben.

—Extrañaba tu dulce voz —murmuró Korben.

Movió el volante, doblando rápidamente una esquina y bajando seis pisos, alejándose del centelleo de las luces del coche patrulla.

Lo siguió una andanada de insultos, bocinazos y alaridos.

—No quedan puntos en su licencia —continuó el taxi—. No está autorizado para operar con este vehículo... Por favor...

La voz murió de repente cuando Korben arrancó el altavoz del techo y lo arrojó por la ventanilla sobre la parte trasera de una camioneta.

—No aguanto ver llorar a la gente —dijo. Por el espejo retrovisor, vio que la muchacha pelirroja observaba todo aquel jaleo con una sonrisa divertida.

Era tan bella que Korben apenas pudo apartar los ojos de ella para atender al veloz tráfico aéreo.

—No tengo defensas, ¿sabes?

A pocas manzanas de allí, la unidad 47 del distrito 2345 estaba en la fila de la ventanilla de McDonald's cuando la radio despertó con un carraspeo.

—Todas las unidades del sector 12 alerta. Confluir en vector 21.

—Vector, sector —dijo el joven policía que empuñaba la escopeta—. Nunca sé reconocer la diferencia.

—Unidad 47, vamos en camino... —dijo al micrófono su maduro compañero, que estaba al volante. Luego lo colgó y concluyó—: En cuanto hayamos almorzado. Trae las hamburguesas, chico.

El policía joven habló por otro micrófono que revoloteaba pacientemente en el aire frente al coche patrulla, aguardando un pedido.

—Un Big Mac con patatas fritas, con Diet Coke. Un Quarter Pounder con patatas grandes y una Diet Cherry Coke sin cafeína. ¿Me copia?

—Un Big Mac con patatas fritas, con Diet Coke. Un Quarter Pounder con patatas grandes y una Diet Cherry Coke sin cafeína.

—Afirmativo. Corto y fuera.

La fila de aeromóviles avanzó. El policía joven se volvió hacia su compañero.

—¿No deberíamos responder a esa llamada?

El policía maduro meneó la cabeza.

—Estoy demasiado cansado, demasiado viejo y demasiado hambriento para andar persiguiendo a locos de la velocidad.

El coche se detuvo junto a la ventanilla.

—Y además también estoy demasiado sediento —añadió cogiendo la bandeja de bebidas.

Siguió una bandeja de hamburguesas y patatas. La estaba cogiendo cuando...

¡BAM!

... desapareció de golpe. Un taxi amarillo había pasado como un bólido entre la ventanilla y el coche patrulla, arrancando el costado de ambos.

Los policías se miraron, luego miraron el destartado taxi amarillo que desaparecía entre los rascacielos.

—¿Por qué no te sientas aquí? —dijo Korben, palmeando el asiento que tenía al lado—. Al menos mientras sigamos fuera de la ley.

La muchacha trepó al asiento delantero. Su colorida vestimenta era extrañamente reveladora.

Se peinó el cabello rojo con los dedos.

¡uuuuuuuuuuuh!

Detrás del taxi, las sirenas eran cada vez más estridentes. Korben pasó a través y

encima de seis carriles de tráfico, retrocedió dos manzanas, subió seis pisos, disminuyó la velocidad.

—Si no te persiguen después de un kilómetro —dijo—, no te persiguen más, créeme.

Dobló una esquina, y seis coches patrulla azules se lanzaron sobre él desde un callejón.

—Tal vez sean dos kilómetros —murmuró Korben, acelerando y poniendo el giroscopio en modalidad evasiva.

—*Klaatu barada nikto* —dijo la muchacha.

—Oye, lo lamento. Sólo hablo dos idiomas. Inglés y mal inglés.

Los seis coches patrulla se dividieron en dos grupos de tres, uno a la izquierda y otro a la derecha.

Korben viró, bajando entre los edificios hacia un techo ajardinado.

Los policías lo siguieron.

Korben se elevó en el último momento.

Cuatro coches patrulla se elevaron...

¡GUMP! ¡GUMP! Dos coches patrulla quedaron enterrados en la arena sintética del jardín.

Korben enfiló hacia el centro perseguido por cuatro coches de policía.

—*Maica Iota muni* —dijo la muchacha.

—Oye, me encanta la conversación, pero cállate un minuto. Esto se ha puesto complicado.

Los cuatro coches patrulla se aproximaban haciendo gemir sus potentes turbinas.

La pantalla del taxi emitió un pitido.

Korben la encendió.

¡MODALIDAD DE ATAQUE! ¡MODALIDAD DE ATAQUE! ¡MODALIDAD DE ATAQUE!

Korben le habló a su pasajera.

—No sé qué hiciste para enfadarlos...

¡EN LA MIRA! ¡EN LA MIRA! ¡EN LA MIRA!

—Pero están muy enfadados. Agárrate.

Korben duplicó la potencia de giro mientras activaba los cohetes de freno: un viejo truco del combate aéreo.

El taxi rezongó pero efectuó el giro.

—Creo que estamos a salvo por un rato —dijo Korben. Miró el espejo retrovisor.

Aún lo seguían dos coches patrulla.

—He tratado de ser amable, muchachos —susurró Korben—. Lástima que no sepáis apreciarlo.

Desactivó los propulsores y empujó la palanca hacia delante.

—Estaremos a salvo en el smog. Si llegamos.

El coche de Korben perdió velocidad y descendió en picado, entre taxis, minicoches y limusinas de levitación magnética.

Volvió a activarlos en el último momento, por encima de la basura que cubría la calle.

Derecha, izquierda, a través de la niebla tóxica de metano.

Un callejón sin salida.

—*Daya deo bono dato!* —dijo la muchacha. Parecía encantada con el alboroto—. *Dalutan!*

—Si hay algo que no necesito —dijo Korben—, es que me digan cómo conducir.

Girando en un súbito rizo, Korben dobló al costado. Apretó la palanca con la rodilla y apagó el freno magnético —otro viejo truco de piloto de combate—, de modo que el coche se colocó de costado.

Conduciendo con turbadora precisión, Korben se lanzó por un callejón tan estrecho que los antiguos ladrillos arrancaron la luz del techo.

El primer coche patrulla era varios centímetros más ancho. Aceleró y se atascó con un chirrido.

El segundo coche frenó justo a tiempo.

—¡Mierda! ¡Atención, todas las patrullas!

Retrocedió y giró en redondo.

La bruma y el smog que cubrían el suelo de la ciudad ocultaban piadosamente generaciones de desechos y residuos, el estercolero urbano que cubría las calles hasta una altura de diez o quince metros.

Nadie vivía allí.

Eso pensaba el joven policía.

Entonces vio esas siluetas casi humanas, vestidas con harapos y pieles, que trepaban aquí y allá, patinando y deslizándose en las enormes pilas de basura podrida.

Se estremeció.

—¡Mira! —le dijo a su compañero—. ¿Qué pasa? ¿No vienen por aquí los recogedores de basura?

—No —dijo cáusticamente el policía maduro—. Hace por lo menos una semana que no vienen por aquí.

Era una broma, naturalmente. Hacía más de una generación que no se recogía la basura, desde que el ayuntamiento había descubierto que era más barato dejar que los desechos se acumularan en vez de trasladarlos a un vertedero.

Como la ciudad crecía hacia arriba más rápidamente que la basura, no creaba ningún problema para los que vivían en los niveles superiores.

Y la basura ofrecía vivienda y sustento a quienes eran literalmente «los de abajo», los que no podían permitirse el lujo de crecer con la ciudad.

Era el retropostneodarwinismo en acción, y aunque económicamente todo encajaba, para el joven policía resultaba...

Repulsivo.

Las pilas parecían suspirar, emitiendo nubes de pestilencia humeante. Pero ¿dónde estaba el taxi fugitivo?

Supuestamente estaba arrinconado en ese nicho sin salida. Pero allí no había nada salvo un letrero vertical que hacía publicidad para una compañía olvidada tiempo atrás: IBM.

El joven policía miró el rótulo, que tenía quince metros de altura pero sólo tres de anchura, insuficientes para esconder un taxi.

—¿Adónde habrá ido? —le preguntó a su compañero.

El policía maduro señaló la capa de basura.

—Allá abajo, supongo. Se le habrá fastidiado el giroscopio. No es nuestro trabajo escarbar en esa mugre buscando cuerpos. Vamos a por otra hamburguesa.

Korben miraba arriba mientras los policías miraban abajo.

Su coche estaba detrás del letrero, inmóvil y en posición vertical. Otro viejo truco de piloto de combate. Costoso en energía eléctrica, pero efectivo.

Incómodo, también. La muchacha y Korben estaban aplastados contra el asiento delantero.

O no tan incómodo. La muchacha despedía un olor cálido y agradable que se imponía al de la basura.

—Aguardaremos aquí hasta que se calmen las cosas —susurró Korben—. ¿Te parece bien?

La muchacha le cogió el cuello de la camisa y le susurró al oído:

—Sacerdote...

Korben la estudió. Parecía débil. Entornaba los ojos verdes.

—Sacerdote... —repitió.

—No estás tan grave —dijo Korben—. Vamos, iremos a ver a un médico.

—*Vii too* —dijo la muchacha—. *Cor nee lii us*.

Sonaba como un nombre.

—¿Vito Cornelius?

La muchacha asintió.

Luego se desmayó.

—¿Sí?

Un anciano menudo, con un rostro redondo como una moneda y un mechón de cabello blanco, abrió la puerta.

Vio a un hombre fuerte y curtido, con poco pelo pero muchos nervios.

Traía a una muchacha en los brazos. Parecía dormida.

—Disculpe —dijo Korben—. Estoy buscando a un sacerdote.

—Las bodas son un piso más abajo, hijo mío —dijo el sacerdote—. Mis felicitaciones.

Cerró la puerta.

Una patada la abrió de nuevo.

—No es mi prometida —dijo Korben—. Es mi pasajera. Está buscando a un tal Vito Cornelius. Según la guía telefónica, él vive aquí.

—Soy yo —dijo el sacerdote, ciñéndose la sotana mientras miraba a los dos intrusos—. Pero no sé quién es ella.

La muchacha usaba un mono brillante y ceñido y su cabello, largo hasta los hombros, era rojo como el fuego.

El sacerdote la miró con suspicacia.

—¿Dónde la encontró?

—Ella... se me cayó encima —dijo Korben.

Extendió la muchacha hacia el sacerdote y el brazo de ella cayó al costado. Tenía un tatuaje en la muñeca.

Cuatro elementos conectados por líneas.

El sacerdote palideció.

Miró el gastado símbolo de los cuatro elementos en su antigua hebilla de bronce. Concordaba exactamente con el tatuaje.

—¡El Quinto Elemento! —jadeó, y cayó al suelo, inconsciente.

Korben entró en el apartamento, dejando que la puerta se cerrara a sus espaldas.

—Finger me matará —masculló, buscando un lugar donde poner a la muchacha.

Un bofetón.

Cornelius despertó.

Estaba mirando a un sujeto tosco pero amable, rudo pero inteligente.

—¿Quién es usted?

—Yo traje a la muchacha, ¿recuerda?

Cornelius se incorporó.

—¿Muchacha?

Recordó. El Quinto Elemento.

—Sí —dijo Korben—. Ella se me cayó encima.

Es decir, cayó en mi taxi. Hablando en ese idioma raro.

Cornelius sacudió la cabeza tan lentamente que parecía un nuevo estilo de plegaria.

—No es raro. Es la lengua divina. El idioma más antiguo. Hablado en todo el universo antes de que el tiempo fuera tiempo. El Quinto Elemento, el Ser Supremo...

Cornelius miró a la muchacha que estaba tendida en el sofá, su reluciente cabello rojo, y cayó en la cuenta de algo.

—¡Él... es ella!

—Lo ha notado —dijo Korben.

El sacerdote no reparó en el sarcasmo. Se arrodilló frente a la muchacha dormida.

—¡Es un milagro! ¡No hay tiempo que perder! Despiértela, pero con suavidad. Esta mujer es la más preciosa posesión de la humanidad.

—¿De veras?

—Es... es perfecta.

Cornelius salió corriendo de la habitación.

Korben se arrodilló junto a la muchacha.

Alzó la mano para despertarla de un bofetón, pero cambió de parecer.

Bajó la mano despacio. Le tocó la mejilla con los dedos.

El cutis era suave y frágil como un pétalo de rosa. Costaba creer que había atravesado el techo del taxi casi sin lastimarse.

—Perfecta —susurró Korben.

—¡Es un milagro!

El novicio, David, apartó los ojos de la sotana que estaba remendando con sus utensilios antiguos favoritos: aguja e hilo.

El padre Cornelius había irrumpido en la habitación, sin aliento y congestionado.

—¿Un milagro? ¿Dónde?

El padre Cornelius abrió la puerta del guardarropa.

—No puedo usar esta ropa —dijo—. Esto exige dignidad.

El guardarropa estaba lleno de sotanas. Todas eran idénticas a la que estaba remendando David, idénticas a la que el padre Cornelius llevaba puesta.

—Tengo que vestirme para mi papel —exclamó Cornelius, internándose en el guardarropa mientras David meneaba la cabeza desconcertado.

La muchacha no despertaba.

Korben le tocó una mejilla, luego la otra.

De repente, en un impulso que lo sorprendió incluso a él, se inclinó para besarle suavemente los labios.

Eso funcionó.

Ella abrió los ojos.

Korben sintió algo frío y se incorporó.

Era su propia arma apoyada bajo su barbilla.

La muchacha se había apoderado de ella con un rápido movimiento, extrayéndola de la pistolera que Korben llevaba al hombro.

—*Eto akta gamat!*

—Lo lamento, es sólo que...

¿Sólo que qué?, parecía preguntar ella con los ojos.

Avergonzado, Korben buscó una excusa. No era muy hábil con las mujeres (aunque habitualmente ellas no parecían notarlos).

—Me dijeron que te despertara suavemente, así que pensé...

La muchacha parecía desconcertada. Bajó el arma.

—Tienes razón —dijo Korben—. No debí besarte. Sobre todo teniendo en cuenta que no nos han presentado formalmente y...

Hurgó en los bolsillos de su chaleco y sacó una tarjeta barata de plástico brillante.

—Aquí tienes. Es un poco tarde, pero me llamo Korben. Korben Dallas. Soy taxista. Llámame cuando quieras. No tienes por qué saltar de un edificio para coger un taxi. Tan sólo llama.

La muchacha titubeó un instante, cogió la tarjeta.

Con una sonrisa inesperada.

—¡Padre!

—Mmm.

David podía saber dónde estaba el padre Cornelius observando la ondulación de las sotanas del guardarropa. Era como seguir a una ballena bajo el agua.

Una ballena muy pequeña y muy resuelta.

—Padre, ¿quiere explicarme qué sucede?

—El Ser Supremo —dijo el padre Cornelius, la voz sofocada por los metros de tela polvorienta que colgaban en el guardarropa.

—¿El qué?

—¡El Quinto Elemento! ¡Aquí, en nuestra parroquia!

Cornelius salió con una sotana limpia, sosteniéndola frente a él como una adolescente mirando el vestido de su baile de graduación.

—¡Es un milagro! —dijo.

—¿Y tú cómo te llamas? —le preguntó Korben a la muchacha.

Ella estudiaba la tarjeta que él le había dado.

Korben señaló su nombre en la tarjeta.

—Nombre.

Ella pareció comprender.

—*Leeloo Menai Lekarariba-Laminai-Tchahi Ekbat De Sebat* —dijo sin una pausa.

—Oye —dijo Korben, tratando de recordarlo—. Es simpático. ¿Y no tienes un apodo? ¿Algo un poco más... breve?

—*Leelo*.

Korben miró esos profundos ojos verdes. Eran como un mar donde anhelaba ahogarse. El flamígero pelo rojo era como un fuego donde ansiaba desesperadamente consumirse.

Se estaba enamorando.

—*Leelo* —repitió—. Realmente... simpático.

El padre Cornelius y David entraron en la sala y se encontraron frente al cañón de la pistola de Korben. La muchacha les apuntaba.

—*Apipulai Leelo Menai* —dijo Cornelius.

La muchacha bajó el arma.

—¿*Cor nee lii us?*

Él hizo una reverencia.

—A tus órdenes.

Ella se echó a reír. Era una carcajada infantil y contagiosa que hizo sonreír al sacerdote, y también a Korben.

Sólo David el novicio fruncía el ceño. Nunca había estado tan cerca de una criatura tan deseable. Le molestaba que ella fuera tan... apetecible.

Miró al sacerdote.

—¿Está seguro de que ella es el Ser Supremo?

—Absolutamente —dijo Cornelius—. ¡Los cuatro elementos están en su muñeca!

David se agachó mientras *Leelo* extendía la muñeca para que él la examinara.

Entretanto, Cornelius cogió la gruesa muñeca de Korben en sus pequeñas manos y lo guió hacia la puerta.

—Muchas gracias por su ayuda, señor...

—Dallas. Korben Dallas. Pero...

Korben miró por encima del hombro. *Leelo* ya no se reía. Lo miraba con ojos tristes.

—Sí —dijo el sacerdote—, está bien. Muchas gracias, mil gracias.

—¿Cree usted que debería llamar para saludarla? —preguntó Korben mientras se abría la puerta del apartamento—. Ya sabe, para ver si está mejor.

—Ella está bien, no se preocupe —dijo el padre Cornelius mientras conducía con diligencia a Korben hacía la puerta—. Sólo necesita descansar. Ha tenido un viaje muy largo.

—Lo sé. Yo estaba allí cuando llegó.

Faltó poco para que lo arrojaran al pasillo.

La puerta estaba por cerrarse cuando él la contuvo con la mano, trabando el mecanismo de seguridad.

—Disculpe, padre. Una cosa más. Hace un rato me dijo algo y no lo entendí. ¿*Akta gamat?*

—*Akta gamat* —repitió Cornelius, activando el mecanismo de seguridad—. Significa «nunca sin mi permiso».

—Es lo que pensé —dijo Korben mientras le cerraban la puerta en la cara.

—Buenas noches —le dijo Korben al portero robot.

Había pasado media hora. Había llevado el coche a su garaje y regresaba al solitario apartamento de la megatorre. No estaba a altura suficiente para gozar del aire verdaderamente limpio, pero evitaba los olores más pestilentes.

—Buenas noches —le dijo a su vecino antipático en el pasillo.

—Jódete —dijo el vecino antipático. Se lo decía a todo el mundo.

—Gracias —dijo Korben—. Tú también.

Entró en su diminuto módulo.

—Miauu.

El gato acudió corriendo y se frotó contra su pierna.

—Oh, cielos. Me olvidé de tu comida. Lo lamento de veras.

Korben apretó un botón de la pared. Estaba conectado con un restaurante de comida rápida.

—¿Qué te parece un apetecible *nosh* tailandés para disculparme? ¿Qué dices?

—Miauu.

Sonó el teléfono.

—¿Hola?

—Hola, compañero —gruñó Finger—. He esperado todo el día en el garaje.

—Finger, hombre —murmuró Korben—. Lo lamento. Escucha. El coche está bien. Ronronea como un gato.

—¿Sí? Bien, ¿por qué no me dejas oírlo, entonces?

—De acuerdo, mira. Iba hacia allá, pero una pasajera me cayó en las rodillas. Ya sabes, uno de esos grandes viajes que no puedes resistir.

Finger aún sospechaba algo.

—¿Como cuánto de grande?

—Un metro ochenta —dijo Korben, sacando un cigarrillo del chaleco—. Ojos verdes, piernas largas, cutis suave. ¿Entiendes? Perfecta.

Trató de encender una cerilla.

La cerilla chisporroteó y se apagó.

—¡Vaya! —dijo Finger—. Entiendo. Y esa pasajera perfecta, ¿tiene un nombre?

—Sííí —suspiró Korben—... Leelo.

—¿Qué está haciendo? —preguntó David.

No podía apartar los ojos de ella.

Primero había salido casi desnuda de la ducha.

Ahora estaba sentada ante el ordenador, envuelta en una exigua toalla, engullendo pollo frito.

Leeloo recorría la Internet a tal velocidad que el cable del módem humeaba, el disco duro gemía, el microprocesador ladraba como un perro.

Los datos recorrían la pantalla en un flujo continuo.

—Está aprendiendo nuestra historia —dijo Cornelius—. Los últimos cinco mil años que se perdió. Ha estado un tiempo fuera de circulación, ¿sabes?

Ambos hombres se sobresaltaron cuando Leeloo se echó a reír. Su carcajada era un cascabeleo diáfano y musical, como la risa de los niños, totalmente exenta de malicia o crueldad.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Cornelius. ¿Qué podía encontrar en la sangrienta historia de los últimos cinco mil años de la humanidad que le resultara medianamente divertido?

—Nap O León —dijo Leeloo.

—¿Qué gracia tiene Napoleón? —preguntó David.

—Pequeño —gorjeó Leeloo—. Tan pequeño.

Riendo aún, metió otras dos cápsulas Kwik-Chik™ en el microondas.

El microondas examinó las cápsulas, sintonizó el temporizador y se activó.

—Oh, padre —dijo David—, sé que ella ha pasado por una situación difícil. Pero no tenemos mucho tiempo. El Mal Supremo se acerca cada vez más.

—Sí, por supuesto.

¡Ding!

Leeloo abrió el microondas. La cápsula se había expandido formando una humeante bandeja llena de pollo y verduras.

Leeloo puso su cena junto al ordenador y se sentó enfrente, desplazando el documento con una mano y comiendo con la otra. Su apetito parecía insaciable.

—Leeloo —dijo Cornelius—, lamento interrumpirte, pero...

Le mostró el asa rota que ella le había dado.

—¿El maletín?

Leeloo se encogió de hombros, comenzando su segunda cena. La pantalla se movía más deprisa.

—El maletín con las piedras sagradas —continuó el padre Cornelius—. Se suponía que lo tenías tú.

—*San agmat chay bet* —dijo Leeloo—. *Envolet*.

—¿Robaron el maletín?

Leeloo asintió sin inmutarse. Se sirvió más pollo.

—¿Quién haría semejante cosa, en nombre de Dios? —exclamó Cornelius, azorado.

Zorg, ¿quién si no?

En ese mismo instante, el financiero más cruel de la galaxia recorría su almacén con su mejor cojera byroniana, reflexionando sobre cómo usar sus miles de millones de la manera más estratégica, en detrimento de toda virtud y decencia. Para Zorg la ecuación era sencilla: preferir siempre aquello que redundara en el mayor beneficio para él y el mayor perjuicio para la humanidad.

Estaba sumido en estos elevados pensamientos cuando se le aproximó su asistente más valioso.

—Disculpe, amo —dijo Brazo Derecho, el brazo derecho de Zorg—. El consejo está preocupado por el recalentamiento de la economía. Se preguntan si sería posible despedir a quinientas mil personas. Pensé en alguna de las empresas más pequeñas, donde nadie lo notaría. Como una de las compañías de taxis.

Zorg reflexionó.

—Despide a un millón.

—Pero amo, sólo necesitan quinientos mil.

Zorg se volvió lentamente hacia su asistente.

La delgada cicatriz que le cruzaba la cara se puso roja. Su párpado derecho aleteaba, indicando que estaba a punto de montar en cólera.

Brazo Derecho no pasó por alto el mensaje claramente escrito en la cara de Zorg.

—Un millón. De acuerdo, amo. Perdón por la molestia, amo.

Entretanto, en el nivel 323 de una «torre-percha» de ingresos medios, en un apartamento monástico y austero, el padre Cornelius hablaba consigo mismo.

—¿Quién haría semejante cosa?

Su joven novicio, David, entró en la habitación con una pila de ropa. Ropa de mujer.

—Estaba ese tío cojo, con la cicatriz —reflexionó Cornelius en voz alta—. Fue hace un mes. Dijo que era un marchante de arte. Hizo muchas preguntas sobre las piedras sagradas.

David le entregó las prendas a Leeloo, que estaba sentada ante el ordenador, seductoramente vestida solamente con una toalla.

—No conocía tu talla —se disculpó—. También he encontrado esta caja de maquillaje.

—En el momento no le di importancia —continuó distraídamente Cornelius—. ¿Cómo se llamaba? Soy tan malo para los nombres.

Leeloo se levantó sonriendo. Se quitó la toalla y la arrojó al rincón.

El padre Cornelius y David le clavaron la vista.

Estaba desnuda.

Maravillosa, bella y perfectamente desnuda.

—Realmente la han hecho... eh... —tartamudeó David.

—Perfecta —concluyó Cornelius—. Sí, lo sé.

Los dos hombres miraron hacia otro lado mientras Leeloo se ponía la ropa que le había llevado David.

Giró y se admiró frente a un espejo imaginario (el padre Cornelius no tenía espejos en su apartamento). Era como si ella pudiera verse desde fuera.

—*Domo danko* —le dijo a David, apretándole la mano.

David giró y sonrió estúpidamente. Las prendas le sentaban a la perfección.

—Leeloo —dijo el padre Cornelius—, las piedras. El tiempo se acaba. Debemos recobrarlas.

Ella asintió y volvió a sentarse ante el ordenador.

—*Ikset-kiba. Me imanetaba oum dalat!*

El padre Cornelius no sabía si asombrarse o alegrarse ante sus palabras, o ambas cosas.

—¿Lo sabes? ¿Sabes exactamente dónde están las piedras?

También lo sabían otros.

O al menos eso creían.

Un grupo de guerreros apuestos como dioses entró en el almacén de Zorg, pasó junto al robot de seguridad y llenó el ascensor.

Aknot, el más apuesto de esos apuestos guerreros, llevaba un maletín metálico en la mano.

El maletín no tenía asa.

La puerta del ascensor se abrió. Seguido por sus guerreros, Aknot echó a andar por el largo corredor.

Zorg y Brazo Derecho esperaban al final.

—Aknot, ¿eres tú? —preguntó Zorg cuando vio a los guerreros.

Aknot asintió. Una perfecta sonrisa de dios iluminó su apuesto rostro.

—¡Qué facha! —dijo Zorg—. No te sienta nada bien. Cámbiate.

Akanit se encogió de hombros. Su rostro se derritió, revelando el nudoso, viscoso, monstruoso, deforme, crapuloso, decadente, irregular, distorsionado rostro de...

Un mangalore. La raza más fea de la galaxia.

—Así está mejor —dijo Zorg—. Nunca te avergüences de ser quien eres... lo que eres.

Akanit asintió. Hizo una seña a sus guerreros, que también se relajaron y dejaron que sus rostros se derritieran, revelando su fealdad mangalore.

Brazo Derecho trató de disimular su repulsión.

—¿Qué importa si el Ejército Federal aplastó a toda vuestra raza? —dijo Zorg—. ¿Qué importa si el gobierno dispersó a vuestro pueblo a los cuatro vientos? Lo que no te mata te fortalece, ¿verdad?

Abrió la caja que tenía al lado. Estaba llena de rifles láser.

—Ha llegado la hora de vuestra venganza. *Voilà*.

Zorg alzó uno de los rifles.

—¡El ZF1!

Zorg alzó el arma en sus manos fuertes y pequeñas.

—Es ligero. La culata es ajustable para que sea más portátil, cómoda para diestros y zurdos...

Zorg movió un interruptor en el flanco de la culata. El arma centelleó y zumbó con lo que parecía un anhelo inteligente, aunque maligno, de destrucción.

—Ideal para intervenciones rápidas y discretas —continuó Zorg, adoptando el persuasivo tono de vendedor que distinguía a uno de los traficantes de armas más importantes de la galaxia.

Hizo una seña a un par de peones, que se apresuraron a instalar un maniquí en un extremo del corredor.

—¡La última palabra en poder de fuego! —ladró Zorg—. Recarga de titanio, cartucho de tres mil disparos. Con el botón de repetición, otra innovación de Zorg, es aún más fácil. Un disparo...

Apuntando rápidamente, Zorg disparó contra el lejano maniquí.

¡Brat! ¡Tonk!

Impacto.

—Luego se aprieta «repetición» y... ¡todos los disparos irán al mismo objetivo!

Zorg giró sobre los talones y dio una vuelta completa sin dejar de disparar el ZF1.

¡Bratbratbratbrat!

Los mangalores se tiraron al suelo. También Brazo Derecho.

¡Tonk! ¡Tonk! ¡Tonk! ¡Tonk! ¡Tonk! ¡Tonk! ¡Tonk!

Todos los disparos acertaron en el maniquí, haciendo que se meciera.

Los mangalores, Aknot incluido, se levantaron.

También Brazo Derecho.

—Y, ahora, para completar la tarea —continuó Zorg—, los tradicionales pero infalibles accesorios de Zorg.

Un pequeño misil atravesó la sala y se enterró en el maniquí.

—El lanzacohetes.

Una lengua de fuego lamió el suelo.

—El siempre eficiente lanzallamas, mi favorito...

Una granada saltó al aire, estalló y se abrió en una red que cayó sobre el maniquí humeante.

—¡Nuestro famoso lanzarred!

Una andanada de flechas echó a volar. Algunas se clavaron en el maniquí y otras

estallaron con el impacto.

—El lanzaflechas, con puntas de gas explosivo o venenoso... muy práctico. Y para redondear...

Un fino chorro de gas salió del rifle, enfriando el aire al pasar.

—¡El novísimo sistema de cubos de hielo!

El maniquí, que ya estaba acribillado, quemado, perforado, chamuscado y erizado de flechas, se congeló y se quebró en astillas de hielo sucio y humeante que se derrumbaron en el piso del depósito.

Zorg arrojó el arma a las enormes manos de Aknot.

Señaló las cuatro cajas del costado del corredor.

—Cuatro cajas llenas de ZF1, entregadas puntualmente. ¿Qué hay de ti, querido Aknot? ¿Me has traído lo que te pedí?

Aknot apoyó el maletín de metal en una caja.

Zorg lo tocó con reverencia.

—Magnífico.

Aknot sonrió.

Mientras Zorg abría el maletín con cuidado reverencial, su rostro cubierto de cicatrices se arrugó en una sonrisa de júbilo cruel.

Que se borró en cuanto abrió el maletín.

Estaba vacío.

—¿Cómo que estaba vacío? —preguntó Cornelius.

Leeloo se reía con ese sonido infantil y musical que era como el viento soplando en campos floridos.

Se explicó en su melodioso idioma mientras Cornelius traducía para el joven novicio, David.

—Dice que los guardianes temían un ataque. Sacaron las piedras sagradas del maletín y las entregaron a alguien de confianza, que siguió otra ruta.

—*Caupo ruta welso brak* —dijo Leeloo, y se inclinó sobre el teclado. En el ordenador los programas de búsqueda gruñían.

—Leeloo debe encontrarse con esta persona en un hotel —dijo Cornelius—. Está buscando la dirección.

Pero en vez de una lista de hoteles de cuatro estrellas, la pantalla mostró un mapa estelar.

—*Dot!* —dijo Leeloo.

David se agachó para mirar.

Siguió el dedo de Leeloo, cogió el ratón y cliqueó dos veces donde ella señalaba.

—El planeta Fhloston, en la constelación del Ángel —leyó.

El padre Cornelius se reclinó en la silla y suspiró de alivio.

—¡Estamos salvados!

—Estoy jodido —dijo Zorg.

Cerró el maletín.

—Vacío es lo contrario de lleno. Se suponía que este maletín estaba lleno. ¿Alguien me lo puede explicar?

Clavó una mirada gélida en Aknot, quien, siendo ya de sangre fría, ni siquiera se inmutó.

—Pediste un maletín. Te trajimos un maletín.

La cicatriz de Zorg se puso roja. Sus párpados aletearon.

Zorg perdió los estribos.

—¡Un maletín con cuatro piedras en su interior! ¡No una! ¡No dos ni tres, sino cuatro! ¡Cuatro piedras! ¿Qué cuernos hago con un maletín vacío?

Los guerreros de Aknot retrocedieron, intimidados por el arranque de cólera de Zorg. Se apiñaron en torno de su líder, acariciando el gatillo de sus armas, las cuales, aun sin ser ZF1, eran bastante respetables.

Zorg y sus ayudantes estaban desarmados.

Brazo Derecho empezaba a ponerse nervioso.

—Somos guerreros, no mercaderes —dijo fríamente Aknot.

—Pero sabéis contar —dijo Zorg. Su voz había cobrado un tono falsamente apacible que no era precisamente tranquilizador. Alzó cuatro dedos.

—Mira mis dedos. Cuatro piedras, cuatro cajas. Cero piedras...

Elevó la voz en un chillido.

—¡Cero cajas!

Se volvió a sus empleados.

—Guardad todo. ¡Nos vamos de aquí!

Los empleados titubearon. Los guerreros mangalores apuntaban sus armas a Zorg. Aknot sacudió la cabeza.

—Arriesgamos la vida. Creo que nos corresponde una pequeña recompensa.

—Conque eres un mercader a pesar de todo —dijo Zorg sonriendo. Luego se volvió a su empleado y ordenó—: Déjales una caja. Por la causa.

Sin decir más, se marchó con el maletín vacío.

Brazo Derecho lo siguió.

Siempre encañonados por los mangalores, los empleados alzaron las tres cajas de rifles láser y enfilaron hacia el ascensor.

—No me agradan los guerreros —dijo Zorg mientras salía del almacén, dirigiéndose a la calle.

Entregó el maletín vacío a su brazo derecho, Brazo Derecho, que se lo puso bajo el brazo derecho.

—Tienen una mente demasiado estrecha.

Brazo Derecho asintió. Sabía que no le convenía replicar. Ésta no era una conversación, sino una conferencia.

—¡No tienen ninguna sutileza! Peor aún... luchan por causas perdidas. ¡Por el honor! El honor ha matado a millones de personas, pero no ha salvado a ninguna.

Brazo Derecho asintió.

Mientras Zorg hablaba, los mangalores, varios cientos de metros a sus espaldas, estaban abriendo la caja de rifles.

—¿Sabes lo que me gusta de verdad? —continuó Zorg mientras él y Brazo Derecho subían a una limusina.

Brazo Derecho asintió. Sabía que lo único que debía hacer era escuchar.

—Lo que a mí me gusta son los asesinos. Los asesinos implacables. Fríos. Limpios. Metódicos. Exhaustivos.

Brazo Derecho asintió.

En el almacén, los guerreros miraban las armas relucientes. Uno de ellos cogió un rifle láser y se lo entregó a Aknot.

—Un auténtico asesino —continuó Zorg—, al coger el ZF1, habría preguntado de inmediato qué era ese pequeño botón rojo que está en el extremo del arma.

Golpeó el cristal que les separaba del chófer.

—En marcha.

Al otro lado de la manzana, en la parte superior del almacén, Aknot volteó el rifle.

Vio el pequeño botón rojo.

Relampagueaba con insistencia.

Lo apretó con un rechoncho dedo de lagarto.

¡BRUUUMMM!

Zorg sonrió mientras el almacén volaba en llamas dos manzanas atrás. Volutas de humo se elevaron por las calles, y se hizo un silencio.

Luego el gemido distante de las sirenas.

—Tráeme al viejo sacerdote —dijo Zorg.

Brazo Derecho asintió.

Thai Fly By tenía un servicio rápido.

Diez minutos después de la llamada de Korben, el minirrestaurante volante estaba amarrado a la ventana del apartamento.

Parecía un cruce entre junco chino, nave vikinga y locomotora esmaltada de rojo. Pero los olores que brotaban de la pequeña cocina eran deliciosos.

Korben, sentado a la mesa, y su gato, sentado en la mesa, compartían un plato desechable de fideos de arroz, rollitos de primavera y una selección de delicias tailandesas.

—Entonces, ¿me perdonas? —preguntó Korben.

—Miau —dijo el gato, engullendo otra costosa tajada de pescado asado en aceite de sésamo.

El cocinero tailandés golpeó el alféizar.

—Tienes mensaje —dijo, señalando el tubo de vidrio que prestaba el servicio a todos los apartamentos modulares de la megatorre.

—Lo sé —dijo Korben, ignorando el parpadeo de la luz.

—¿No abrir?

—Más tarde —dijo Korben.

—Pero quizás importante —dijo el cocinero.

Korben se encogió de hombros.

—Claro. Como los dos últimos mensajes que recibí. El primero era de mi esposa, avisándome de que me abandonaba. El segundo era de mi abogado, para decirme que él también se iba. Con mi esposa.

—Oh —dijo el cocinero tailandés—, eso mala suerte. Pero matemáticas dicen suerte debe cambiar. Abuelo decía: «Nunca llueve todos los días.» Esto garantía buenas noticias. Te apuesto comida.

—De acuerdo —dijo Korben—. Apostado.

Sacó el mensaje del tubo y se lo entregó al cocinero tailandés.

El cocinero abrió el papel y lo leyó con una sonrisa que pronto se convirtió en mal ceño.

—Pierdo apuesta —dijo—. Estás despedido.

Korben sonrió.

—Al menos me he ganado la comida.

—Buena filosofía —dijo el cocinero volante, afilando su cuchillo en el costado de su minicocina volante—. Ver bien en mal. Preparo postre número uno, especial para ti y minino.

—Miau —dijo el gato.

También servían el postre en el austero apartamento del padre Cornelius, al otro

lado de la ciudad.

Leeloo estaba terminando su tarta, sorbiéndose las elegantes yemas de los dedos, una por una.

Entretanto el novicio, David, estaba sentado ante el ordenador. Los programas de búsqueda crujían y gruñían, y la pantalla se llenaba de veloces dígitos.

—¡Lo tengo! —exclamó David triunfalmente—. Todo lo que necesitamos saber sobre el Fhloston Paradise, y un plano detallado de todo el hotel flotante.

—Buen trabajo, hijo —dijo el padre Cornelius—. Ahora sólo necesitamos un modo de llegar allá.

David siguió buscando entre las reservas.

—No será fácil. Mañana hay una gran función de beneficencia en Fhloston. Ya hace meses que se agotaron todas las reservas. Y con todas las celebridades, el hotel estará custodiado como una fortaleza.

—Tiene que haber una manera —dijo Cornelius.

Sonó la campanilla. Cornelius se puso de pie.

—Yo atenderé.

Era Brazo Derecho con un guardia armado. Un feo e intimidatorio guardia armado.

No es que el padre Cornelius se intimidara fácilmente. Un hombre que se ha preparado toda la vida para combatir contra el Mal Supremo rara vez se deja amilanar por sus versiones menores.

—¿Padre Cornelius? —preguntó Brazo Derecho.

—Sí, hijo mío.

Era la primera vez que alguien llamaba «hijo» a Brazo Derecho. Hasta su madre lo llamaba «Oye, tú».

Tardó un momento en recobrar la compostura.

—El señor Zorg desea hablar con usted.

—¿El señor qué?

Pocos minutos y varios centenares de metros verticales después, el padre Cornelius entraba en una oficina de la parte alta de Manhattan.

—Zorg —dijo Zorg, levantándose afablemente para saludar a su huésped—. Jean Baptiste Emmanuel Zorg. Es grato verle de nuevo, padre.

Señaló un sillón de cuero.

—¿De nuevo? —Cornelius estudió ese rostro cubierto de cicatrices, exquisitamente odioso—. Ahora lo recuerdo. El presunto marchante de arte.

—Me alegra que haya recobrado la memoria —dijo Zorg—. Porque la necesitará. ¿Dónde están las piedras sagradas?

—¿Por qué le interesan las piedras? —preguntó Cornelius.

—Personalmente las piedras no me interesan. Prefiero vender armas. Pero tengo

un cliente para ellas. Así que cuénteme...

—Aun si supiera dónde están las piedras sagradas, nunca se lo diría a alguien como usted.

Zorg puso cara de ofendido. O tal vez halagado. O tal vez un poco de ambas cosas.

—¿Por qué? ¿Qué tengo de malo?

—Yo soy sacerdote. Estoy aquí para honrar la vida. Lo único que usted hace es destruirla.

Zorg sacudió la cabeza compasivamente.

—Ay, padre —dijo, como si hablara con un niño travieso—, ¿está usted tan equivocado! Si me lo permite se lo explicaré.

Cogió una jarra de agua helada de una mesa.

Llenó un vaso por la mitad.

—La vida, esa vida a la que usted honra tan noblemente, proviene de la destrucción, el desorden y el caos. Mire este vaso.

Con un dedo empujó el vaso hacia el borde del mostrador.

—Helo aquí, apacible y sereno. Aburrido. Pero si es destruido...

Empujó el vaso.

Se hizo añicos contra el suelo.

De inmediato el suelo se cubrió de diminutos nanobots que lo limpiaban de cristales y secaban el agua.

—Mire esas cosillas. ¡Tan ocupadas! Fíjese cómo todas son útiles. Qué adorable *ballet*, tan lleno de forma y color. Tan lleno de... ¿vida?

—¿Vida? —Cornelius miró desdeñosamente—. Son robots.

Zorg sirvió agua en otro vaso.

Arrancó el tallo de una cereza y arrojó la cereza en el vaso.

La cereza se hundió.

—Sí, son robots, pero ¿quién los diseña? —preguntó Zorg—. ¿Quién los construye? Ingenieros, técnicos, mecánicos. Cientos de personas que podrán alimentar a sus hijos esta noche, de modo que esos hijos puedan crecer para ser grandes y fuertes, tener hijos propios. Y así sucesivamente, sumándose a la gran cadena de la vida.

Cornelius guardó silencio.

—Como verá, padre, al crear un poco de destrucción, en realidad aliento la vida. Usted y yo estamos en el mismo negocio.

—No creo —dijo Cornelius—. Destruir un vaso es una cosa. Matar a gente con las armas que usted produce es algo muy distinto.

La seca risotada de Zorg crujió como el viento entre hojas muertas.

—Permítame tranquilizarlo, padre. En toda mi vida nunca podré matar a tanta gente como ha matado la religión en los últimos dos mil años.

Alzó el vaso. La cereza giró en el fondo como una cabeza cortada.

—Salud.

Inclinó el vaso y bebió un largo trago. El agua desapareció.

Luego desapareció la cereza.

Los ojos de Zorg se abrieron desmesuradamente. Soltó el vaso. Señaló el vaso, se señaló el gaznate.

—¿Se está ahogando? —preguntó Cornelius.

Con una contorsión, Zorg se desplomó sobre su gran mesa de teca.

Agitó el brazo, estirándolo hacia la consola de comunicaciones del escritorio. Buscaba a ciegas la hilera de botones.

Se encendieron las líneas telefónicas.

Se activó la máquina de fax.

Parpadearon luces.

Un grabador de discos compactos se elevó de un compartimiento del escritorio.

Un monitor de televisión surgió de la pared.

—¿Dónde está el robot que le palmea la espalda? —preguntó Cornelius. Su voz era tan seca y su tono tan sarcástico como el de Zorg—. ¿Dónde está el ingeniero, o el mecánico... o sus hijos? ¿Dónde están todos aquellos que supuestamente le deben la vida?

Zorg siguió tanteando la consola a ciegas.

La puerta de la oficina se cerró, aislando a los dos hombres de toda esperanza de ayuda externa.

Un panel se abrió en el cielo raso y descendió una jaula.

En su interior había una bestia alienígena gorda y multicolor, un reptil viscoso con trompa de elefante: la mascota de Zorg, un Souliman Aktapan llamado Picasso.

La jaula se posó en el escritorio y Picasso asomó la trompa viscosa por los barrotes para lamer (o lo que fuera) la trémula mano de su amo agonizante.

Cornelius se levantó de su sillón de cuero y rodeó el escritorio.

Lentamente.

—No nos pusieron en esta Tierra para destruir, señor Zorg, sino para reflexionar sobre la bondad de la vida, las infinitas posibilidades de la vida.

Se detuvo a admirar la vista de la ventana, dando la espalda al paralizado Zorg.

—Ésa es nuestra misión, no decidir quién vive y quién muere. Y si usted olvida eso —añadió Cornelius recogiendo el tallo de cereza que Zorg había dejado sobre el escritorio—... bien, si lo olvida, la naturaleza se lo recordará. ¿No ve usted las limitaciones de su presunto poderío? ¿No ve que basta una pequeña cereza para derrumbar su imperio de destrucción?

Zorg se estaba poniendo azul.

Picasso, para quien el azul era una señal de afecto, se estaba poniendo verde de felicidad.

—Lo cierto, hijo mío, es que la vida es una bendición —dijo el padre Cornelius—. Un don precioso, dado con amor, tal como yo lo doy ahora.

Cornelius palmeó a Zorg en la espalda.

La cereza saltó de su boca, golpeando a Picasso entre sus ojos empañados.

Zorg se incorporó, aturdido. Miró a su alrededor y apretó un botón de la consola del escritorio.

La puerta de la oficina se abrió.

—Usted me ha salvado la vida —dijo Zorg—. Así que perdonaré la suya... por ahora. ¡Guardias!

Dos guardias armados irrumpieron en la habitación. Brazo Derecho iba detrás de ellos.

—¡Echadlo de aquí! —ordenó Zorg.

—Es usted un monstruo, Zorg —dijo Cornelius mientras los dos guardias se lo llevaban a rastras.

Zorg parecía haber recobrado la compostura.

—Gracias —dijo—. Lo sé.

Vio a su secretaria en el escritorio de recepción, pintándose las uñas. Ella inclinó la cabeza para saludar al sacerdote que arrastraban hacia el ascensor.

—Que tenga un buen día, padre —dijo, mientras se cerraba la puerta de la oficina y se abría la puerta del ascensor.

Zorg abrió la puerta de la jaula, sacó a Picasso y lo sostuvo en sus brazos.

Brazo Derecho aguardó en silencio las órdenes que recibiría tarde o temprano.

—Tortura a quien sea necesario —dijo Zorg—. Al presidente, si es preciso. Pero quiero esas piedras.

Brazo Derecho asintió.

—Tienes una hora.

Brazo Derecho asintió y se marchó.

Zorg permaneció sentado largo rato, acariciando a su mascota y mirando el sol que caía en la vasta y turbulenta ciudad.

A años luz de Zorg y su mascota, tres naves de guerra estaban emplazadas frente una forma oscura que se había condensado hasta formar un planeta.

Las naves de guerra eran la crema de la flota de la Federación Unida. Lo mejor de lo mejor.

El planeta era lo peor de lo peor, un oscuro conglomerado de antimateria inteligente, o al menos capaz de reaccionar. Parecía devorar literalmente la luz, dejando una tiniebla de la cual el ojo no podía apartarse.

Pequeñas manchas brillantes volaban atraídas hacia ella.

Una, venida de muy lejos, parpadeó y desapareció. Luego otra, de otro sector de la galaxia

Eran atraídas por su oscuridad como los insectos son atraídos por la luz. Era una anti-luz, un vacío que succionaba información, un agujero negro que devoraba tecnología.

—¡Se está tragando todos los satélites de comunicaciones de la galaxia! — exclamó una voz desde una de las naves de observación.

Gracias a la magia de la óptica de plasma ultra-lumínico, el oscuro planeta también aparecía en la pantalla de un despacho de Manhattan.

La voz de la nave también se oyó allí.

El que escuchaba era un hombre negro y corpulento recostado en una silla que ostentaba el sello de la Federación Unida.

El presidente.

—¿Por qué diablos se come esos satélites? —preguntó.

A su lado había un científico de rostro adusto.

—Lo estamos averiguando, presidente Lindberg.

—¡Ojalá se le atraganten! —gruñó el presidente.

El general Munro entró en el despacho cuando se marchó el científico.

También entró en la oficina una pequeña cucaracha, o algo parecido. Las diminutas antenas del lomo revelaban que era un dispositivo de escucha genéticamente alterado.

En un cuartucho del otro lado de la ciudad, un hombre conectado al escurridizo dispositivo escuchaba con auriculares.

Brazo Derecho.

El general Munro se cuadró.

—He establecido contacto con los mondoshawans —dijo—. Lamentan el incidente, pero aceptan nuestras disculpas.

El presidente suspiró de alivio.

—¿Y las piedras? ¿Las encontraste entre los restos de la nave mondoshawan?

—Las piedras sagradas no estaban a bordo de la nave.

—¿Qué?

El presidente esperaba impaciente una explicación.

También Brazo Derecho, gracias a la magia de la nanotecnología.

—Los mondoshawans nunca se fiaron mucho de la raza humana —dijo el general Munro—. Así que entregaron las piedras a alguien de confianza. Ella se llama Plavalaguna.

—¿Plavalaqué?

—Plavalaguna. Es la famosa Diva, y cantara en la función de beneficencia del Fhloston dentro de pocas horas. Ella tiene las piedras sagradas.

—Excelente —dijo el presidente, quitándose un zapato.

«Excelente», pensó con alivio Brazo Derecho.

—¡Malditos bichos! —dijo el presidente alzándolo para aplastar la cucaracha que paseaba por su mesa.

¡Paf!

Y los auriculares de Brazo Derecho saltaron por los aires.

Gracias a la magia de la amplificación del sonido.

—Quiero que esta operación se realice con la mayor discreción posible —dijo el presidente— Sin tropas, sin grandes desplazamientos. El consejo no tiene por qué enterarse todavía. Quiero que se lo encomiende a su mejor hombre.

—Tengo al hombre perfecto —dijo Munro.

El hombre perfecto de Munro estaba vomitando en el inodoro.

Su gato miraba por la puerta abierta del lavabo. Los humanos tenían costumbres extrañísimas, ya lo sabía. Pero esas bolas de pelo habían sido el colmo.

Desde la ventana, el cocinero tailandés miraba con preocupación profesional. Conservaba las sobras del postre. Era un manjar especial preparado con calamares vivos y excremento de medusa endulzado.

—¿No gusta postre?

Korben levantó el pulgar débilmente.

—Sólo comí demasiado deprisa. Creo que habrá sido eso.

Sonó el teléfono.

Korben atendió.

—¿Hola?

—Eres el canalla más roñoso de esta ciudad hedionda.

—Hola, mamá.

Korben sostuvo el auricular a cierta distancia del oído.

—¡Hace veinte años que juego dos veces por semana! Hace veinte años que como esas croquetas repugnantes.

Korben cruzó la habitación y encontró un cigarrillo.

—Tú ni siquiera eras capaz de comerte una para ayudar a tu pobre madre. ¿Y quién gana el gran premio? ¿Eh? ¿Sabes qué? ¡Todo este asunto me da asco!

—Comprendo, mamá —dijo Korben, aunque ignoraba de qué hablaba.

Hurgó en los bolsillos del chaleco buscando una cerilla. Entretanto, en la ventana,

el Thai Fly By empezaba a limpiar.

Korben cubrió el auricular.

—Haga su trabajo. Yo creo que tengo para un rato.

—Dejo esto aquí —dijo el cocinero—. Hago trabajo mío.

Dejó el postre en el alféizar y se despidió con un ademán.

El postre aún se movía. En el interior de la corteza, Korben oía pequeños chillidos.

—¿Me estás escuchando, ingrato?

—Sí, mamá —dijo Korben, sentándose a la mesa—. Aparte de eso, ¿te encuentras bien?

Probó una cerilla.

Nada.

—Y ahora te burlas de mí. ¡Te lo advierto!

Korben probó la segunda cerilla.

Encendió.

—Si no me llevas contigo después de tantos años de sacrificio, nunca te perdonaré.

—Mamá, ¿de qué hablas?

—Entiendo. Quieres hacerte de rogar, ¿verdad?

—Sólo quiero que me expliques de qué hablas. Acabo de llegar, he perdido mi empleo y he destrozado mi taxi. También me han atracado, pero aparte de eso todo va estupendamente, mamá. Gracias por preguntar. Ahora cálmate y explícame de qué estás hablando. ¡Ay!

La olvidada segunda cerilla quemó la mano de Korben.

Se apagó cuando él la soltó.

—¡Acabas de ganar un viaje, imbécil! ¡Dos días en el Fhloston Paradise para dos!

—Mamá, si hubiera ganado lo sabría. Alguien me lo habría notificado.

—Miau.

El gato miraba el tubo de mensajes. La luz de «entrantes» parpadeaba.

Korben sacó la última cerilla. Un intento más.

—Hace una hora que vociferan tu nombre por la radio, zopenco.

Korben miró el mensaje que aguardaba en el tubo. Estaba por cogerlo cuando...

¡Rrrriiinggg!

Sonó el timbre de la puerta.

Korben guardó la última cerilla en la caja.

—Mamá, es la puerta. Aguarda un segundo.

Apretó el botón de «espera» y encendió el monitor de seguridad del pasillo.

Vio un rostro conocido. Demasiado conocido.

Volvió a encender el teléfono.

—Mamá, te llamo después.

Abrió la puerta.

—Bonito apartamento, mayor —dijo el general Munro, entrando sin esperar a que lo invitaran.

Lo seguía una mujer de uniforme. Una especie de mujer. Lo único que le faltaba para ser hombre era el bigote.

—Parece que ha logrado una vida maravillosa al abandonar el servicio —dijo Munro—. Aunque por lo que sabemos ha perdido su empleo.

Korben estaba cruzado de brazos.

—Encontraré otro.

—No se moleste. Nosotros tenemos un empleo para usted.

—Me alegra saber que aún piensan en mí.

—Más que nunca —dijo Munro. Chasqueó los dedos y la oficial abrió una carpeta y le entregó un papel.

—Mayor Korben Dallas —leyó Munro en su mejor y más tajante tono militar—. Ha sido usted escogido para una misión de suma importancia.

—¿Qué misión?

—Salvar el mundo.

—Me lo temía. Creo que conozco esta cantinela.

Munro lo ignoró.

—Debe partir de inmediato para Fhloston, donde pedirá cuatro piedras a la Diva Plavalaguna. Y las traerá con la mayor discreción posible.

Munro devolvió el papel a la oficial, que lo guardó en la carpeta.

—¿Preguntas?

—Sólo una. ¿Por qué yo? Me retiré hace seis meses, ¿recuerda?

—Tres motivos —dijo el general Munro—. Primero, como miembro de las Fuerzas Especiales de Elite de las fuerzas armadas de la Federación Unida, usted es un experto en el uso de todas las armas y naves espaciales necesarias para resolver esta misión.

»Segundo: entre todos los miembros de su unidad, usted fue el más condecorado.

Korben aún no estaba convencido.

—¿Y tercero?

—Usted es el único que ha quedado con vida.

Antes que Korben pudiera responder, Munro se inclinó sobre el parpadeante tubo de mensajes y lo abrió. Eran dos billetes envueltos en un mensaje.

—¿No se molesta en abrir sus mensajes?

—Ya he tenido suficientes buenas noticias por hoy.

—Pues ha ganado el concurso anual de croquetas Gemini, y un viaje a Fhloston —dijo Munro sin leer el mensaje—. Para dos. Felicitaciones.

Entregó los billetes a Korben, que los miró y se los devolvió al general.

—¿Han arreglado el concurso?

El general asintió.

—¿No podrían haber inventado algo más... discreto?

Munro negó con la cabeza.

—Los trucos viejos son los mejores —dijo.

Dio un paso atrás y la oficial se adelantó.

—La mayor Iceborg lo acompañará, como esposa de usted.

Korben empezó a negar con la cabeza.

—No iré.

—¿Por qué no? —preguntó Munro.

—Sólo por un motivo —dijo Korben—. Quiero seguir siendo el único de mi unidad que ha que dado con vida.

El pasillo estaba a oscuras.

Extraños insectos correteaban por el suelo mientras Leeloo y el padre Cornelius buscaban el apartamento de Korben.

Leeloo llevaba la tarjeta barata que Korben le había dado.

Estudiaba cada puerta, y luego la tarjeta, con la intensidad de una niña aprendiendo un nuevo idioma.

¡Al fin!

Puso la tarjeta junto a la placa de la puerta de Korben, y estaba por golpear (una señal universal para pedir acceso) cuando el padre Cornelius le detuvo la mano.

Ella lo miró inquisitivamente.

—*Asin get let deloun omekta?*

Cornelius arrancó cuidadosamente la placa de Korben de la puerta del apartamento.

—Tu amigo ha ganado los dos últimos billetes disponibles —dijo—. Te aseguro que no somos las únicas personas que han pensado en contactar con él.

Le entregó la placa a Leeloo.

—Pégala en otra puerta, pasillo abajo.

El timbre de Korben sonó.

—Disculpen —les dijo al general Munro y a la mayor Iceborg.

Por la mirilla vio lo que al principio consideró una fantasía, y luego una visión celestial. ¡Era ella!

Leeloo.

La muchacha más hermosa del mundo... ¡ante su puerta!

Korben se dispuso a abrir.

Entonces recordó al general Munro y a la mayor Lo-Que-Fuera.

—¡Demonios! —masculló.

—¿Qué pasa? —preguntó Munro, preocupado—. ¿Sucede algo malo?

—Es que —Korben buscó una mentira apropiada. ¿Cómo podría deshacerse de este par? Algo le decía que no convenía que Leeloo se mezclara con los militares. Finalmente balbuceó—:... es mi esposa.

—¿Se ha vuelto a casar? —preguntó Munro.

Iceborg lo miró glacialmente.

—No. Es decir, sí. Es decir, pronto. Es algo nuevo. No pueden quedarse aquí.

—¿Por qué no? —preguntó Munro.

—Ella odia a la gente de uniforme —dijo Korben—. Si los ve aquí, todo habrá terminado. ¡Por favor! Por culpa de ustedes mi primer matrimonio fue un Infierno. No me estropeen esto antes de empezar. Aquí...

Apretó un botón de la pared. Una cinta transportadora zumbó mientras una gran nevera reemplazaba su ducha.

Cogiendo a Munro con una mano y a Iceborg con la otra, Korben los llevó hacia la nevera.

—Mayor —protestó Munro—, no tenemos tiempo para esto.

—¡Un minuto! —dijo Korben, abriendo la puerta de la nevera—. Sólo me llevará un minuto. Arreglaré otra cita con ella.

Los metió en la nevera.

—¡Ya va! —le dijo a Leeloo.

Puso la tarta de medusas a medio comer en las manos de Munro.

—¡No se la coma! —advirtió, y cerró la puerta antes que el general pudiera protestar.

—¡Ya voy!

¡Menudo desorden! La muchacha más bonita de la galaxia llamaba a su puerta, y el apartamento era un desorden absoluto. Las adormecidas hormonas de Korben resucitaron, y vio el apartamento a través de los perfectos ojos verdes de Leeloo.

¡Repulsivo!

Sacó los platos sucios de la mesa y los arrojó en el cubo de residuos (que gruñó con pseudobiológica satisfacción). Recogió toda la ropa sucia que pudo y la metió en la cama plegable.

Sacando un peine del bolsillo del chaleco, se lo pasó por el cabello ralo.

Con una sonrisa expectante, abrió la puerta del apartamento...

Y se topó con el cañón de una pistola. La empuñaba el padre Cornelius.

Korben apenas lo notó. Sólo tenía ojos para Leeloo, que estaba detrás del sacerdote.

—*Apipoulai!* —dijo ella.

—Supongo que eso significa hola —dijo Korben.

Cornelius hizo entrar a Leeloo en el apartamento, y Korben cerró la puerta.

—Lamento tener que recurrir a estos métodos —dijo Cornelius, blandiendo el arma amenazadoramente—. Pero hemos oído por radio que usted es el afortunado, y necesitamos los billetes para Fhloston.

—¡Vaya! ¿Así es como los curas se toman vacaciones? —preguntó Korben, con lo que esperaba fuera una voz rebotante de desprecio e ironía.

—No nos vamos de vacaciones —dijo Cornelius—. Se trata de una misión.

—¿Qué clase de misión?

—Tenemos que salvar el mundo —dijo Cornelius.

Korben se sentó a la mesa y rio.

—¡Pero bueno! ¿Hay eco en esta habitación?

Cornelius lo miró sin comprender.

—No, no —dijo Korben con sarcasmo—. Ya lo entiendo. Es martes, ¿verdad? El martes debe de ser el día de salvar el mundo. Dígame, padre, ¿piensa salvarlo usted

solo?

—Claro que sí —dijo el padre Cornelius con toda franqueza—. Pero si usted quiere ayudar, estaríamos encantados.

Leeloo sonrió aprobatoriamente.

Korben no se fijó en ella. Estaba demasiado ocupado negando con la cabeza y señalando hacia abajo con los pulgares.

—Padre, estuve un tiempo en el ejército, y cada vez que nos decían que nuestra misión era salvar el mundo, lo único que cambiaba era que yo perdía muchos amigos. Así que gracias por el ofrecimiento, pero no.

Cornelius parecía defraudado. Leeloo, de pie junto a él, tenía un aire afligido.

Su radiante sonrisa había desaparecido.

Korben notó la decepción en sus grandes ojos verdes, y estaba por retractarse cuando una voz robótica amplificaba rompió el silencio desde fuera de la ventana.

—Ésta-es-una-acción-de-control-policial.

El padre Cornelius retrocedió hacia la pared, presa del pánico, olvidando el arma que empuñaba.

Korben le arrebató el arma y fue hasta la puerta. Miró por la mirilla.

El pasillo estaba atestado de policías.

Una patrulla aguardaba en el rellano, con luces, equipo antidisturbios, escudos, cascos y rayos láser que permitían ver a través de la puerta de los apartamentos.

—¡Dios mío! —dijo Cornelius—. ¿Cree que nos buscan a nosotros?

—No hace falta que lo averigüemos —dijo Korben. Apretó de nuevo el botón de la pared, enviando la nevera al piso inferior y volviendo a poner la ducha.

—Leeloo —dijo—, entra allí y no te muevas.

Sin titubear, ella se metió en la ducha. La puerta se cerró.

Korben abrió la cama plegable.

—¿Qué hace? —preguntó Cornelius.

—Trato de salvarle el pellejo —dijo Korben, metiendo al sacerdote en la cama, entre el montón de ropa sucia—. Así podrá salvar el mundo.

Apretó el botón que guardaba la cama en la pared. Cogió los dos billetes de la mesa y se los metió en el cinturón.

¡Splat!

Un círculo transparente apareció de golpe en la puerta del apartamento, donde los policías habían pegado un adhesivo que permitía ver el interior.

—Separe-las-piernas-y-apoye-las-manos-en-los-círculos-amarillos —dijo una voz robótica.

¡Splat! ¡Splat!

Dos círculos más pequeños aparecieron en la puerta. Eran dispositivos de sujeción láser.

—Apoye las manos en los círculos amarillos por favor.

Un policía miraba por el círculo. Tenía un papel con la foto de Korben. Era una

vieja foto militar donde Korben tenía pelo largo y barba.

—Las manos en los círculos amarillos, ¡ya!

Korben fue despacio hasta la puerta, tratando en lo posible de no mostrar la cara.

—¿Es usted humano? —preguntó el policía, tratando de ver mejor.

—No —dijo Korben—. Soy un sorbete de carne.

El policía estaba a punto de examinar de cerca el rostro de Korben cuando una voz sonó en el pasillo.

—¡Lo encontré!

La placa de la puerta decía Korben Dallas.

¡Bingo!

El policía apoyó un adhesivo visor en la puerta.

El vecino antipático de Korben se estaba afeitando. Tenía el rostro cubierto de crema. Casi como una barba.

El policía apagó su bocina robótica. ¿Para qué hacer tanto ruido y molestar a todo el mundo?

—Esto es un control policial —dijo cortésmente—. Por favor, apoye las manos en los círculos amarillos.

El vecino antipático de Korben miró por el círculo transparente de la puerta.

Vio a dos policías jóvenes que empuñaban nerviosamente pistolas paralizadoras y miraban la foto de un tío con barba.

Ellos vieron a un tío que se afeitaba la barba.

—¡Abra la puerta! —ordenaron.

Siempre con una respuesta a mano, el vecino antipático dijo lo que decía cada vez que se enfrentaba a un nuevo elemento irritante en un mundo siempre irritante:

—¡Jódete!

Korben lo oyó desde su apartamento.

Oyó la orden de la policía y la respuesta del vecino antipático.

Luego oyó el estallido de la puerta, los disparos de armas paralizadoras, el forcejeo.

Sonrió.

—Respuesta errónea.

Más pasos, más policías acudiendo a la carrera.

Korben miró por el agujero transparente, que ya estaba recobrando la opacidad.

Los policías arrastraban algo por el pasillo y lo llevaban hasta el rellano. Era un saco de arresto. Controlando sus sacudidas, lo esposaron.

—¡Listo! —gritó uno hacia la calle—. ¡Lo tenemos bien amarrado!

Brazo Derecho también lo había oído todo.

Estaba en la oficina de Zorg, conectado con las líneas de la policía por medio de un teléfono celular.

—No ha sido fácil, pero lo atrapamos —dijo un teniente de policía por teléfono—. Gracias por el dato.

—Me alegra haber sido útil —dijo Brazo Derecho. Sonrió al colgar.

—Acaban de arrestar a ese Dallas por contrabando de uranio —le dijo orgullosamente a Zorg—. Todo va como lo planeé.

—¿Contrabando de uranio? —preguntó Zorg con escepticismo—. Creí que lo buscaban por infracciones de tránsito y evasión del arresto.

—Un error burocrático —dijo Brazo Derecho—. Lo inserté en el código de puntos para asegurarme.

Le mostró a Zorg un billete de avión falso y un pasaporte, ambos a nombre de Korben Dallas.

—Ahora sólo debo ir al puerto espacial y ocupar su lugar. Estaré en Fhloston en menos de cuatro horas.

—No regreses sin las piedras —dijo Zorg sin inmutarse.

Korben abrió la ducha. Leeloo estaba en pie bajo la lluvia, tiritando.

—Lo lamento —dijo Korben—. Olvidé que el agua caliente no funciona muy bien en esta vieja torre.

Sacó una manta de un rincón y la arropó.

Ella se acomodó en sus brazos sin dejar de tiritar.

Korben la frotó más despacio, cruzando gradualmente la línea que separa un masaje amistoso de una caricia íntima.

—Es raro —dijo—. Hoy te he encontrado dos veces, y en ambas ocasiones has terminado en mis brazos.

Leeloo sonrió y se acurrucó contra él.

—*Vallo massa. Chacha hamas.*

—Eh... de nada —dijo Korben.

Se apartó nerviosamente.

—¡Café! Eso es lo que necesitas —dijo. Apretó la almohadilla de control del microondas.

¡Esos ojos! Lo ponían nervioso.

—Una buena taza de café caliente. Con miel.

Había jurado no liarse nunca más con mujeres. ¿O no?

Entonces ¿por qué el corazón le palpitaba tanto?

—Con miel —dijo agitadamente—. Verás. La miel es sensacional.

¿Pero dónde estaba la maldita miel? Korben abrió un cajón tras otro, hurgando entre los desechos de seis meses de soltería.

—Una taza de café caliente... con miel...

Leeloo parecía deseosa de ayudar. Todavía envuelta en la manta del ejército, lo siguió por el diminuto apartamento, abriendo y cerrando cajones.

—*Huh knee!* —dijo.

—Tengo una miel magnífica en alguna parte —dijo nerviosamente Korben—. ¿Conoces la miel? Antes había animalillos con antenas que la fabricaban...

Leeloo encontró una foto en un cajón. La examinó.

Era el Mayor Korben Dallas, Héroe de Guerra, ACEPTANDO UNA MEDALLA POR VALOR MÁS ALLÁ DE LAS EXIGENCIAS DEL DEBER.

—Había otros animales que la comían —continuó Korben—. Unos se llamaban abejas y los otros se llamaban osos.

Leeloo miró al Héroe de Guerra y luego al hombre nervioso y agitado que parloteaba sobre abejas y osos.

Y sonrió.

—Ya no recuerdo cuáles la fabricaban y cuáles la comían. ¡Pero aquí está!

Alzó un frasco antiguo, de esos que se abrían dando vueltas a la tapa. Dio vueltas

a la tapa.

—Prueba esto.

Leeloo metió su dedo encantador en el frasco de miel, luego metió ese mismo dedo en esa boca encantadora.

Korben estaba cautivado.

—Se... te derrite en la boca, ¿verdad?

Leeloo asintió. Se sorbió el dedo sensualmente, luego metió los cuatro esbeltos dedos en el frasco y se los limpió... uno por uno por uno por...

Korben estaba perdido.

Ido.

Rendido.

Estaba tan cautivado por la visión de Leeloo que ni siquiera oyó esos golpes sordos en la pared.

Hasta que se convirtieron en un martilleo constante.

Pum.

Pum.

Pum.

¡Pum!

¡¡PUM!!

—¿Oyes eso? —preguntó Korben.

Leeloo asintió, todavía lamiéndose los dedos.

—*Cor nee lii us* —dijo.

—¡Oh, Dios!

Korben oprimió el botón de la pared y la cama se abrió.

El padre Cornelius estaba enredado en la ropa sucia, cabeza abajo.

—Lo lamento de veras —dijo Korben—. Permítame que le ayude.

—No necesitamos su ayuda —dijo Cornelius, desenredándose con toda la dignidad que permitían las circunstancias.

¡Blip! La alarma del microondas.

—El café está listo —dijo Korben. Fue hasta la mesa y sirvió una taza para él y otra para Leeloo.

—Te advierto —dijo— que el café no es mi especialidad.

Se volvió para ofrecerle la taza y vio que ella se había quitado la ropa húmeda. La estaba exprimiendo en el fregadero.

Había dejado a un lado la manta del ejército.

Estaba desnuda.

Fascinadora, encantadora, adorable, magnífica, maravillosa y totalmente desnuda.

Perfectamente desnuda.

Korben desvió los ojos con embarazo.

—Tal vez deba... mantenerlo caliente —murmuró—. Me apetece... caliente.

A sus espaldas, Cornelius estudiaba un macizo y polvoriento trofeo militar, un

galardón que Korben había obtenido durante una guerra olvidada y que ahora servía de pisapapeles.

Cornelius lo alzó, lo levantó por encima de su cabeza y lo bajó sobre la cabeza de Korben.

Un impacto rápido y contundente.

Leeloo miró airadamente a Cornelius.

—*Vano da, mechtaba? Soun domo kala con gammas!*

—Lo sé —dijo Cornelius—. No me siento orgulloso de mí mismo. Pero no podemos permitirnos el lujo de escoger.

Miembros del equipo de intervención rápida de la policía llevaban al vecino antipático embolsado hasta un coche patrulla.

También ellos sintieron un impacto rápido y contundente.

¡Pop!

¡Pop!

¡Pop!

Tres disparos. Tranquilizantes, pistolas con silenciador. Los policías se encogieron como periódicos bajo la lluvia.

Tres guerreros mangalores, expertos en el cambio de forma, cogieron el saco mientras sus rasgos recobraban su abominable forma natural, el esfuerzo de parecer humanos había cobrado su precio, y los tres guerreros estaban exhaustos.

Cargaron el cuerpo en la parte trasera de un camión volante donde Aknot, todavía vivo pero gravemente herido por la explosión del almacén aguardaba con impaciencia.

—Korben Dallas —dijo el jefe del equipo de ataque, señalando al vecino embolsado—. Lo tenemos!

—Perfecto —gruñó Aknot—. Toma el mando, Akanit. Ve a Fhloston a buscar las piedras. Si Zorg las quiere de veras, va a tener que negociar.

Entornó los ojos.

—La venganza se avecina.

Korben se levantó con esfuerzo.

Miró el apartamento que hacía unos instantes era agraciado con la bella imagen y la presencia de Leeloo.

Y ese adusto sacerdote.

Ambos se habían ido.

—Cielos —dijo Korben. Se apoyó una mano en la nuca. Estaba pegajosa de sangre coagulada.

La trama se complicaba.

¡Rrriinnng!

Korben cogió el teléfono con una mano mientras se apoyaba la otra en la nuca.

—Sí.

—¿Ya te has recobrado de la sorpresa?

—Todavía no, mamá.

Colgó.

La cabeza le dolía horrores. Necesitaba hielo.

Apretó el botón de la pared y la cinta transportadora chirrió, reemplazando la ducha con la nevera empotrada.

Abrió la puerta y se topó con la mirada helada del general Munro y la mayor Iceborg.

Epa, se había olvidado.

—Aceptaré la misión —dijo Korben, cogiendo unos cubitos y volviendo a cerrar.

El puerto espacial de Manhattan estaba abarrotado.

De basura, no de pasajeros.

Había huelga, y los empleados sanitarios habían dejado que los residuos se apilaran hasta el cielo raso del vestíbulo.

Senderos cavados en la basura conducían a los mostradores de facturación y puertas de acceso.

Los huelguistas se manifestaban y coreaban sus consignas. Algunos eran humanos, otros robots o androides, otros alienígenas o alterados. Todos llevaban carteles.

La policía se preparaba para intervenir. La tensión espesaba el aire como la electricidad que precede a una tormenta estival.

David, el novicio, estaba mirando cuando sintió una mano en el hombro.

Se sobresaltó y gritó.

Al volverse vio al padre Cornelius y a la encantadora Leeloo, todavía empapada (pero vestida).

—¿Los conseguiste? —preguntó Cornelius, un hombre que siempre iba al grano.

David asintió. Entregó dos pasaportes al sacerdote.

—Estupendo —dijo Cornelius, abriéndolos y estudiando el trabajo de falsificación.

Le dio uno a Leeloo.

—Leeloo Dallas.

Ella lo recibió con una sonrisa.

—Y Korben David Dallas. Perfecto.

El padre Cornelius entregó a David el segundo pasaporte.

La sonrisa de Leeloo se desvaneció.

—*Akta dedero ansila deno poerfect?*

El padre Cornelius negó con la cabeza.

—Leeloo, no puedo fingir que soy tu esposo. Soy viejo. David está en excelente forma. Es joven y fuerte. Él te protegerá.

David parecía hincharse con cada sílaba de alabanza. Extendió una mano hacia Leeloo, que la cogió con cierta desgana.

¡Bam!

¡Bam!

El padre Cornelius miró nerviosamente a los huelguistas mientras los policías avanzaban efectuando disparos. Señaló la cola que esperaba ante el mostrador.

—Vamos. Ved a la Diva, seguid las piedras sagradas. Yo os aguardaré en el templo. ¡Que Dios os acompañe!

¡Bam!

¡Tuang!

Korben se agachó. Detrás de su cabeza, una bala perdida destrozó un vidrio. Se agachó para protegerse mientras corría por el vestíbulo abarrotado de basura.

Escrutó la multitud, buscando a Leeloo.

Sólo vio huelguistas zambulléndose de cabeza en la basura para eludir el ataque de la policía.

El letrero de la puerta parpadeaba: «FHLOSTON SIN ESCALAS. PRIMERA LLAMADA PARA EMBARCAR.»

Deshaciéndose sin esfuerzo de dos policías que lo habían confundido con un huelguista, Korben se abrió paso por la basura hacia el mostrador de facturación de equipajes.

—Felicitaciones —dijo la empleada del mostrador.

David quedó desconcertado.

—Por ganar el concurso de croquetas Gemini, el viaje a Fhloston —explicó la empleada mientras abrochaba la tarjeta de embarque al billete de David y le devolvía el pasaporte.

—¡Ah, sí!

—¡Llegué a tiempo! —dijo Korben. Hundió los nudillos en la espalda de David como si empuñara un arma, y le arrebató el pasaporte de la mano—. Pensé que perdería el vuelo —le explicó a la confundida empleada.

Leeloo sonrió.

—Gracias, chico —dijo Korben, empujando a David a un lado—. ¿Pusiste el equipaje en la cinta transportadora?

Le clavó amenazadoramente el «arma».

—Claro —tartamudeó David.

—Magnífico —dijo Korben, apartando a David con un empujón amistoso pero enérgico—. ¡Ahora lárgate!

Korben miró a la confundida empleada con su sonrisa más encantadora.

—Temía perder mi vuelo, así que mandé al chico a recoger la tarjeta de embarque.

Leeloo sonrió y tendió la mano para recibir su billete.

La empleada retuvo la tarjeta de embarque y el pasaporte de Leeloo. Los miró a ambos con suspicacia.

—¿Su esposa? —le preguntó a Korben.

Korben cogió el pasaporte y lo leyó.

—Eh... sí. Recién casados. Amor a primera vista. Nos cruzamos, oímos campanillas, nos casamos y apenas nos conocemos. ¿Verdad, querida?

Leeloo tendió la mano y cogió la tarjeta de embarque.

—*Dinoine chagatakat!*

—Me has sacado las palabras de la boca, tesoro. Vamos, enseguida estoy contigo.

Korben se volvió hacia la empleada.

—Es nuestra luna de miel —dijo guiñándole el ojo—. Está nerviosa.

Un rostro conocido y antipático entró en el aeropuerto, abriéndose paso entre las malolientes pilas de basura.

Era el rostro del vecino antipático de Korben, acompañado por una joven de expresión ausente.

Mientras los dos se abrían paso por la basura, fueron casi arrollados por una enorme bestia rosada.

Un puerco policía con correa de acero.

—Vamos, Snyffer, ¡busca, busca! —dijo el policía porquerizo, corriendo detrás del animal.

El vecino antipático se apartó, enfiló hacia el mostrador.

La muchacha de rostro ausente lo siguió.

A pocos metros, el padre Cornelius miraba desde un taburete del bar, disfrutando de su segundo martini.

—Me siento tan culpable —le dijo al camarero robot—. Mandar a Leeloo a hacer el trabajo sucio... como esos pobres puercos de policía. Sé que ella está hecha para ser fuerte, pero parece tan frágil. Tan humana. ¿Entiendes a qué me refiero?

El rostro del camarero era un monitor. Brilló compasivamente, con un juicioso cabeceo.

Los robots saben escuchar.

El vecino antipático entregó el billete a la empleada.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Dallas? ¿Korben Dallas?

—Sí —dijo el vecino antipático—. Soy yo.

La empleada sonrió cortésmente. Entretanto, pisó un pedal que encendía un sensor de ultraluz para pasajeros.

La ultraluz reveló que el vecino antipático y la muchacha de rostro ausente eran mangalores.

Sin embargo, la empleada no perdió la calma.

—Un momento, por favor —dijo con su tono más amable.

Con el otro pie pisó una alarma silenciosa.

Intuyendo un problema, los mangalores retrocedieron.

—¡En seguida volvemos! —dijo el falso vecino antipático, con suspicacia. Cogió la mano de su «amiga» y se la llevó a rastras, perdiéndose en la muchedumbre.

—¿Lo mismo? —preguntó el camarero robot.

El padre Cornelius tenía los ojos vidriosos.

—Sí.

—Que sean dos —dijo una voz al costado.

Cornelius se sorprendió al ver al novicio, David, sentado en el taburete.

Se puso sobrio de golpe.

—¿Dónde está Leeloo? —jadeó horrorizado.

David se bebió el martini de un trago y golpeó la copa en la barra, al estilo vaquero.

El pie de la copa se partió.

—En el vuelo. Con el señor Dallas. El verdadero.

—¿Qué?

—Me apoyó un arma aquí —dijo David, señalando su zona lumbar.

—¡Válgame Dios! —dijo el padre Cornelius—. Es culpa mía. Yo soy el siervo. Esta misión es mía. Nunca debí encomendártela.

David ya estaba pidiendo su segundo martini.

El padre Cornelius metió la mano bajo la sotana y se quitó la cadena que le rodeaba el cuello.

—Toma.

—¿Eh?

—La llave del templo —dijo Cornelius, bebiéndose el martini de David y luego el suyo—. Ve a prepararte para nuestra llegada. Yo voy a enfrentarme con mi destino.

Y se perdió en la muchedumbre.

Lamentablemente, estaba detrás de los mangalores. El rostro del vecino antipático perdía definición mientras él y la «chica» corrían hacia la salida del aeropuerto.

—Informa a Aknot que el plan A falló —dijo el mangalore «vecino» al mangalore «muchacha»—. Pasamos al plan B.

«Ella» asintió y se largó, buscando la salida en medio de la basura.

Dos policías aparecieron frente al mangalore «vecino».

Él desenfundó su ZF1 y disparó dos veces, luego se zambulló en la pila.

¡Bratbrat!

¡Bratbrat!

Los policías respondieron el fuego:

¡Bam!

¡Bam!

—¡Enviad ayuda! —gritó el policía por el walkie-talkie—. Zona 7.

Cornelius se aplastó contra la pared, tratando de evitar las balas.

Una trampilla se abrió en la pared a sus espaldas, y salieron tres puercos gigantes, seguidos por tres hombres con armadura.

La trampilla osciló, empezó a cerrarse.

Cornelius miró a la derecha, luego miró a la izquierda.

Se agachó y pasó a gatas por la apertura, justo antes que se cerrara.

—¡Oiga, señorita! —dijo Korben.

Una azafata lo conducía por un largo pasillo en el sector de primera clase.

Ella había insistido en que Korben la acompañara. Haciendo chasquear sus altos tacones, caminaba tan deprisa que él apenas podía seguirla.

—No debí dejar sola a mi esposa —protestó Korben—. Mi esposa, cuando se pone nerviosa, es...

Buscó la palabra para describir a Leeloo, la encontró:

—Imprevisible.

—Esto sólo le llevará un minuto —dijo la azafata—. Loc Rhod es el locutor más rápido del universo. Tiene usted mucha suerte.

Korben no estaba tan seguro.

—Escuche, sin duda es grandioso, pero no quiero que me entrevisten. Preferiría permanecer en el anonimato.

La azafata se detuvo y se encaró a Korben.

—Olvídese del anonimato. Aparecerá en el programa en vivo de Loc Rhod todos los días de cinco a siete.

Korben empezaba a percibir la magnitud del circo de relaciones públicas al que se había prestado sin saberlo.

—Se trata de una broma, ¿verdad? —dijo, aunque empezaba a comprender que todo aquello iba absolutamente en serio.

La azafata sonrió y meneó la cabeza.

No, no bromeaba.

¡Uap!

Se abrió una puerta, encendiendo nuevas estrellas en el ya dolorido firmamento de la conciencia de Korben.

Por la puerta entró una criatura de vitalidad arrolladora, elegancia intachable e inteligibilidad intermitente.

Un joven negro con un peinado complejo, pantalones acampanados de terciopelo y zapatos tamaño embarcación.

El locutor más popular del siglo xxv.

Loc Rhod.

—¡Korben Dallas! —dijo el locutor, hablando por un micrófono que también oficiaba de bastón de plata, con una voz rítmica que sonaba más a rap que a reportaje radiofónico—. ¡Aquí está él! ¡El único ganador del concurso de las croquetas Gemini!

Loc Rhod se volvió hacia la multitud que ya se reunía alrededor.

—¡Este chico arde como fuego! ¡Que las damas empiecen a derretirse, porque arde, arde, arde!

Loc Rhod apoyó la mano en el brazo de Korben.

—¡El tamaño ideal! —exclamó—. El físico ideal, el cabello ideal, todo ideal. Y está dispuesto a decir algo para esos cincuenta mil millones de oídos ansiosos. ¡Escúpelos, ganador!

Puso el micrófono ante la cara de Korben.

—Eh... hola —dijo Korben.

Loc Rhod hizo una mueca y apartó su micrófono de plata, tachonado de lentejuelas.

—In-cre-íble —dijo.

Cogió del brazo a Korben y lo llevó al pasillo.

La muchedumbre los siguió.

—Temblad, mujeres, temblad —ronroneó Loc Rhod—. Pondrá el mundo en llamas, aquí mismo de cinco a siete. Sabréis todo lo que hay que saber sobre el Hombre D. Sus sueños, sus deseos, sus intimidades más íntimas. Y por lo que estoy viendo, intimar es la especialidad de este semental.

Se agachó y de nuevo puso el micrófono ante la cara de Korben.

—Cuéntame, campeón, ¿nervioso?

—Eh... pues no —tartamudeó Korben.

Loc Rhod rodeó con el brazo a la azafata.

—Juntad esas rodillas, avecillas mías, porque este Korben es cosa seria.

La procesión se detuvo en una intersección del corredor, donde el servicio de suministro de la aerolínea había dejado un robot con una bandeja de copas de champán.

Loc Rhod cogió una copa, se la bebió y la tiró mientras firmaba autógrafos y parloteaba sin cesar.

—La rana de ayer será mañana el príncipe del Fhloston Paradise.

Un asistente le entregó una tarjeta.

—El hotel volante de las mil y una locuras, aventuras y dulzuras. Una fuente mágica de donde brota el vino, las mujeres y el jaleo. Toda la noche, ¡sí!

Korben miró asombrado mientras el impecable y ágil locutor cogía a dos azafatas del brazo y continuaba su rap con tanta facilidad como otros caminan o respiran. Parecía ser una actividad inconsciente. Fundía las rimas y los ritmos sin pensar mientras evaluaba con los ojos a la muchedumbre que lo seguía por doquier.

—Y empezad a lamer esos sellos postales, niñas, porque con este tío tendréis que escribirle a mamá. Mañana de cinco a siete seré vuestra voz y vuestra lengua, y seguiré el rastro del hombre más *sexy* del año. El Hombre D. Mi hombre. Vuestro hombre.

Blip.

—Fin de transmisión —dijo la voz de un técnico a través de un altavoz distante.

Loc Rhod se paró en seco.

Se hizo silencio.

Dos asistentes corrieron hacia Loc Rhod, uno con un cigarrillo, otro con una cerilla.

Loc Rhod encendió el cigarrillo, sopló una nube de humo y preguntó:

—¿Cómo ha ido?

—Onda —dijo un asistente.

—¿Cuánta onda?

—Onda onda onda —dijo otro asistente—. Superonda. Ultraonda.

Loc Rhod se acercó a Korben.

Le apoyó la mano en el brazo y dijo con voz meliflua:

—Korben, primor, hazme un favor.

¿Primor? Korben miró escépticamente al locutor. ¿Favor?

—Sé que esto ha de ser lo más grandioso que te ocurrido en tu mísera vida —dijo Loc Rhod—. Pero debo montar un espectáculo y necesito chispa chispa chispa. Así que mañana, cuando estemos en el aire, échame una mano.

¿Una mano? Korben miró incrédulamente a ese locutor menudo y arrogante.

—Procura hacerles creer que tienes un vocabulario de más de seis palabras. ¿Onda, camarada?

En vez de responder, Korben aferró a Loc Rhod por el cuello de la chaqueta.

Un guardia de seguridad se acercó, pero Korben lo apartó de un empujón. El compañero del guardia vaciló.

Korben aplastó a Loc Rhod contra la pared, hundiéndole la cabeza en el rincón, sosteniéndolo a varios centímetros del piso.

—¿Onda? —dijo Korben—. No vine aquí para hacer el ridículo en la radio. Así que mañana de cinco a siete, la mano te la echas tú. ¿Onda, camarada?

—¡Ultraonda! —dijo Loc Rhod con ojos desorbitados.

La empleada del mostrador de facturación, resplandeciente en su vestido transparente y su sombrero de vinilo, examinó los dos billetes que tenía en la mano.

Los leyó con curiosidad.

—¿El señor Dallas? ¿El señor Korben Dallas?

—Correcto —dijo el brazo derecho de Zorg, con su sonrisa más persuasiva.

Que no lo era tanto.

Con el pie, la empleada pisó el sensor de pasajeros, y el haz de ultraluz bañó el rostro del brazo derecho de Zorg.

Que siguió siendo el rostro del brazo derecho de Zorg.

—El problema es que tengo un solo Korben Dallas en la lista. Y él ya se ha registrado.

—Imposible —dijo Brazo Derecho, olvidando la sonrisa—. Él está en la cárcel... Quiero decir, debe haber un error. Tengo mi billete. Y yo soy el verdadero Korben Dallas.

¡Ring! Una campanilla sonó en el extremo del corredor.

—Lo lamento, señor —dijo la empleada—. Ya han terminado de embarcar.

Brazo Derecho estiró el brazo hacia la empleada, pero una gruesa plexipantalla se interpuso súbitamente.

—¡Soy Korben Dallas! —gritó Brazo Derecho, pensando en los tormentos que le infligiría Zorg si fracasaba—. ¡Quiero ver a su jefe! ¡Baje esta estúpida pantalla! ¡Maldición, alguien ha cometido un error!

Golpeó el mostrador con ambos puños.

Sólo consiguió que una cortina de acero bajara para reforzar la plexipantalla.

—Esto-no-es-un-ejercicio —dijo una voz robótica desde el aire, donde un nódulo atmosférico parlante se había condensado provisionalmente.

Rojos láseres de avistamiento hendieron el aire, formando blancos en torno del cuerpo de Brazo Derecho.

—Esto-es-un-control-policial-apoye-las-manos-en-los-círculos-amarillos.

Surgieron armas de la pared, del mostrador, del piso.

—Lo lamento —dijo Brazo Derecho, con su voz más mansa—. Me sulfuré un poco. Eso es todo. Ahora ya estoy más tranquilo...

Korben odiaba los viajes espaciales.

Las naves militares ya eran bastante inaguantables, con la carne de cañón alineada en duros asientos de aluminio, cada hombre sumido en nerviosos pensamientos mientras cruzaba la galaxia como un bólido, rumbo a la última misión suicida.

La clase turista comercial era aún peor. Sólo espacio para estar de pie, y una pequeña ración de cacahuets ressecos. A menos que el viaje tuviera más de cien años luz, en cuyo caso uno recibía medio emparedado frío y una galleta de mantequilla de cacahuete.

Pero este viaje era diferente. No había compartimento de ganado, ni cacahuets. Sólo primera clase.

—Leeloo —susurró Korben mientras se dirigía hacia la popa de la nave.

El corredor estaba bordeado por pequeños compartimentos privados.

—Leeloo...

Como respondiendo a su deseo más profundo y su sueño más entrañable, la puerta de un compartimento se abrió silenciosamente, y allí estaba ella, tendida en un cojín de terciopelo, estudiando una pantalla de ordenador.

Primera clase.

Recibió a Korben con una sonrisa de calidad galáctica mientras él se sentaba junto a ella.

—*Apipoulai!*

La puerta del compartimento se cerró, y ella concentró su atención en los caracteres que desfilaban por la pantalla. Los programas de búsqueda zumbaban.

—Sí, ya sé —dijo Korben nerviosamente—. Leeloo, escúchame. Esos billetes que cogiste prestados... no eran míos. Es decir, son míos, pero no para ir de vacaciones como todos creen.

Leeloo se encogió de hombros. ¿Comprendía? Por momentos parecía entender todo, y por momentos nada. Korben sólo sabía que iba en una misión muy peligrosa y quería mantenerla fuera de la línea de fuego.

—Estoy trabajando para gente muy importante —dijo—. Y si no hubiera venido aquí contigo, te habrías metido en un buen lío. Me encantaría estar de vacaciones contigo.

¡Era un alivio decir la verdad!

—Pero no ahora. Ahora tengo que trabajar. Y, Leeloo, me gustaría trabajar en paz. ¿Comprendes?

Leeloo tecleó una palabra de cuatro letras, al parecer como respuesta.

A-M-O-R.

—Sí —dijo Korben—. Pero amor no es la palabra clave aquí, sino paz.

Leeloo tecleó p-a-z.

—Paz —repitió, imitando a Korben—. Y amor...

El programa de búsqueda gimió y presentó una imagen de un *hippy* de los sesenta con abalorios, haciendo el signo de la paz.

Korben suspiró. Había leído acerca de los *hippies*. Antibelicistas. Él también era antibelicista, pero en su fuero interno.

—Mal ejemplo —dijo, apagando el ordenador—. No puedes aprender nada en una pantalla. A veces es mejor preguntar a alguien con experiencia.

—De acuerdo —dijo Leeloo, asintiendo con deleite—. ¿Qué es... hacer el amor?

—Eh...

Korben miró a Leeloo. Una rara combinación de inocencia y experiencia. Nunca había vacilado ante una mujer, pero esta mujer era... diferente.

Esta mujer era lo que él quería, y sin embargo tenía miedo por primera vez.

—¿Sabes qué? —dijo Korben, poniéndose rojo como un tomate—. Tal vez en ese tema te convenga usar la pantalla.

Encendió de nuevo el ordenador.

Entretanto, en el corredor, una voz robótica anunció en tono sedante:

—Para-que-el-vuelo-resulte-más-breve-y-agradable-nuestras-azafatas-encenderán-los-reguladores-que-alentarán-el-sueño-durante-la-travesía.

Una azafata avanzó por el corredor, apretando un botón rojo encima de cada compartimento de primera clase.

Y en la cabina, el capitán y el copiloto terminaban sus preparativos para la partida.

—Ochocientos veintiséis pasajeros registrados a bordo...

—Afirmativo, verificando lista antes del vuelo.

—De acuerdo. He terminado —dijo Leeloo.

¿Hablabas inglés? Korben la miró atónito.

—¿Has terminado de qué?

—De aprender idiomas.

Leeloo apagó el ordenador.

—¿Te refieres al inglés?

Ella asintió.

—Los novecientos.

Korben estaba azorado.

—¿Has aprendido los novecientos idiomas de la Tierra en sólo cinco minutos?

—Sí. Ahora te toca a ti. Yo he aprendido tus idiomas, tú tendrás que aprender el mío.

—Sé decir hola. Apipoulai.

Leeloo asintió con deleite.

—Enséñame a decir adiós —dijo Korben—. Es todo lo que necesito saber.

—*Apipoussan*.

—*Apipoussan* —repitió Korben tentativamente.

Leeloo asintió.

—Bien. ¿Sabes cómo decimos «hacer el amor»?

—Eh... —Korben vaciló.

—*Hoppi-hoppa*.

El corazón y la determinación de Korben se derretían rápidamente ante los ojos de la criatura más bella que había contemplado.

—Ayuda —murmuró para sus adentros.

En ese momento, la camarera apretó el regulador de sueño del compartimento de Korben y tachó otro nombre de la lista.

—Dulces sueños, señor Dallas —dijo.

Korben, que estaba por abrazar a Leeloo, cayó redondo.

Dormido al instante.

En el otro extremo del corredor, otra azafata tenía un problema.

El problema era la celebridad.

La azafata estaba acostumbrada a las celebridades galácticas. A fin de cuentas, era una nave de primera clase.

Pero ésta era la supercelebridad galáctica más famosa que había conocido.

Y la más insistente.

—Señor Rhod —dijo—, debe ocupar su posición.

Él la metió en su compartimento y la sentó en sus rodillas.

—No quiero una posición —dijo—. Quiero todas las posiciones.

La azafata se resistió.

Sin demasiada convicción.

—Pronto despegaremos, señor Rhod.

Loc Rhod sepultó la nariz en el cabello de la azafata.

—Yo despegaré ahora mismo.

En la cabina, el capitán accionaba una larga fila de interruptores idénticos.

Clic-clic-clic-clic-clic-clic-clic.

Los tumbaba con el dedo y caían como bolos.

—Autorización axial confirmada —dijo el copiloto.

La jefa de azafatas entró en la cabina.

—Zona 1. Reguladores de sueño activados —informó.

El capitán echó una ojeada al elegante traje transparente de la muchacha.

—Afirmativo —dijo.

Ella se marchó con una sonrisa.

Una luz verde relampagueó en el panel de control.

—Alerta, personal de tierra —dijo el copiloto.

—¿Algún problema? —preguntó el capitán con impaciencia.

Estaba ocupado observando la elegante partida de la azafata.

—Tenemos parásitos en el tren de aterrizaje.

Momentos después, en tierra, un camión se aproximó al enorme vientre de la nave galáctica.

Bajaron dos hombres vestidos con trajes desinfectantes de alta tecnología y bajo riesgo, herméticamente sellados.

Desenrollaron una manguera y lanzaron un brillante haz de fuego limpiador al compartimiento del tren de aterrizaje.

Se oyeron gritos. Chillidos, alaridos, maldiciones, exclamaciones, interjecciones e imprecaciones. Una lluvia de criaturas abominables cayó del compartimiento, desparramándose en la pista.

Mientras el personal de desinfección aspiraba los inquietos parásitos llenando el tanque del camión, otro camión se aproximó.

Dos hombres bajaron y abrieron una trampilla debajo de la nave.

Cayó un tubo fosforescente, grande como un tronco.

—Sí, soy yo —dijo Brazo Derecho—. Ponme con Zorg.

Brazo Derecho estaba en el vestíbulo del aeropuerto, usando una de las cabinas telefónicas móviles que merodeaban por allí en busca de clientes.

—Escucho —dijo fríamente Zorg.

—¡El verdadero Korben Dallas está en la nave! —dijo Brazo Derecho—. Tomó mi lugar.

—Es una broma, ¿verdad? —dijo Zorg con una voz gélida como una noche de invierno.

Loc Rhod rodeaba a la azafata con brazos y piernas mientras exploraba sus zonas erógenas con las manos.

—No —le susurró al oído—. Juro por Dios que nunca he sido tan sincero...

La azafata se ablandó.

A fin de cuentas, él era más que famoso. Era superfamoso.

—... con un humano —concluyó Loc Rhod.

—¿De veras?

—Estoy lleno de sinceridad —dijo Loc Rhod, contoneando las caderas con urgencia.

Dos miembros del personal de tierra guardaron el tubo fosforescente.

Otros dos, uno de ellos humano, el otro perteneciente a una especie de la zona externa de la galaxia, insertó un nuevo tubo fosforescente en la nave.

La lenta y larga inserción era casi sexual.

La nave parecía gruñir de placer.

—Carga de combustible completa, todo listo para la partida —informó el jefe de la cuadrilla por un micrófono.

—Gracias —respondió el capitán desde la cabina. Se volvió a su copiloto—. ¿Preparado para el despegue?

—No —dijo la azafata, cada vez más débil.

—¿No? —escupió Loc Rhod. No estaba habituado a oír esa palabra.

—Quiero decir... todavía no. No estoy preparada.

—¿No estás preparada?

—Me gusta charlar un poco antes.

Loc Rhod sonrió. Charlar antes, charlar después, charlar durante. Para él todo era charla.

Se puso a decir naderías a ritmo de rap al oído de la azafata, mientras empezaba a quitarle el uniforme.

—No Txxxzdsd oigo —dijo Zorg—. Creo que hay un bxgxxxxcczc cruce.

La cabina móvil aguardaba pacientemente.

Brazo Derecho miró el vestíbulo lleno de basura buscando otra, pero todas estaban ocupadas.

—¿Cuál es el cxcxcxzxzx número? —preguntó Zorg—. Te llamaré.

Brazo Derecho limpió la placa del teléfono para distinguir el número.

-278-645-321 —leyó.

—Te XZXXZ enseguida —dijo Zorg con buen humor.

Con demasiado buen humor, pensó Brazo Derecho con un escalofrío.

El personal de desinfección partió en una dirección.

El camión de combustible partió en la otra.

Un hombre con sotana salió de las sombras donde estaba agazapado.

Era el padre Cornelius. Miró el compartimento desinfectado.

Deteniéndose un instante, rezó rápida y silenciosamente. Luego trepó por el tren de aterrizaje y se encaramó al compartimento, tan ágil y sigilosamente como un mono capuchino.

—Presión de potencia —dijo el copiloto.

El capitán bajó otra hilera de interruptores.

Clic-clic-clic-clic-clic-clic-clic.

—Al máximo.

La azafata tenía seis botones en la blusa.

Loc Rhod compuso un poema para cada uno.

El sostén tenía dos ganchos.

Cada cual era un soneto.

—¡Protección! —dijo el capitán.

Un escudo rodeó los motores de la nave.

—Confirmada —dijo el copiloto.

Las piernas de la azafata se elevaron lentamente en el aire.

Separándose cada vez más.

Zorg tecleó el número telefónico que le había dado su brazo derecho, Brazo Derecho.

-278...

El capitán inició la aceleración.

—¡Diez segundos!

—Aumento de potencia.

Justo entonces, Brazo Derecho ahuyentaba con malos modos un sujeto furioso que quería usar el teléfono.

—Vamos, vamos —masculló.

Justo entonces, la azafata se quitó los zapatos y murmuró:

—Voy en camino...

Justo entonces, Zorg tecleaba más números.

-645...

Justo entonces, los motores rugieron.

RRRRRRUUUUUMMMM

Y Loc Rhod inició su estrofa byroniana culminante.

Y la nave despegó.

Y también la azafata:

—¡Sííí!

Y Zorg, sonriendo como un demonio, tecleó los últimos números.

-321.

¡BA-BUMM!

La cabina móvil estalló.

Brazo Derecho se esfumó.

Igual que todas las personas y cosas que estaban a quince metros de la cabina telefónica.

Zorg colgó y encendió un cigarro.

El grito de la azafata se redujo a un susurro de satisfacción.

En la cabina, el copiloto dijo:

—Tren de aterrizaje asegurado.

El capitán activó el piloto automático y desactivó el detector de humo.

—Encendamos uno.

¡Primera clase! Todo a pedir de boca.

Sobre todo con el nuevo motor ultralumínico de salto, pliegue y repliegue, que aprovechaba la elasticidad de supercuerdas estiradas para anudar el espacio y el tiempo en rutas comerciales viables.

Leeloo y Korben disfrutaban su viaje.

Dormían profundamente en el compartimento de primera clase. La manita de Leeloo se refugiaba en la manaza de Korben, así como los dos se refugiaban en la cálida y segura zona de pasajeros de esa nave intragaláctica de un kilómetro de longitud.

En otra parte de la galaxia, sin embargo, aguardaba una fuerza malévola.

El planeta oscuro.

El Mal Supremo.

En la superficie centelleaban luces, como tormentas eléctricas aleatorias.

En sus inmediaciones (relativamente hablando), en la nave estelar del almirante, una técnica se alejaba de su pantalla.

Su rostro mostraba una mezcla de alivio, expectación y... terror.

—Señor, ahora estamos recibiendo algo.

En otra parte de la galaxia, en otra dirección, el presidente estaba sentado ante su mesa.

Ese hombre gigantesco, el presidente Lindberg, era desgarrado como Lincoln (un antiguo dirigente de una de las entidades políticas de la Federación Unida).

—¡Está enviando señales de radio! —dijo uno de los científicos del presidente, que estaba con los demás científicos detrás de la hilera de generales.

El presidente gruñó.

—¿Para qué diantre envía ondas de radio?

—Tal vez quiera hacer una llamada —sugirió el científico.

El presidente y los generales lo miraron atónitos.

Zorg estaba sentado frente al escritorio de teca de su despacho.

Amaba su escritorio.

La última teca del planeta había sido talada y aserrada para fabricar ese escritorio. Eso lo hacía especial.

Picasso estaba sentado (o apoltronado, o acucillado o lo que fuera) en el escritorio, ronroneando con satisfacción (o lo que fuera).

Rrrriinnng. Sonó el teléfono.

Picasso gruñó (o lo que fuera).

Zorg activó el interfono.

—¡He dicho que no quiero que me molesten!

—El Señor Sombra está en línea —articuló lentamente la recepcionista.

Zorg se puso de pie. Picasso cayó rodando (o lo que fuera) al suelo.

Zorg cogió el teléfono con manos trémulas.

—Aquí Zorg.

La voz que oyó era borrosa, débil, tenue, como si viniera de los confines más remotos del tiempo y del espacio.

Pero no por eso era menos imponente.

—¿INTERRUMPO?

—No, no, en absoluto. ¿Dónde estás?

—A POCA DISTANCIA.

—S-sensacional —tartamudeó Zorg.

—¿CÓMO ANDA NUESTRO TRATO?

—B-bien —tartamudeó Zorg—. Muy bien. Tendré las cuatro piedras que me pediste en cualquier momento. Pero no ha sido fácil.

Silencio en la línea.

Un líquido negro y viscoso empezó a brotar de la cabeza de Zorg.

—EL DINERO NO TIENE IMPORTANCIA —dijo la voz—. QUIERO LAS PIEDRAS.

—Las piedras estarán aquí —dijo Zorg, aterrado. El líquido negro brotaba de su cráneo, bajaba por su frente y sus mejillas angostas y hundidas—. ¡Me encargaré de ello personalmente!

—ME MUERO DE GANAS DE ESTAR ENTRE VOSOTROS.

Un chasquido.

Ya no había línea.

En vez de colgar, Zorg se quedó inmóvil en el centro de su palaciego despacho.

El líquido negro desapareció lentamente de su rostro.

Sólo sus trémulas piernas mostraban su terror absoluto.

Al otro lado de la galaxia, el planeta oscuro quedó repentinamente inactivo.

Muerto.

—La hemos perdido —dijo la técnica del puente de la nave estelar del almirante.

—Perdimos la señal —dijo el general que estaba a su lado, hablando por enlace ultralumínico directo con la sede de la Federación Unida en Manhattan, New York, Tierra.

—¡Mierda! —dijo el presidente.

—¡Aaaarrgggg! —chilló (o lo que fuera) Picasso cuando Zorg se sentó distraídamente sobre él.

—Perdón.

Zorg colgó el teléfono. Todavía le temblaba la mano.

—¡Tenemos algo! —dijo el general Munro, entrando con entusiasmo en la oficina del presidente.

Estaba casi totalmente recobrado de su estancia en la nevera de Korben. Sólo faltaba amputar las yemas de algunos dedos ennegrecidos por el congelamiento.

—¿Qué tiene usted?

—Un lugar —dijo Munro—. La señal llegó aquí. El contacto estaba en la Tierra. En alguna parte del hemisferio norte.

El presidente Lindberg enarcó las enormes cejas. El gesto era tan imponente como la apertura de la puerta de un hangar.

—¿Esta cosa conoce a alguien en la Tierra? General, ponga a su hombre sobre aviso. Podríamos tener problemas. Dígale que mantenga los ojos abiertos.

El general Munro se cuadró y salió deprisa.

La paz reinaba en el compartimento 318 de primera clase de la nave estelar intragaláctica Orgullo de Brooklyn.

Korben roncaba suavemente.

Leelo yacía despierta en sus brazos, mirándolo dormir. Un destello de algo que podría haber sido amor brillaba en sus profundos ojos verdes.

Un kilómetro más adelante, en la cabina, el capitán bajó la última hilera de interruptores.

Clic-clic-clic-clic-clic-clic.

—Abandonando velocidad luz.

La nave estelar tembló.

Mejor dicho, se distendió. Acurrucándose nuevamente en los reconfortantes brazos del espacio newtoniano.

La luz llenó el compartimento.

Korben se movía pero seguía dormido.

Leelo estaba despierta pero no se movía.

¿Qué era más bello? ¿El rostro que volvió hacia Korben o el planeta turquesa y nuboso que se veía por la ventanilla y hacia donde la nave descendía rápidamente?

—Damas y caballeros —dijo la voz de la jefa de azafatas—. Hemos iniciado nuestro descenso final en Fhloston Paradise. La hora local es 15.28. La temperatura externa es una constante de veintiocho grados centígrados. Esperamos que hayan disfrutado del vuelo, y esperamos verles pronto nuevamente.

En el pasillo, las azafatas apretaban los botones de los compartimientos para despertar a los pasajeros.

En un compartimento, Loc Rhod y la azafata se despertaron sobresaltados y comenzaron a arreglarse la ropa.

La azafata sentía cierto embarazo. Pero apenas. A fin de cuentas, el hombre que la había ultrajado era una de las supercelebridades más famosas de la galaxia.

—Quería decirte... —empezó.

Loc Rhod la silenció apoyándole un dedo en los labios.

Cubriéndose los ojos con gafas oscuras, se marchó del compartimento, dejando a la azafata a solas con sus suspiros.

Las nubes rozaban las alas como pensamientos fugaces mientras la nave descendía hacia un mar turquesa.

El gran hotel Fhloston Paradise, con la forma de los grandes buques de crucero de antaño, flotaba a doce metros del agua.

La nave intragaláctica pareció repentinamente pequeña al acercarse al gran navío, como una sardina aproximándose a una ballena.

La azafata tocó el botón del compartimento y Korben despertó.

Miró a su alrededor.

¿Dónde estaba Leeloo?

Sintió pánico.

El capitán hizo descender la nave al atracadero del Fhloston Paradise.

La presión se niveló, la puerta, alta como dos pisos, se preparaba para abrirse mientras los pasajeros más ansiosos ya se amontonaban frente a ella, esperando. Cuando se abrió, inundaron las anchas cubiertas del buque más lujoso del universo conocido, decorado y diseñado para asemejarse al fabuloso Normandie de la Tierra del siglo xx.

En las primeras filas de esa muchedumbre estaba Leeloo.

—Perdón.

En las últimas filas de esa muchedumbre estaba Korben Dallas.

—Perdón.

Korben daba codazos, empujaba, estrujaba y apartaba, abriéndose paso entre los

ávidos turistas, tratando de llegar al frente de la fila.

—Oiga, hombre, no puede...

—Estoy buscando a mi esposa —masculló Korben. Aplastó al quejoso contra la pared—. Lo lamento.

Al final de la rampa, en la cabina de recepción del Fhloston Paradise, una falange de policías esperaba con equipo antidisturbios.

¿Por qué?

Leeloo los vio y se detuvo, se apoyó contra la pared y dejó pasar a la multitud.

Entretanto Korben casi la había alcanzado.

Una despampanante camarera con el torso desnudo y falda de hierbas le puso un *lei* en el cuello.

—Bienvenido al Paraíso —dijo, estampándole un beso en los labios.

Korben revolvió los ojos mientras trataba de zafarse. ¿Dónde estaba Leeloo?

Entonces la vio.

Un hombre gordo con falda malaya —también con el torso desnudo— le ponía un *lei* en el cuello.

Sonrió y le estampó un beso en los labios.

—¡Error! —susurró Korben, mientras veía que el hombre gordo se ponía tieso.

Todavía sonreía, pero la nariz le sangraba mientras caía lentamente al piso.

—Nunca sin mi permiso —masculló Korben.

Se abrió paso en medio de la multitud buscando a Leeloo y limpiándose el pintalabios de la cara.

Pero ella había desaparecido.

Alejándose del gordo, Leeloo dobló una esquina y vio una puerta que decía: personal únicamente.

Se detuvo y tecleó números al azar en la cerradura.

Nada.

Mirando por encima del hombro, torció el picaporte.

¡Crac!

Abrió la puerta.

Sorpresa.

Había tres policías sentados en tres retretes, leyendo catálogos de pedido por correspondencia.

La miraron.

Leeloo sonrió y cerró la puerta tras de sí.

¿Dónde estaba Leeloo?

A empujones, Korben siguió a la multitud por una gran puerta arqueada, entrando en la cabina de recepción del Fhloston Paradise.

De pronto oyó un grito a sus espaldas, seguido por un coro de exclamaciones.

Era Loc Rhod, y avanzaba hacia Korben.

La muchedumbre se entreabrió como el mar ante la proa de una lancha.

Una lancha parlante.

—¡Mi gran hombre! —dijo Loc Rhod, cogiendo el brazo de Korben—. Por favor, no me dejes solo. Me duele la cabeza y mis admiradores terminarán por descuartizarme. ¡Sácame de aquí!

Korben se apiadó del locutor.

—Te llevaré al bar —dijo—. Después te dejaré solo, ¿de acuerdo?

—Onda —dijo Loc Rhod, aferrando el brazo de Korben como si fuera un salvavidas—. Hazlo. Trátame bien, hombre. Necesito más amigos como tú. Háblame de ti, de tus raíces, de tu vida personal, de tus sueños infantiles.

—No creo que sea buen momento —dijo Korben distraídamente. Todavía miraba la multitud buscando a Leeloo.

—¿Tienes hermanos? —preguntó Loc Rhod—. ¿Qué hay de tu papá? Háblame de tu papá. ¿Cómo era? Físicamente, quiero decir. Corpulento, supongo.

—Sí, muy corpulento —dijo Korben, poniéndose de puntillas, tratando de ver cada rincón de la atestada cabina.

No tuvo suerte.

Leeloo no estaba.

Arrastró a Loc Rhod hacia el bar y abrió un claro para ambos.

Loc Rhod todavía parloteaba.

—Yo nunca tuve papá. Nunca lo vi. Ni siquiera le oí. Cincuenta mil millones de personas me oyen todos los días, y él no me oye...

—Entiendo —dijo Korben, apoyándole la mano en el hombro—. Ya estás en el bar. *Ciao!*

Loc Rhod quiso agradecerse, pero Korben ya se había ido.

—¿Cómo puede desaparecer así?

Una voz interrumpió la elegía autocompasiva del locutor.

—Señor Rhod, soy el gerente del hotel. Bienvenido al Paraíso. La princesa Aachen de Minas Japhet quisiera compartir un trago con usted.

Loc Rhod miró al gerente sin comprender. Miró el sitio que el gerente señalaba con el dedo.

Alzó las gafas de sol y vio a una mujer joven con un vestido imposiblemente corto y una sonrisa imposiblemente cálida.

Loc Rhod sonrió a su vez.

—Onda.

En la cabina, el capitán y el copiloto revisaban la lista de pasajeros.

El capitán miró hacia arriba y vio el parpadeo de la luz verde.

—¡Diantre! —dijo—. ¡De nuevo parásitos!

El copiloto miró la luz, apretó un botón para obtener un informe local y sacudió la cabeza sin comprender.

No era el compartimento del tren de aterrizaje.

Se levantó del asiento y caminó hacia el fondo de la cabina. Desatornilló un panel

de circuitos electrónicos.

La puerta se abrió y cayó el padre Cornelius, colgando de una maraña de cables.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó el sacerdote.

Korben había llegado.

Lo supo en cuanto la camarera le abrió la puerta de su lujosa habitación gratuita.

Entró deslumbrado. Nunca había visto tanto lujo. Era desvergonzado, o vergonzoso, o lo que fuera, pero él no sentía vergüenza. Qué diablos, pensó.

Pero ¿dónde estaba Leeloo?

El botones lo seguía, llevando las dos maletas de Leeloo.

Korben vio una invitación en la mesilla de noche.

Un palco gratuito para el concierto de Diva Plavalaguna, a las cinco y media. Esmoquin.

Korben miró a la camarera desconcertado.

—Piden ropa formal para el concierto. Pero yo no he traído nada.

La camarera pasó la yema del dedo por una compuerta sensible al tacto, y se abrió el guardarropa.

Korben vio veinte esmóquines, todos de su tamaño y en todos los colores del arco iris, más un par que aún no habían aparecido en la naturaleza.

—Bienvenido al Paraíso —dijo la camarera, cerrando la puerta del guardarropa.

Korben miraba atónito.

¡Rrrriinnng!

La camarera puso el teléfono en la mano de Korben antes que él pudiera cogerlo.

—Hola.

—¡Maldita bazofia!

—Mamá.

Sonriendo cortésmente, la camarera retrocedió hacia la puerta, llevándose al botones.

Korben le dio las gracias con un gesto.

—No me pidas nada más en mi vida. Has matado a tu pobre madre con tus propias manos.

Korben encontró una silla y se sentó.

Miró el cielo raso con resignación, volvió a apoyarse el auricular en la oreja.

—Mamá...

—Muy bien, padre —dijo el jefe de seguridad del Fhloston Paradise.

Invitó cortésmente a Cornelius a sentarse frente a su escritorio.

—Lo escuchamos.

Cornelius estaba por hablar cuando la puerta se abrió de repente. Un policía de mediana edad con el uniforme festoneado de comunicadores, campanillas, silbatos, cadenas y dispositivos de seguridad de todo tipo irrumpió en la oficina del jefe.

Fog había sido policía veinte años pero nunca había perdido su entusiasmo inicial

por el trabajo.

Ese era el problema, pensó el jefe.

—¿Qué sucede, Fog? —preguntó.

—¡Está llegando la nave de la Diva, señor!

—Quiero máxima seguridad —dijo el jefe.

—¡Sí, señor!

Fog se cuadró y dio media vuelta para salir, pero el jefe lo detuvo.

—¡Fog!

—Sí, señor.

—¿Sabe por qué le he dicho esto?

—No, señor.

El jefe suspiró. A Fog había que explicarle todo.

—Bien, escuche. La Diva canta sólo una vez cada diez años. Por tres minutos. Tengo ocho mil personas que han pagado una fortuna para escucharla. ¿Entiende la situación?

—Sí, señor —dijo Fog. Se cuadró, dio media vuelta con destreza (dar la vuelta era lo único que hacía con destreza) y se marchó.

—De acuerdo, padre —le dijo el jefe a Cornelius—. Escucho su canción.

—Yo estaba en mi parroquia —dijo Cornelius—. Sonó la campanilla, abrí la puerta y...

La puerta de la oficina se abrió de nuevo.

Entraron tres policías cojeando, ensangrentados y vendados.

—¿Una bomba? —preguntó nerviosamente el jefe.

—Sí —dijo el único policía que podía hablar—. Una bomba de uno ochenta con cabello rojo y ojos verdes.

Cornelius se puso alerta.

—Sí —murmuró para sí mismo.

O gritó.

Los tres policías y el jefe lo miraron con curiosidad.

Cornelius se inclinó sobre el escritorio.

—¿Puedo hablar a solas con usted? —le preguntó al jefe.

¡La Diva había llegado!

Volaron palomas al cielo y brillantes medusas flotaron en el agua (tal como lo establecía el contrato).

Bombas de humo y bengalas salpicaron el cielo, y las vibrantes notas de una orquesta de metales anunciaron la llegada a las multitudes (tal como establecía el contrato).

Ella bajó de su diminuta nave particular, pisó una alfombra roja (tal como establecía el contrato) y una cohorte de musculosos guardaespaldas (tal como

establecía el contrato) la escoltó hasta la recepción del Fhloston Paradise y por un largo corredor.

Los que habían ido para admirar la legendaria belleza de la Diva Plavalaguna quedaron decepcionados, pues un velo blanco de gasa le cubría el rostro, aunque los largos tentáculos de su cabello eran claramente visibles y se agitaban seductoramente.

Leeloo se abrió paso entre la multitud de admiradores y se dirigió al corredor, donde podría ver a la Diva y ser vista por ella.

Siguió a los porteadores que llevaban el voluminoso equipaje de la Diva hasta que estuvo en medio del corredor, fuera de la vista de la multitud. Allí se detuvo y fingió admirar un cuadro de la pared.

Era una bella pintura de un clíper a toda vela. Los porteadores la habían rozado y colgaba del revés.

Después de los porteadores vino la policía de seguridad, después los guardaespaldas.

Y al fin la Diva Plavalaguna, seguida por sus agentes y asistentes personales, del uno al diez.

Leeloo se volvió hacia la Diva.

Y la Diva se detuvo.

Entonces extendió la mano y tocó la mejilla de Leeloo.

Un chispazo de electricidad estática crepitó entre ambas mujeres.

Los agentes y los asistentes (del uno al diez) retrocedieron de un brinco.

La Diva siguió caminando, seguida por su cortejo.

El asistente personal número tres se demoró hasta que los demás se fueron, luego susurró al oído de Leeloo:

—La señorita Plavalaguna quiere que le diga que le dará lo que usted vino a buscar. Pero primero quiere cantar... por última vez.

Leeloo asintió.

—Y otra cosa...

El asistente puso el cuadro en la posición correcta.

Leeloo sonrió. Así era mucho más bonito.

—Señorita Diva...

La Diva se aproximó a su camerino y lo encontró custodiado por una escuadra de agentes de seguridad de alta graduación.

Frente a ellos, un policía bajo y alerta cubierto de medallas, aparatos, insignias, cinturones, cadenas, esposas, látigos y un par de linternas.

—Soy Fog, jefe de seguridad durante su visita.

Diva Plavalaguna lo ignoró, pasando al lado como si fuera una planta.

—Todo está en orden. Puede usted...

El cortejo de la Diva la siguió, y Fog les habló mientras pasaban.

—... sentirse en casa. Si necesita algo...
Le cerraron la puerta del camerino en la cara.
—... ¡llámeme!

Ponerse el esmoquin fue bastante difícil para Korben, que había dejado las fuerzas armadas porque odiaba vestirse puntiliosamente (entre otras cosas).

Era aún más difícil con una mano, la única disponible. Con la otra mantenía el teléfono lejos del oído mientras trataba de aplacar a su madre.

—Escucha, mamá. Sólo tengo unos días de vacaciones, y no quiero pasarlos en el teléfono.

¡Rraaannngg!

—Espera, mamá. Es la puerta. ¡No! Ya te he dicho que no he traído a nadie. Korben abrió la puerta de la *suite*. Era la muchacha más bella de la galaxia.

—Apipoulai —dijo Leeloo con una sonrisa, entrando en la *suite*.

Korben cerró la puerta.

—Escucha, mamá, te llamo luego.

Colgó.

—Estás muy elegante —dijo Leeloo. Encontró su maleta en la cama y sacó un vestido brillante.

Puso el vestido sobre la cama y empezó a quitarse la ropa.

Korben se ruborizó y le dio la espalda.

—Leeloo, espera un minuto. Soy un tío anticuado, sabes. No digo que no... me encantaría decir que sí. Pero nos conocimos apenas hace unas horas.

—¿Sabes? —dijo Leeloo, ignorando el sonrojo de Korben—. Las mujeres se suelen cambiar de ropa cinco veces más que los hombres.

—¿Sí? ¿Lo averiguaste en la pantalla?

—Sí. Ya puedes darte la vuelta.

Korben se dio la vuelta.

Lo que vio era sólo un poco más —o menos— de lo que había temido y ansiado ver.

Leeloo estaba más bella que nunca en su exiguo y elegante vestido.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—Contigo —dijo Leeloo—. Iré a ver la función de la Diva.

Korben sentía vértigo. No quería volver a sentirse así por una mujer. Y menos ahora, cuando necesitaba estar totalmente lúcido. Tenía que encontrar un modo de alejarla del peligro.

Se sentó pesadamente en el borde de la cama.

Leeloo se miró el vestido —el poco vestido que había— y miró a Korben.

—¿Qué pasa? ¿He hecho algo malo?

—No, en absoluto. Es decir, todo lo contrario. Eres... ¡eres bellísima!

Leeloo sonrió.

—Gracias.

Korben sacudió la cabeza con determinación y se metió la mano en el bolsillo.

—Tengo algo para ti —dijo.

Leeloo se puso de puntillas de pura alegría.

—¿Un regalo? ¿Para mí?

Korben sacó un brazalete de acero inoxidable.

—Combinará perfectamente con tu vestido.

Leeloo extendió la mano.

—¿Cómo se llama? —preguntó, mientras Korben se lo deslizaba sobre su delgada y perfecta muñeca y lo cerraba.

—Grillete láser —dijo.

Apretó un botón del costado del grillete. Un rayo láser unió el suelo con el techo, sujetando a Leeloo.

—Provisto por el ejército, último modelo. Lo lamento, Leeloo, pero te he dicho que debo trabajar en paz.

—¡Tú! —rugió ella—. No eres más que...

—Sé muy bien qué palabra estás buscando —dijo Korben—. No figura en el diccionario que estudiaste. No tardaré.

Se puso la chaqueta.

La puerta se abrió e irrumpió Loc Rhod.

—Oye, semental, tenemos que largarnos de aquí.

Vio a Leeloo contorsionándose en su vestido corto, la mano amarrada sobre la cabeza por un rayo láser.

Loc Rhod sonrió.

—Korben, amigo mío, ¿qué pasa aquí? ¿Quién es esta tía? ¿Qué estáis haciendo? ¿Tenemos acción? ¿Travesuras? ¿Puedo sumarme a la partida?

Loc Rhod se acercó a la furiosa Leeloo. Estaba por tocarle su curvilíneo...

Cuando Korben lo cogió por el cuello y lo elevó a unos centímetros del suelo.

—Después —dijo Korben, sacándolo a empujones.

Lo siguió, cerrando la puerta con cuidado.

A cientos de años luz, gracias a la magia de la tecnología ultralumínica, el presidente Lindberg y su personal de científicos y generales escucharon programa de radio «más onda» de la galaxia.

El presidente estaba sentado frente a su escritorio.

Los generales estaban en fila detrás de él.

Los científicos detrás de los generales.

Dos altavoces emergieron del escritorio del presidente.

—Son las cinco, hora central galáctica, hora de reunir a Loc Rhod y Korben Dallas, el feliz ganador del concurso de croquetas Gemini. ¡En vivo desde el Fhloston Paradise!

Imaginad el Madison Square Garden, el Gran Cañón, la Torre Eiffel y el Albert Hall, todos en uno. Luego adornadlos con oro y lentejuelas, y llenadlos con vestidos de escote bajo y zapatos de tacón alto.

Ahora triplicad todo eso, y tendréis una idea de la magnificencia de la sala de conciertos del Fhloston Paradise.

Korben y Loc Rhod entraron juntos.

Korben, alerta al peligro, escrutaba la muchedumbre.

Loc Rhod hablaba como de costumbre, esta vez por un micrófono flotante que lo seguía como un mosquito, revoloteando cerca de sus batientes labios.

—Tal vez ésta sea la sala de conciertos más bella del universo —dijo el locutor—. Una réplica perfecta de un viejo teatro de ópera... pero ¿a quién le importa?

Pasaron entre filas de butacas doradas, llenas de turistas elegantes y parásitos de la cultura, vestidos con esmóquines unisex, túnicas de pseudopiel, biquinis enjoyados y vestidos voluminosos.

—A mi izquierda, una fila de ex ministros, siniestros pero diestros. A mi derecha, algunos generales echando una cabezadita. Y allá está Baby Ray, estrella del escenario y la pantalla.

Loc Rhod hizo una pequeña inclinación a modo de saludo cuando pasaron frente a un viejo actor. Su rostro estaba trabado en una rígida sonrisa después de tanta cirugía estética.

—Ray se ahoga en un mar de ninfas —dijo Loc Rhod—, pero no creo que disfrute del concierto...

Ray acercaba la oreja a una chica que le pedía un autógrafo.

—¿Para quién dices?

—... porque es sordo como una tapia. Y por ahí viene Roy Von Bacon, rey del láserbol y el jugador mejor pagado de la liga.

Loc Rhod chocó las manos con un hombre enorme y gordo y continuó la marcha, seguido por Korben.

—Y aquí tenemos al emperador Kodar Japhet, cuya hija Aachen...

Loc Rhod saludó con reverencia a un hombre cano con una camiseta ribeteada con lentejuelas en la que se leía YO SOY EL EMPERADOR, ¿QUIÉN ERES TÚ?

—... todavía está en mi cama. «Me gusta cantar», me confesó recientemente. Y ahora, *un peu de champagne!*

Loc Rhod cogió dos copas altas de una bandeja sostenida por un camarero elegante y semejante a un dios. Entregó una a Korben y siguió pasillo abajo, siempre parlotando por el micrófono.

El camarero entregó las dos últimas copas de champán de la bandeja y se internó en la muchedumbre.

Abrió una puerta de servicio y entró en una sala llena de «camareros».

Lejos de la multitud, se distendió, y su rostro fluctuante se resolvió en la cara de rana de un mangalore.

Otro mangalore estaba entregando rifles ZF1.

Akanit, el jefe de los «camareros», entreabrió la puerta.

En la sala de conciertos, las luces se estaban apagando.

Se oían los primeros acordes musicales.

Akanit puso una odiosa sonrisa mangalore.

—¡Empieza el espectáculo!

Varias cubiertas por encima de la sala de conciertos, en la *suite* de Korben, Leeloo trataba de liberarse del grillete que la mantenía sujeta al láser entre el techo y el suelo.

De pronto sus sensibles oídos detectaron un acorde de música celestial. Ladeó su perfecta cabeza y sonrió a pesar de sí misma.

¡La música era perfecta!

Comenzaba el concierto.

Korben se sentó junto a Loc Rhod en los asientos VIP de la segunda fila.

La Diva Plavalaguna entró en escena en la luz opaca. Las luces se apagaron y un reflector mostró a la Diva sin velos, espléndida en un vestido azul verdoso y reluciente.

Híbrido de humano y alienígena, la Diva combinaba en su donaire la belleza de todas las razas de la galaxia (excepto, por cierto, los mangalores).

Un cuerno curvo coronaba su elegante cabeza. De su frente descendían tentáculos que parecían cabellos inteligentes y ondeaban felizmente en respuesta al aplauso de los admiradores.

Su rostro —que ella revelaba al público sólo una vez por década— era bello y vivaz, pura emoción interestelar.

La música de la sintorquesta de tres instrumentos se elevó en un crescendo introductorio.

La Diva inhaló profundamente, empezó a cantar y llevó la música a nuevas alturas de emoción y expresión.

Era divina, incomparable.

Korben escuchaba cautivado.

Sintió algo raro en la cara.

Se tocó la mejilla y notó que tenía los dedos húmedos.

Las lágrimas que siempre, como hombre, había temido derramar.

Lágrimas saladas donde se mezclaban la alegría y la tristeza.

Leelo ya no pensaba en liberarse.

Sólo pensaba en escuchar.

Una canción flotaba por los corredores.

La voz celestial de la Diva llenaba el Fhloston Paradise, vibrando por los pasillos y escaleras del hotel flotante hasta que la estructura palpitó con inolvidables emociones de amor y nostalgia.

Leelo cerró los profundos ojos verdes y se dejó bañar por la canción.

Las lágrimas de Leelo eran dulces, no saladas.

En el puente del Fhloston Paradise, el capitán también escuchaba la canción de la Diva cuando fue rudamente interrumpido por una llamada del primer oficial.

—Capitán, tengo una nave con problemas. Solicita autorización para descender y efectuar reparaciones.

Habitualmente semejante solicitud se habría rechazado y la nave habría tenido que ir al astillero más próximo para pedir reparaciones.

¡Pero esa música! La profunda emoción, la compasión, la belleza celestial de la canción de la Diva provocaban turbulencias en el alma apacible del capitán.

—Que entre en el garaje —dijo. Y luego añadió distraídamente—: Informa a seguridad.

En la diminuta y austera cabina de un caza espacial ZFX200 que giraba en la órbita de Fhloston, la voz del primer oficial sonó por el altavoz.

—Autorización otorgada. Dársena doce. Tiene usted una hora.

Zorg apagó el altavoz y se reclinó en el asiento con una sonrisa tan malvada que hubiera roto el corazón de una estatua.

—Es más de lo que necesito.

La divina música de la Diva se remontaba por las cubiertas del inmenso hotel flotante.

Llenaba todos los corazones.

Casi.

Había una persona cuyo corazón no se llenaba, que ni siquiera estaba escuchando. Era el representante de la Diva.

Estaba en la cabina de la cantante, con la puerta cerrada para que el «ruido» no lo molestara. Trataba de abrir una botella de *whisky* que uno de esos miles de admiradores había enviado a la Diva.

El corcho estaba atascado.

¡Rrrriinnnnng!

El timbre de la puerta.

—¿Sí?

—Flores para la Diva —murmuró una voz ronca.

—Es alérgica a las flores —dijo el representante (que por su parte era alérgico a la Diva).

—También hay champán.

—En tal caso...

El representante dejó la recalcitrante botella de *whisky* y abrió la puerta.

Se topó con el amenazador cañón de un ZF1.

Una docena de guerreros mangalores vestidos de camareros entraron en la cabina.

—¡Oigan! —exclamó el agente de la Diva en indignada protesta...

¡Bratbratbrat!

... y recibió tres balazos en el pecho.

En la sala de conciertos la música se elevaba a raudos niveles de éxtasis.

De repente la Diva abrió desmesuradamente los ojos e hizo una mueca de dolor, como si le hubieran disparado.

En la habitación de Korben, Leelo gritó de dolor, como si las balas que habían atravesado al representante de la Diva también la hubieran atravesado a ella.

¿Qué era ese alboroto?

Cornelius estaba por salir de la oficina del jefe de seguridad cuando oyó pisadas en el corredor.

Entreabrió la puerta para mirar.

El corredor estaba lleno de mangalores.

Una docena de aquellas criaturas aborrecibles, vestidas con esmóquines baratos y blandiendo rifles láser, irrumpió en la habitación de la Diva.

—¡Cielo santo!

Cerró la puerta de la oficina.

Leeloo sentía vértigo.

Pánico. Como si de repente hubiera visto y sentido todo el horror que la rodeaba.

Miró el techo de la *suite* de Korben, y el suelo, estudiando el rayo láser que la tenía prisionera.

Sus adorables rasgos se tensaron en suprema concentración mientras cogía el haz de luz con las manos.

Se volvió sólido.

Leeloo dobló la muñeca y lo partió. Usando el haz como ariete, abrió un boquete en el cielo raso.

Saltó hacia arriba y aferrando el borde del boquete, trepó a él.

Y se fue.

Cornelius corrió al armario de la oficina del jefe de seguridad.

Abrió la puerta del armario.

Allí estaba el jefe, maniatado y amordazado, tal como lo había dejado el sacerdote.

—¡Mangalores! —dijo Cornelius sin aliento—. En la *suite* de la Diva. ¡Quieren las piedras sagradas! Debemos detenerlos.

—Mmm —dijo el jefe a través de la cinta adhesiva que le tapaba la boca.

Alzó las manos, amarradas con su corbata.

Cornelius se agachó y empezó a deshacer el nudo.

—Voy a liberarlo, pero debe prometer que me ayudará.

El jefe asintió.

Mantuvo las manos unidas para que Cornelius no notara que tenía los dedos cruzados.

—¡Lo tengo!

El mangalore dejó de mirar la maleta que estaba destrozando. El representante de la Diva yacía en un charco de sangre.

Los guerreros mangalores habían desmantelado por completo la *suite* de la Diva, buscando las piedras sagradas.

¡Y ahora, por fin, el éxito!

El afortunado guerrero mangalore sostenía una caja de oro y marfil, con tallas de iconos de los cuatro elementos: tierra, aire, fuego y agua. Estaba por abrirla cuando oyó un estruendo encima de él.

Otro elemento —consagrado a la vida y la paz— descendía de un boquete que había abierto en los paneles del techo con un contundente revés de su delicada mano.

—*Apipoulai!* —dijo Leeloo, cayendo en la *suite* como un ángel vengador.

En ese preciso instante, la Diva Plavalaguna cambió la clave y el tempo de su canción.

Su rauda sonata se convirtió en un exótico número de baile. El intenso ritmo sacudía el teatro.

Uno de los guerreros mangalores desenfundó un cuchillo.

Un cuchillo grande, un cuchillo gigante, un cuchillo monstruoso.

Avanzó sobre Leeloo.

Ella lo desarmó y lo paralizó con un puntapié elegante y grácil (aunque intensamente doloroso).

Los demás mangalores se aproximaron, armados con cuchillos.

Leeloo pateó.

—¡Ump!

Leeloo giró.

—¡Arg!

Sus puntapiés y sus giros se convirtieron en una danza que seguía el ritmo de la Diva, y los mangalores retrocedieron uno por uno, ensangrentados y lastimados.

Se acercaron más mangalores.

Pero el ritmo de la música volvió a crecer. Leeloo se convirtió en una derviche que giraba, arrojando mangalores contra las paredes.

En la sala de conciertos, la Diva terminó su canción y agradeció el atronador aplauso.

El público estaba en pie.

En ese preciso instante, Leeloo también terminó, y agradeció irónicamente los lastimeros gruñidos de los maltrechos mangalores desparramados en la destrozada *suite* de la Diva.

El público estaba por los suelos.

Pero un guerrero mangalore había escapado.

Se escabulló por la puerta y corrió por el pasillo, hacia la sala de conciertos.

Encontró a Akanit y sus guerreros inmóviles en el vestíbulo, frente a la sala de conciertos.

Hasta ellos habían quedado cautivados por la música de la Diva.

—¡Era una emboscada! —susurró el mangalore fugitivo a la oreja perruna de Akanit.

Akanit escuchó la historia y la rabia le afeó aún más el monstruoso rostro.

—¡Si quieren guerra, tendrán guerra!

Hizo una seña a sus abominables guerreros.

—¡Cargad!

Montaron los ZF1.

Cornelius y el jefe de seguridad entraron juntos en la estación central de seguridad del Fhloston Paradise.

—¡Usted lo prometió! —rezongaba el padre Cornelius, que precedía la marcha... esposado.

El jefe lo seguía empuñando un arma.

—Tenía los dedos cruzados —dijo el jefe.

Leeloo recogió la caja de oro y marfil que el mangalore había soltado. Se le iluminaron los ojos cuando vio los iconos de los cuatro elementos. Estaba por abrirla...

¡Cuando la puerta de la *suite* se abrió de golpe!

Zorg estaba en el umbral, empuñando un ZF1.

—¡Mis felicitaciones, primor! —dijo, echando una rápida ojeada a la caótica escena—. Gracias por hacer el trabajo sucio. ¡Yo no lo habría hecho mejor!

Su voz se volvió glacial. El ZF1 zumbó malévolamente.

—Ahora entrégame las piedras.

Leeloo sonrió y le arrojó la caja.

Zorg se tambaleó y apenas logró sujetarla.

Cuando volvió a mirar, vio que Leeloo brincaba en el aire. Con una voltereta olímpica, desapareció por el mismo boquete que le había servido para bajar.

El furioso Zorg roció el techo con fuego láser.

¡Bratbratbrat!

El conducto estaba obscuro, pero la lluvia de balas abrió puntitos de luz semejantes a estrellas.

¡Bratbratbrat! ¡Bratbratbrat!

Leeloo bailó de un lado a otro, esquivando las balas mientras corría.

¡Bratbratbrat! ¡Bratbratbrat! ¡Bratbratbrat!

Zorg vació el cargador.

¡Bratbratbrat! ¡Bratbratbrat! ¡Bratbratbrat!

La puerta de la estación de seguridad central cayó acribillada por las balas. Varios mangalores irrumpieron disparando sus ZF1.

—¡Que nadie se mueva! —gruñó Akanit—. ¡Tomamos el mando de este buque!

El jefe de seguridad se arrojó al suelo, con Cornelius al lado.

—Detesto hacer reproches, pero lo cierto es que se lo advertí —dijo Cornelius.

Fog se había apostado en la parte trasera de la sala de conciertos, donde podía observarlo todo sin perderse la magnífica canción de Diva Plavalaguna.

Y era una canción magnífica.

Ella saludaba por décima vez y él aplaudía fervorosamente con el resto de la multitud cuando...

¡Uap!

La puerta del vestíbulo se abrió con violencia, tumbándolo y haciendo cascabelear todos sus colgantes.

Tres mangalores irrumpieron en la sala de conciertos.

—¡Todos al suelo! —gritaron.

Y empezaron a disparar.

¡Bratbratbrat! ¡Bratbratbrat! ¡Bratbratbrat!

La alarma general se activó.

¡Rrriiiiiiiiiirrrrr!

Zorg arrojó el cargador vacío. Estaba por recargar el ZF1 cuando oyó una alarma a lo lejos.

¡Rrriiiiiiiiiirrrrr!

La alarma general.

—Conozco esta música —dijo, riendo entre dientes.

Amaba el caos y la confusión, y sabía cómo agravarlos.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó un pequeño aparato cilíndrico.

Una mininuclear.

—¡Cambiemos el ritmo! —dijo.

Pegó la bomba a la pared y apretó un interruptor diminuto.

El temporizador inició la cuenta regresiva.

30.00.

29.59.

Con una sonrisa morbosa y triunfal, Zorg se puso la caja de oro y marfil bajo el brazo y salió de la *suite*.

—¡Damas y caballeros! —gritó Loc Rhod por su micrófono volante—. ¡Algo está pasando aquí! ¡Creo que nos atacan!

—No me digas —masculló Korben.

¡Bratbratbrat! ¡Bratbratbrat! ¡Bratbratbrat!

—¡La sala de conciertos está abarrotada de alienígenas armados! —exclamó el alborotado locutor.

¡Budabudabudabudabudabudabudabuda!

Los guardias de seguridad de Fog estaban respondiendo el fuego.

Fog mismo se incorporó, haciendo tintinear esposas y cadenas, y buscó su arma.

¡No estaba en la funda!

La vio en el suelo. Se le había caído. Fue a recogerla.

Apretó el gatillo.

Clic-clic-clic.

¡Encasquillada!

Fog se levantó, tratando de desatascar el arma, cuando los mangalores vieron su insignia (o insignias) y dispararon.

¡Bratbratbrat! ¡Bratbratbrat! ¡Bratbratbrat!

La andanada lo lanzó por una puerta de acceso hacia un pequeño depósito de almacenaje.

¡Bratbratbrat! ¡Bratbratbrat! ¡Bratbratbrat!

¡Budabudabudabuda!

Korben miró la sala de conciertos, tratando de discernir quién disparaba contra quién.

Luego eso perdió importancia.

La Diva recibió un disparo.

¡Bratbratbrat!

¡Una, dos veces!

Dio media vuelta, se arqueó...

... y cayó del escenario en brazos de Korben.

Korben la echó en el suelo, apartándola de la línea de fuego.

Ignorando el pánico general, la arrojó en su chaqueta, tratando desesperadamente de contener la hemorragia de brillante sangre azul.

La puerta del garaje se abrió.

Un ZFX200 salió disparado, alejándose de Fhloston Paradise, rumbo a las altas, blancas y algodonosas nubes.

Zorg iba sentado ante los controles, frunciendo el curtido rostro en un rictus de demoníaca alegría. Palmeó la caja de oro y marfil que llevaba al lado.

—Si quieres hacer algo —se dijo con satisfacción—, hazlo tú mismo.

Korben apoyó la cabeza de la Diva en el suelo con la mayor suavidad posible. Ella movió los ojos.

Loc Rhod estaba acucillado detrás de su asiento, parloteando sin cesar frente al micrófono volante.

—¡Son horrendos! ¡Tienen una cresta en la cabeza, ojos de sapo y la mano llena

de dedos! ¡Totalmente abominables!

A media galaxia de distancia, en la oficina del presidente, los científicos y generales escuchaban atentamente la emisión radial.

—¡Totalmente abominables! —canturreó Loc Rhod.

—¡Mangalores! —dijo el general Munro.

El presidente Lindberg ya lo había deducido.

—¡Envíen un batallón de inmediato!

—Fui enviado por el gobierno para ayudarte —le dijo Korben a la Diva Plavalaguna—. Creo que he fallado.

—No te preocupes —susurró la beldad alienígena—. Éste es mi destino. —Sus ojos aletearon—. ¿Cómo estuvo el concierto?

Korben quedó pasmado. Esa mujer se estaba muriendo y sólo quería saber cómo había salido el recital.

Pero ¿por qué no? A fin de cuentas era una artista.

—¡Nunca he oído nada tan bello! —respondió, con toda sinceridad.

La Diva sonrió lánguidamente. Su voz ya sonaba muy lejana.

—Eres un buen hombre —susurró—. Ella hizo bien al escogerte.

Korben creyó haber oído mal.

—¿Quién?

—El Quinto Elemento. El Ser Supremo. Enviado a la Tierra para salvar el universo.

Korben quedó anonadado.

—¿Te refieres a...?

La Diva asintió.

—Leeloo. Debes darle las piedras sagradas. Es la única que sabe usarlas.

¡Bratbratbrat! ¡Bratbratbrat! ¡Bratbratbrat!

¡Budabudabudabuda!

Korben miró hacia arriba. La batalla continuaba. Desenfundó su arma.

—Pero ella necesita tu ayuda —continuó la Diva—. Y tu amor. Es más frágil de lo que parece.

Korben permaneció agazapado y liquidó a dos mangalores atacantes.

Cayeron entre los asientos baratos, aullando de dolor.

—¡Sí, también yo! —dijo Korben.

La Diva le cogió la mano y lo obligó a aproximarse.

—Ella fue creada para proteger la vida, no para vivirla. Si quieres que viva, ella debe aprender a amar.

Cerró los ojos.

La puerta de la *suite* de la Diva se abrió en silencio.

El robot de limpieza echó un vistazo, emitió dos bips y continuó viaje.

En la pared, el pequeño cilindro relucía y el contador de cristal líquido se movía.

20.00.

19.59.

—¡No puedes morir! —dijo Korben.

Palmeó con suavidad las mejillas de la Diva.

Ella tenía los ojos cerrados. Su vestido estaba empapado de sangre azul.

—Tenemos que salvar el mundo, ¿recuerdas? ¿Me oyes? ¿Dónde están las piedras sagradas?

Ella movió los párpados. Apenas.

Podía haber sido la respiración de Korben.

EN ÓRBITA, anunció la pantalla del panel de instrumentos del XFX200.

Zorg se elevó flotando desde el asiento.

Esa navecilla era tan primitiva... No tenía pseudogravedad.

Pero ¿qué le importaba? ¡Tenía lo que había ido a buscar!

Cogió la caja de oro y marfil que flotaba en las cercanías.

Zorg se detuvo un instante a admirar la tapa con la talla de los cuatro elementos.

Y después la abrió.

Sensación de *déjà vu*.

¡Vacía!

—¿Dónde están las piedras?

La Diva abrió los ojos por última vez.

Vio a Korben Dallas, taxista, héroe de guerra, ahora empeñado en salvar el universo.

Sonrió débilmente.

Una última sonrisa.

—Las piedras... están conmigo...

Brotó sangre azul de su boca. La Diva cerró los ojos por última vez y murió en brazos de Korben.

En el conducto, encima de la cabina de la Diva, Leeloo se retorció, sufriendo un

dolor repentino e indescrptible.

—¡Noooooo!

—¡Las manos en la cabeza!

Korben miró a su alrededor y vio que los mangalores controlaban los pasillos, el escenario, las entradas y salidas de la sala de conciertos.

Lo controlaban todo.

—¡Todo el mundo! —rugió un mangalore.

—¡Mi hombre! —susurró Loc Rhod. Estaba escondido a pocos metros de Korben, bajo una fila de butacas—. Creo que deberíamos obedecerles.

—Dame un minuto —dijo Korben. Estudiaba el cuerpo yerto de la Diva, repitiendo sus últimas palabras.

—Las piedras están conmigo. *Conmigo*.

—Oye, tú.

Las reflexiones de Korben fueron interrumpidas por la ruda y nudosa mano de un mangalore, quien lo cogió del cuello y tiró...

... sólo para perder el equilibrio ante una veloz toma de judo, volar sobre el hombro de Korben y aterrizar sobre su piel de lagarto con un...

¡Uumb!

Cuando el mangalore abrió los ojos, vio a Korben encima de él. Korben metió el arma en la boca del guerrero alienígena.

—¡Dije que me dieras un minuto!

Korben llamó a Loc Rhod, que salió de su escondrijo.

—Sostén esto —dijo Korben. Puso la culata del arma en la mano de Loc Rhod, dejando el cañón insertado en la boca abierta del aterrado mangalore.

—Oye, Korben... —se quejó Loc Rhod.

Pero Korben no lo escuchaba.

Estaba arrodillado sobre el cuerpo de la Diva Plavalaguna, repitiendo sus últimas palabras como un mantra.

—Las piedras están conmigo... las piedras están conmigo...

Korben apretó el estómago de la Diva.

Era blando.

Luego duro.

—¿Las piedras están *en mi*?

Titubeando sólo un instante, hundió la mano en la herida abierta del costado de la Diva.

Y extrajo una piedra sagrada.

—¡Sí!

El grito de Korben sobresaltó a Loc Rhod.

¡Blam!

La tapa de los sesos del mangalore voló. Su cerebro salpicó el borde del escenario.

—¡Vaya por Dios! —dijo Loc Rhod—. Perdona tío.

Korben extrajo otra piedra, luego otra, y otra.

Las cuatro estaban cubiertas de brillante sangre azul.

Se arrancó la camisa para envolver las piedras, luego entregó el bulto a Loc Rhod.

—Si pierdes estas piedras, te prometo que te dejaré como él.

Señaló al mangalore muerto.

—¿Entiendes?

—Onda —dijo Loc Rhod—. Superonda.

—Bien. Sígueme.

—Onda. Superonda.

Las palabras de Loc Rhod se oyeron claramente por los altavoces gemelos del escritorio del presidente de la Federación Unida.

El presidente se enjugó el rostro con una toalla.

—¿Cuántas personas estarán escuchando esto? —preguntó a uno de los científicos.

—Cincuenta y dos mil millones, señor.

El presidente se volvió hacia el general Munro.

—¿Ésta es su idea de una operación discreta?

—No se preocupe, señor —dijo nerviosamente el general (aunque él sí parecía preocupado)—. Conozco a Dallas. Él calmará las cosas.

—Eso espero.

¡CRASH!

Las puertas de cristal de la sala de conciertos se partieron en mil pedazos cuando dos guerreros mangalores las atravesaron volando y cayeron en el vestíbulo.

Detrás de ellos venía Korben con un ZF1 en cada mano.

—¡Todos al suelo! —bramó, barriendo el vestíbulo con fuego láser y derribando a los mangalores en retirada.

¡Bratbratbrat! ¡Bratbratbrat! ¡Bratbratbrat!

¡Bratbratbrat! ¡Bratbratbrat! ¡Bratbratbrat!

Sonaron disparos a la derecha y Korben se arrojó al suelo, rodando detrás de una maciza columna con volutas.

Loc Rhod se deslizaba junto a él, todavía parlotteando por el micrófono.

—¡Esto es asombroso! Korben, Korben Dallas, ganador del concurso de las croquetas Gemini, acaba de liquidar a tres guerreros como si matara moscas.

¡Bratbratbrat!

Otros dos mangalores disparaban contra la columna, arrancándole filosas astillas.

¡Brang! ¡Tuang!

—Vamos —dijo Korben, rodando por el vestíbulo hasta el bar.

—¡De ningún modo! —dijo Loc Rhod. Mientras los mangalores se concentraban en Korben, el ágil locutor trepó por una cortina al balcón, donde continuó comentando la acción que se desarrollaba abajo.

Barrap barrap barrap.

Otro mangalore usaba su ZF1 como lanzamisiles, destruyendo el bar parte por parte. Los misiles se aproximaban cada vez más a Korben.

¡Clitclit!

El ZF1 de Korben estaba vacío. Mirando alrededor desesperadamente, vio un rifle láser abandonado en una mesa de billar.

La estrella del cine galáctico Baby Ray estaba escondida bajo la mesa de billar.

—¡Páseme el arma! —gritó Korben.

—¿Qué? —Baby Ray asomó la cabeza justo cuando otro misil destrozaba otro sector del bar.

—¡El arma, por el amor de Dios! —gritó Korben. Señaló el ZF1, que estaba entre las bolas de billar.

—¡Ah! —dijo Baby Ray.

Cogió un par de bolas y las hizo rodar por el suelo hacia Korben.

—Gracias —ironizó Korben—. Eso será una gran ayuda.

—¡Manos arriba!

Korben alzó los ojos.

Un mangalore miraba por encima del bar, con un ZF1 en la mano.

—Levántate. Despacio.

Korben se levantó.

Despacio.

Siempre despacio, se subió a la barra. El mangalore estaba en pie sobre un panel que había caído del techo y que se mantenía en equilibrio sobre el cadáver acribillado de otro mangalore.

—¡Baja de ahí! —dijo el mangalore.

—De acuerdo.

Korben saltó de la barra al panel.

El panel se levantó como un balancín y arrojó al mangalore por los aires.

La abominable cabeza del mangalore chocó contra el balcón y lo atravesó, deteniéndose a dos centímetros del aterrado rostro de Loc Rhod.

—¡Ayyy!

—¡Ay! —respondió el mangalore, cara a cara con el locutor.

El alienígena, con reflejos de guerrero, apretó el gatillo del arma, rociando el vestíbulo con balas láser...

¡Bratbratbrat!

... tres de las cuales eliminaron a otros tres mangalores que corrían hacia Korben.

—¡Uac!

Loc Rhod detuvo el fuego golpeando la cabeza del mangalore con la camisa llena de piedras.

—¡Lo siento, amigo!

¡Bratbratbrat!

Otros tres mangalores irrumpieron en el balcón, disparando sus armas.

—¡Korben, amigo! —gritó Loc Rhod—. Socorro.

—No te muevas —dijo Korben.

Rodando hasta quedar bajo el balcón, disparó el cargador entero hacia arriba, trazando un círculo en su suelo. Loc Rhod cayó a los pies de Korben.

—¡Uuuf! —dijo Loc Rhod, que por una vez se quedó sin palabras.

Loc Rhod miró con curiosidad mientras Korben partía el arma vacía en dos, sacando un cartucho interior que arrojó contra la parte inferior del balcón.

El cartucho se adosó, y una luz empezó a parpadear.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el locutor.

—¡Lo sabrás dentro de diez segundos! Nueve, ocho... ¡vamos!

Korben cogió a Loc Rhod y lo empujó hacia la mesa de billar. Viendo que la mesa tenía ruedas, el locutor supo qué hacer. Juntos, los dos hombres empujaron la mesa hacia el largo pasillo de la sala de conciertos y se metieron debajo en cuanto empezó a rodar.

¡Bratbratbrat!

Los mangalores del balcón dispararon hacia abajo. La mesa de fieltro verde estalló en fragmentos, pero ninguna bala láser penetró hasta el fondo, donde Korben y Loc Rhod se habían escondido.

La mesa rodaba con creciente velocidad.

¡BRUUUM!

El balcón desapareció tras un muro de llamas.

En la sala de conciertos se hizo un repentino silencio.

Un silencio absoluto.

Korben y Loc Rhod salieron de debajo de la mesa de billar. Korben cogió un ZF1 que había caído al piso.

Una puerta de servicio se abrió a un lado del pasillo.

Korben giró, montando el arma.

Salió un policía bajito y maduro, engalonado con toda clase de insignias y dispositivos. Empuñaba un arma.

—¡Que nadie se mueva!

—¿Eh? —Loc Rhod miró a ese cómico policía y a Korben.

—Soy el capitán Fog, y estoy a cargo de la seguridad del concierto.

—Bien —dijo Korben—. Eres justo el hombre que andaba buscando.

Arrojó su gran arma a ese pequeño hombre.

—Estás a cargo.

Aferró el brazo de Loc Rhod y se lo llevó de la sala.

—¿Leeloo?

Korben vacilaba entre la esperanza y la desesperación al entrar en la cabina de la querida Diva.

Desmantelada por los mangalores y luego baleada por Zorg, la cabina era un caos.

Pero Korben apenas reparó en la sangre, los cadáveres y los trastos desperdigados.

Sólo vio la barra luminosa de la cadena láser, astillada y desparramada en el piso, parpadeando tenuemente mientras dejaba de existir. Sólo vio el boquete del cielo raso por donde Leeloo había escapado.

—¡Leeloo!

Estaba tan desesperado por encontrarla que salió de la *suite* en cuanto vio que ella había desaparecido.

No oyó la queda respuesta que llegó desde el conducto que estaba encima del cielo raso.

Leeloo estaba débil. Estaba malherida y sangraba, pero le había oído.

—Kor... ben...

Korben no vio la mininuclear adherida a la pared, ni la pantalla de cristal líquido donde seguía la cuenta atrás.

10.00

09.59.

Entretanto, en el espacio exterior, un ZFX200 acababa de efectuar una curva cerrada para regresar a Fhloston.

Zorg iba en los controles, tan ciego para las bellezas del espacio interestelar intragaláctico como lo era para las virtudes de la bondad y la compasión.

En el suelo de la cabina había una caja vacía hecha trizas.

Zorg mascullaba.

—No me siento feliz. En absoluto.

Entretanto, en el cuartel general de seguridad central del Fhloston Paradise, los últimos integrantes del grupo de ataque mangalore se habían parapetado en la parte trasera de la estación.

Estaban sitiados por los policías, pero todavía tenían municiones en abundancia y disparaban contra todo lo que se moviera o tratara de entrar.

Llegó Korben, aún buscando a Leeloo. Encontró a Fog entre los policías del corredor.

—¿Todavía estás a cargo?

—Sí, señor —respondió Fog.

—¿Cuántos hay allí?

—No sé.

—Contemos —sugirió Korben.

Fue hasta la puerta y asomó la cabeza. Cautelosamente, para no enfervorizar a los guerreros de adentro.

—Siete a la izquierda —dijo—. Cinco a la derecha.

Fog asintió sin comprender. ¿Y qué?

Korben asomó la cabeza de nuevo, esta vez acompañado por su ZF1.

¡Bratbratbrat! ¡Bratbratbrat! ¡Bratbratbrat!

—Seis a la izquierda, uno a la derecha —murmuró Korben, recargando—. Tenemos que encontrar al líder.

—¿Líder? —repitió Fog.

—Los mangalores no pelean sin líder.

Como en respuesta al comentario de Korben, hubo un movimiento dentro de la estación.

Akanit se levantó.

Arrastró al padre Cornelius a campo abierto, para que todos lo vieran.

Apretaba un arma contra la espalda del viejo sacerdote.

—Un disparo más y empezamos a liquidar rehenes —dijo Akanit—. ¿Entendido?

—Encontré al líder —masculló Korben.

—Enviad a alguien a negociar —gritó Akanit.

—¿Puedo ir yo? —le preguntó Korben a Fog—. Soy un excelente negociador.

Fog asintió. Sus medallas tintinearón.

Se incorporó y respondió:

—Enviaremos a alguien que está autorizado para negociar.

Korben se levantó y atravesó la puerta deprisa. Caminó directamente hacia Akanit y le metió un balazo en la cabeza.

Mientras el líder mangalore se tambaleaba y caía, Korben miró a los desconcertados guerreros.

—¿Alguien más quiere negociar?

Fog quedó impresionado.

—¿Dónde habrá aprendido a negociar así? —se preguntó en voz alta.

El presidente, que había seguido toda la operación desde su oficina, miró fijamente al general Munro.

—Quién sabe —se preguntó, también en voz alta.

Munro tembló bajo la mirada fulminante del presidente y desvió los ojos.

Mientras la policía reunía al resto de los pasmados mangalores, Korben fue al panel de control de seguridad central y miró la hilera de pantallas que mostraban cada rincón del Fhloston Paradise.

Y buscó... buscó... buscó...

—Tal vez esté muy enfadado conmigo —dijo una voz a su lado.

Korben se volvió y vio al padre Cornelius.

—Le comprendo —continuó el sacerdote—. Pero quiero que sepa que lucho por una causa noble.

—Sí, ya lo sé. Quiere salvar el mundo —dijo Korben, sin dejar de buscar—. Pero yo sólo quiero encontrar a Leeloo.

Cornelius se alarmó.

—¿Leeloo tiene algún problema?

—Pero ¿cuándo no tiene problemas? —masculló Korben.

—¡Hola, amigos! —dijo Loc Rhod, que había regresado. Micrófono volante, piedras y demás.

¡Rriinnng!

Vuelo entrante.

El oficial del garaje abrió la puerta.

Un ZFX200 se instaló en la dársena.

Era el mismo que acababa de despegar.

—¿Más problemas? —le preguntó el oficial al piloto.

—Nada que no pueda solucionar por mi cuenta —dijo Zorg. Alzó su ZF1.

¡Bratbratbrat! ¡Bratbratbrat!

Korben sabía algo sobre la persecución.

Era una ciencia.

Primer principio: regresar siempre al último lugar donde uno ha visto a la presa.

Regresó a la estropeada habitación de la Diva.

Loc Rhod y Cornelius lo siguieron.

Los robots limpiador y forense se habían llevado los cuerpos, pero la habitación todavía era un caos, con un gran boquete en el cielo raso.

—¡Leeloo! —gritó Korben.

Mientras Korben revisaba los armarios, el cuarto de baño, la pequeña cocina, Loc Rhod estudió el dispositivo de aspecto maligno adherido a la pared.

—Korben, hombre, ¿qué es esto?

Korben le echó una ojeada.

—Una bomba molecular. Una mininuclear.

—¿Y esos números? ¿Qué son? —preguntó Loc Rhod.

03.01.

03.00.

02.59.

—Tal vez el tiempo que falta para que estalle —dijo el padre Cornelius, mientras ayudaba a Korben en la búsqueda de Leeloo.

Loc Rhod sonrió, o trató de sonreír.

—Me lo decís para asustarme, ¿verdad? En todos estos hoteles hay detectores de bombas. Si esto fuera una bomba, habría sonado la alarma.

En ese momento sonó una sirena, seguida por una estridente voz robótica.

—¡ESTO-ES-UNA-ALERTA-TIPO-A! POR-RAZONES-DE-SEGURIDAD-ES-PRECISO-EVACUAR-EL-HOTEL.

El padre Cornelius y Korben continuaron su búsqueda.

Loc Rhod estaba patitieso.

En los pasillos del gran navío, la reacción fue más dramática.

—¡ALERTA-TIPO-A! DIRIJANSE-CON-CALMA-A-LOS-BOTES-SALVAVIDAS-DE-LOS-PASILLOS-PRINCIPALES.

La muchedumbre se lanzó en estampida hacia las salidas, pisoteando a los caídos. Los gritos hendieron el aire y sonaron disparos mientras las masas despavoridas irrumpían en los corredores buscando los botes salvavidas.

¡Pánico!

Cuando parecía que la situación no podía empeorar, Zorg salió del garaje, empuñando su ZF1 y arrasando con todo lo que se le interponía.

¡Bratbratbrat! ¡Bratbratbrat! ¡Bratbratbrat!

Fog se aplastó contra la pared y tocó un silbato, luego gritó con su voz más imperiosa:

—Por favor, ¡conserven la calma! La situación está totalmente controlada...

Sus palabras se perdieron en medio de la barahúnda general.

01.59.

01.58.

Loc Rhod miraba paralizado la cuenta atrás de la pantalla de la mininuclear molecular. La miraba con la fascinación impotente de un ratón ante la cobra que va a devorarlo.

—¡Oye, Hombre D! No me gusta molestarte...

Korben había acabado de registrar el dormitorio.

—Pero nos faltan, oye, como que dos minutos.

Korben fue hacia la bomba.

01.43.

01.42.

—Es el último modelo —dijo, estudiándolo—. Nunca lo había visto. Veamos si puedo desarmarlo. Necesito un alfiler.

Sin apartar los ojos de la bomba, extrajo un alfiler del complejo peinado de Loc Rhod.

A sólo un metro de distancia, Leelo miraba hacia abajo desde el conducto, por uno de los agujeros que Zorg había abierto en el cielo raso.

Estaba demasiado débil para llamar, sangrando por una herida, en el costado, que era exactamente igual a la de la Diva.

Metió el dedo en la sangre, insertó el dedo ensangrentado en uno de los agujeros del cielo raso.

Estaba justo encima de Korben, que trataba de desarmar la bomba con el alfiler.

Una gota de sangre salpicó en la mano de Korben.

Korben miró hacia arriba.

—Oye, ¿qué haces? —preguntó Loc Rhod—. ¡La bomba!

Sin prestarle atención, Korben arrastró una mesa hasta el agujero. Saltó hacia arriba y asomó la cabeza por el conducto.

Leelo lo recompensó con una débil pero tierna sonrisa.

—No te preocupes —dijo Korben—. ¡Ahora estoy aquí!

La sacó del conducto y la apoyó suavemente en el escritorio.

—Relájate —dijo—. Tenemos las piedras sagradas. Todo saldrá bien.

Loc Rhod no estaba tan seguro.

La pantalla decía:

00.32.

00.31.

—Korben —dijo—, ¿puedes prestarme treinta segundos de tu tiempo?

Korben pasó los dedos por la mejilla de Leelo en una caricia.

—Regreso enseguida.

Se acercó a la bomba y empezó a sondearla con el alfiler. Loc Rhod estaba quieto como una estatua, estudiando la pantalla de cristal líquido.

00.22.

00.21.

Hasta el micrófono volante estaba inmóvil.

Korben sintió un cosquilleo en la nuca. Se volvió y se topó con el cañón de un ZF1.

En el otro extremo del temible rifle láser estaba Zorg.

El lunático y multimillonario contrabandista sacó una tarjeta de crédito con banda magnética del bolsillo de su camisa.

—¿Me permites? —preguntó con una sonrisa.

Loc Rhod y Korben lo miraron fijamente.

00.14.

00.13

Zorg pasó la tarjeta por una ranura del costado de la bomba.

¡Blip! El temporizador inició otra cuenta atrás.

05.00.

04.59.

—Tiempo extra —dijo Zorg.

Loc Rhod se desmayó. El fiel micrófono volante lo siguió hasta el suelo.

Zorg ignoró al locutor inconsciente. Mantuvo encañonado a Korben.

—Pero bueno, ¿a quién tenemos aquí? ¿Es usted Korben Dallas? ¿El famoso ganador del concurso de las croquetas Gemini? ¿O es el Korben Dallas de la sección especial, enviado por el general Munro y el mismísimo presidente Lindberg?

Korben puso cara de preocupación.

—¿Sabes, Zorg? Esta clase de arma es muy peligrosa. Puedes lastimar a alguien con este juguete.

—¿Sí? —Zorg sonrió—. ¿No se usa para eso?

—Por suerte no está cargada —dijo Korben.

—¿De veras? —preguntó Zorg, que ya conocía ese viejo truco.

—De veras —le dijo Korben—. ¿Ves esa luz amarilla que parpadea en el flanco? Indica que está puesto el seguro.

—Buen intento —dijo Zorg (aunque no lo decía en serio)—. Pero verás, yo mismo construí esta arma, y sé exactamente cómo funciona. La luz amarilla no significa que esté puesto el seguro. Significa que el cargador está...

Epa.

—... vacío.

—Es bueno saberlo —dijo Korben. Echó hacia atrás su puño del tamaño de un jamón.

Despacio.

Saboreando el momento.

Zorg trató de disparar.

Clitic-clitic-clitic.

—¡Un cargador de tres mil disparos! —dijo Zorg—. ¡No puede ser que haya hecho tres mil disparos!

—Deberías aprender a contar —dijo Korben—. No es tan difícil. Mira, yo te enseñaré.

¡Crunch! Un puñetazo en la cara.

—Uno. Esto por dispararme.

¡Crunch!

—Dos. Esto por tratar de matarme. Y...

¡Crunch! ¡Crunch! ¡Crunch!

—Y el resto por lo que le hiciste a mi esposa.

¿Esposa?, se preguntó Zorg, justo antes de que se le apagaran las luces.

A varios cientos de años luz, el presidente y su general reaccionaron de formas totalmente opuestas ante los brutales sonidos que llegaban al despacho por el enlace sónico del micrófono abierto de Loc Rhod.

El presidente Lindberg cerró los ojos, y costaba saber si era de pena o deleite.

El general Munro movía los hombros como un boxeador, como si fuera él y no Korben quien le pegaba a Zorg.

03.00.

02.59.

—¡De nuevo se acaba el tiempo! —exclamó el padre Cornelius.

—¡Vámonos de aquí! —dijo Korben. Cogió a Leeloo en sus fuertes brazos y se dirigió hacia la puerta.

El famoso presentador todavía estaba desmayado en el suelo.

El padre Cornelius se arrodilló y lo despertó de una bofetada.

Loc Rhod se incorporó.

—¿Está loco, padre? Me ha hecho daño, ¿sabe? ¡No siento los dientes!

—No importa —dijo Cornelius, ayudándolo a incorporarse. Cogió la camisa manchada de sangre azul que contenía las piedras—. ¡Lo único que necesitas son tus piernas!

—No empujen —dijo Fog—. Hay lugar de sobra.

Nadie se dejó engañar.

La enorme multitud llenó el corredor, dirigiéndose hacia los diminutos botes salvavidas.

Los tres asistentes de Loc Rhod se encontraban entre los primeros.

—Deprisa, señoritas... eh, caballeros —dijo Fog, a quien habían engañado los trajes unisex.

Los tres se detuvieron, buscando a su jefe, su mentor, su héroe, icono y líder legendario: Loc Rhod.

—¡No podemos partir sin nuestro jefe! —dijo el primero.

—No nos iremos sin nuestro jefe —dijo el segundo.

—¡Claro que no! —dijo el tercero.

—Este es el último bote —dijo Fog.

Tres caras idénticas se alargaron.

—Tal vez ya se haya ido —dijo el primero.

—Creo que he visto cómo se iba —dijo el segundo.

—Estoy seguro, le vi partir —dijo el tercero.

Y los tres saltaron al bote, que ya se apartaba del lujoso hotel flotante.

—¡Dos minutos para completar la evacuación! —dijo el altavoz mientras Korben, Leeloo, Loc Rhod y el padre Cornelius corrían hacia el garaje.

Korben rompió el cierre de la primera nave que le pareció apropiada.

El ZFX200 de Zorg.

En la demolida *suite* de la difunta Diva, Zorg recobraba el conocimiento.

Alzó la magullada y maltrecha cabeza buscando su arma.

La pantalla de cristal líquido anunciaba:

01.12.

01.11.

En el ZFX200, Korben sacó la caja rota del asiento del copiloto y acomodó a Leeloo.

Le puso el cinturón de seguridad suavemente. Loc Rhod y Cornelius se acomodaron en la parte trasera de la estrecha cabina.

Zorg cogió su ZF1 y lo estudió.

—Yo no hice tres mil disparos. ¿O sí?

—Un.minuto.para.evacuación.total —dijo el altavoz.

—¿Sabes pilotar esta cosa? —preguntó Loc Rhod.

Korben se sujetó al asiento del piloto.

—Es como un taxi, ¿o no? —preguntó secamente.

Loc Rhod pestañeó.

—Treinta-segundos-para...

—¿Alguien sabe abrir la puerta del garaje? —preguntó Korben.

Loc Rhod negó con la cabeza.

Cornelius negó con la cabeza.

Zorg todavía estudiaba su arma vacía cuando la pantalla de la bomba parpadeó.

¡Blip!

¡Los últimos diez segundos!

00.09.

00.08.

Zorg apretó un botón oculto en el costado del ZF1 y lo sostuvo sobre su cabeza.

Un campo magnético color malva descendió del arma, envolviéndolo en un sarcófago protector indestructible.

—Ocho-siete...

El altavoz robótico se había sincronizado con la cuenta atrás de la mininuclear.

Loc Rhod y Korben buscaban frenéticamente en los interruptores y perillas del panel del ZFX200.

—¿Lo encontráis? —preguntó Korben.

Loc Rhod negó con la cabeza.

—Ni siquiera sé qué estoy buscando.

El padre Cornelius señaló una hilera de botones.

—Apretad todos —dijo.

—Buena idea —dijo Korben, haciendo volar los dedos.

Los servos gimieron.

Los motores magnéticos despertaron con un aullido.

Se abrieron válvulas y chasquearon solenoides.

Una batería de armas asomó por la proa del diminuto caza, todas apuntando hacia la puerta del garaje.

Un gatillo automático salió del salpicadero.

—Lo encontré —dijo Korben.

¡Blamblamblam!

La nariz del ZFX200 escupió una tormenta de cañonazos, arrancando la puerta del garaje.

—¡Aferraos con fuerza!

Korben empujó el acelerador.

La pequeña nave salió como una tromba del flanco del gran buque de lujo, elevándose en el cielo azul sobre el mar turquesa.

00.02.

00.01.

00.00.

¡BRRRRUUUUUUUUUMMMMMMMMMMM!

La *suite* de la Diva desapareció.

El corredor desapareció.

La ropa sucia desapareció.

La sala de conciertos y el bar desaparecieron.

Todo en una hirviente y devastadora ola de destrucción.

Los pasajeros, a salvo en sus diminutos botes salvavidas, presenciaron horrorizados la desaparición del lujoso buque, consumido por una bola de fuego.

De la cual sólo vieron salir una diminuta nave espacial, el ZFX200, remontándose hacia las nubes, perseguido por la gigantesca onda de choque.

Cornelius exhaló, comprendiendo que había contenido el aliento durante varios minutos.

—Igual que un taxi —dijo Korben, recostándose en el asiento del piloto.

Loc Rhod miró su reloj, confirmó si el micrófono seguía abierto y había recogido los sonidos de la explosión y la fuga.

Parloteó.

—Querida audiencia, vuestro locutor favorito está vivo y coleando. Son las siete, hora galáctica estándar, y es tiempo de noticias. Sintonizadnos mañana para otra aventura con un servidor... ¡Loc Rhod!

Apretó un diminuto interruptor.

Blip.

Fin de la transmisión.

Loc Rhod se reclinó y soltó un largo suspiro de satisfacción. Notó que el padre Cornelius y Korben lo miraban.

Sonrió tímidamente.

—¡El mejor programa de mi vida!

El general Munro entró en la oficina del presidente.

Sonreía. Una configuración inusitada ablandaba provisionalmente el tosco terreno

militar que era su rostro.

—El mayor Dallas tiene los cinco elementos a bordo —dijo Munro—. El sacerdote lo guía directamente hacia el templo.

El presidente Lindberg cerró los ojos con alivio.

—Gracias a Dios. Estamos salvados.

La onda de choque de la explosión del Fhloston Paradise produjo olas semejantes a las que una piedra crea en un estanque.

Gran piedra. Gran estanque. Grandes ondas.

A poca distancia de la nube de polvo, escombros y desechos volaba un sarcófago digital magnético color malva, que giró y giró y...

¡Tonk!

... cayó en una extensión nevada, en medio de un glaciar desconocido, en lo alto de una inaccesible cordillera de picos inexplorados, en pleno continente polar ignoto.

En lo alto de las torres de Manhattan, en la oficina de Zorg, sonaba el teléfono.

La secretaria hizo una pausa en su tarea de pulirse las uñas, el tiempo suficiente para atender.

—¿Sí?

—zxxdxx a esos condenados xxsszxc.

—Ah, señor Zorg. ¡Estaba tan preocupada!

—Fui zxzcxzxsx en el zxzxs.

—Lo lamento. No se oye bien.

En lo alto de las montañas polares del planeta Fhloston, una figura salió del boquete con forma de sarcófago que había en la nieve.

Zorg.

Magullado, maltrecho y ensangrentado, pero ileso.

Llevaba un teléfono celular.

—¿Ahora me oyes mejor?

—Sí, señor Zorg. Le oigo perfectamente. ¿Cómo estuvo el concierto?

—Escucha, que no hay tiempo para chácharas. Se me están agotando las baterías.

—Lo lamento, señor.

—Envía otro ZFX200, de inmediato.

—Al instante, señor. Se lo enviaré al hotel.

—No estoy en el hotel. ¡No hay hotel!

Blip.

—¡Oiga! ¡Oiga!

BATERÍA AGOTADA.

Silencio.

Un silencio sólo interrumpido por el gélido aullido del viento polar.
Zorg se sentó en un túmulo de hielo.
—Necesito pensar —masculló.

El presidente Lindberg y sus asesores militares celebraban su éxito con champán cuando un preocupado científico irrumpió en el despacho.

Todos los científicos parecen preocupados. Éste parecía más preocupado que de costumbre.

—Señor presidente...

—¿Sí? —dijo Lindberg con impaciencia—. ¿Ahora qué?

—Hay un problemita.

El científico le hizo un gesto a un técnico, que tocó un panel de la ventana de la oficina, convirtiéndolo en una pantalla galáctica de larga distancia.

La imagen, emitida desde una nave de guerra, mostraba una esfera planetaria de fuego oscuro surcando las regiones más negras y tenebrosas del espacio.

—¿Se está moviendo? —preguntó el presidente.

—No sólo se está moviendo —intervino el comandante de la nave de guerra—. Se está moviendo a velocidad increíble. Nos cuesta seguirlo.

El presidente miró al científico que le había llevado la mala noticia.

—¿Alguna idea de su destino?

El científico tragó saliva.

Asintió.

—La Tierra.

No hay nada más apacible que el espacio.

El pequeño ZFX200 se mecía suavemente mientras surcaba las capas entrelazadas del espacio-tiempo, impulsado a un alto múltiplo de la velocidad de la luz por los anudados mechones del motor de plasma de supercuerdas.

Korben no le prestaba atención. Había puesto el piloto automático.

Toda su atención se concentraba en la encantadora criatura que descansaba en sus brazos.

Acarició la perfecta frente de Leeloo.

Ella abrió sus ojos verdes.

—*Apiloulai* —susurró Korben.

Leeloo lo recompensó con una sonrisa que quitó brillo a los miles de estrellas.

—La Diva me pidió que te cuidara —dijo Korben.

—Los humanos actúan de forma tan rara... —susurró ella débilmente.

—¿A qué te refieres?

—Todo lo que creáis... se usa para destruir...

—Lo llamamos naturaleza humana —le dijo Korben—. ¿No te lo ha enseñado el ordenador?

—Aún no he terminado —dijo Leeloo—. Sólo he llegado a la V.

—Allí hay algunas palabras buenas.

—¿Cómo cuál?

—Como valiente. Como vulnerable. Como...

Un estridente ¡rrriinnng! interrumpió el interludio romántico.

El padre Cornelius atendió el teléfono en la parte trasera de la cabina.

—Disculpadme. Es un general, un tal Mambo.

—Munro —corrigió Korben. Encendió el ordenador que había frente a Leeloo y besó la frente más adorable del universo.

—Termina tu lección. Vuelvo enseguida.

Mientras Korben abandonaba su asiento para atender el teléfono, Leeloo se reincorporó a su tarea con entusiasmo.

Quiso volver a una de las letras que más la había impresionado. Buscó la G.

«Guerra.» La palabra estaba ilustrada con imágenes de la historia de la humanidad.

Guerra de Secesión, Segunda Guerra Mundial, Guerra de Troya, Guerra de Vietnam...

Lágrimas paralelas surcaron las mejillas más adorables del universo.

Lo primero que oyó Korben al atender el teléfono fue un carraspeo.

No era una garganta militar, sino presidencial.

—Mayor Dallas, ante todo quisiera presentar mis respetos a un guerrero, un auténtico combatiente, un deslumbrante ejemplo del poderío de este ejército. En nombre de la Federación y sus territorios, y de todos quienes luchan por la libertad y la democracia...

Korben sacudió el auricular con impaciencia.

—Señor presidente, ¿por qué no va al grano? ¿Cuál es el problema?

El presidente lanzó un profundo suspiro.

—Una bola de fuego de dos mil kilómetros de diámetro se dirige hacia la Tierra. Y no sabemos cómo detenerla. Ese es el problema.

—¿Cuánto falta para el impacto?

Hubo una pausa mientras el presidente consultaba a su personal científico.

—Si su velocidad permanece constante, una hora y cincuenta y siete minutos.

—Volveré a llamarlo dentro de dos horas —dijo Korben. Colgó.

El presidente se desplomó en el sillón, lleno de desesperación.

Korben regresó al asiento del piloto del pequeño XFX200. Activó los ultraturbos.

Menos de una hora después, la nave espacial estaba posada en la arena, bajo el sol del desierto. Korben salió, llevando a la inconsciente Leeloo en sus brazos. Los seguía Loc Rhod, llevando las piedras sagradas en la camisa ensangrentada.

El padre Cornelius ya estaba ocupado, cavando con las manos en el costado de una duna.

Korben lo interrumpió.

—Padre. El templo. ¿Dónde está la entrada?

—Por aquí cerca —dijo el viejo sacerdote—. Pero un año la duna está a la izquierda de la entrada, y al siguiente está a la derecha.

Siguió cavando.

Loc Rhod estaba por sufrir un infarto.

—¡No aguanto más! —exclamó—. ¡Soy una celebridad! No sirvo para ser un héroe en la vida real, sólo para representarlo en radio. ¡Enterradme donde caiga!

Y cayó exhausto en la arena.

Que se movió.

—¡Ayyy!

Loc Rhod dio un brinco cuando una trampilla se abrió en la arena debajo de él.

Salió David, el joven novicio.

—Gracias a Dios que estáis aquí.

Korben llamó a Cornelius, que seguía cavando en la arena.

—¡Lo hemos encontrado!

El presidente Lindberg dormitaba en el sillón.

Un asistente entró en la oficina y lo despertó suavemente.

—Acaban de aterrizar en el desierto.

El presidente se enjugó la frente presidencial, las cejas que parecían un juncal.

—¿Cuánto tiempo queda?

El asistente señaló la pantalla de la pared.

Mostraba un pequeño planeta azul que relucía como una piedra preciosa en la vastedad del espacio.

Una maligna bola de fuego oscuro volaba hacia él.

—¡Poco más de una hora, señor!

El padre Cornelius y David entraron primero en el largo pasaje que conducía a la cámara subterránea.

Korben los siguió, llevando a Leeloo en sus brazos.

Loc Rhod entró el último, con las piedras.

Cuando Korben llegó a la cámara central, David y Cornelius ya habían alumbrado la sala ceremonial con esferas de luz chispeante estratégicamente ubicadas.

Tosco y humeante, pero efectivo.

En el centro de la cámara había un altar.

Korben apoyó a Leeloo en el altar, con dulzura.

Incluso con reverencia.

En torno del altar había cuatro pedestales de piedra. El padre Cornelius iba de uno al otro, examinándolos.

—Éste debe de ser... el agua —dijo con incertidumbre.

Korben tuvo una sospecha.

—¡No me diga que no sabe cómo funciona!

—Claro que sé —dijo el padre Cornelius—. Teóricamente, al menos. Las cuatro piedras están situadas en torno del altar, y el Quinto Elemento está aquí, en el medio.

Señaló el altar donde Leeloo dormía apaciblemente.

—Si la configuramos bien, el arma contra el Mal debe funcionar.

—Pero usted nunca la ha visto funcionar —dijo Korben.

Cornelius se encogió de hombros.

—Eh, gracias a Dios... no.

Korben, siempre el hombre de acción, cogió una de las piedras de la camisa que Loc Rhod sostenía en los brazos como un bebé con protuberancias.

—Bien, veamos. Toda arma trae un manual. Tiene que estar por aquí.

Alzó la piedra en la luz opaca y humosa, examinando el símbolo que tenía tallado.

Aire.

La llevó a uno de los cuatro pedestales, donde también había un símbolo.

Aire.

Concordaban.

—Manos a la obra —dijo Korben—. Los símbolos deben concordar.

El padre Cornelius, David y Loc Rhod llevaron las tres piedras restantes, y después de algunos tropiezos, las hicieron concordar con sus respectivos pedestales.

Luego todos retrocedieron, observando lo que sucedía.

Esperando que sucediera algo.

—No pasa nada —dijo Korben—. No funciona.

—Claro que no. Todavía no —dijo el padre Cornelius—. Hay que abrir las piedras.

—¿Abrirlas? ¿Y sabe hacerlo?

—Teóricamente... —dijo el padre Cornelius—. Teóricamente... no.

En el otro lado de ese globo pequeño y amenazado, conocido como la Tierra, el presidente de la Federación Unida estaba en su oficina, mirando la imagen de la pantalla.

Mostraba un planeta oscuro dirigiéndose a la Tierra a velocidad cegadora.

—¡Leeloo!

Korben se inclinó sobre ella, tratando de despertarla.

—¡Las piedras! ¿Sabes abrirlas?

Korben tuvo que inclinarse para escuchar. Con la mano detrás de la espalda, indicó a sus compañeros que se callaran.

La voz de Leeloo era suave como la cuerda de un arpa.

—El viento sopla... el fuego quema...

—Ya lo sé, Leeloo —dijo Korben—. Pero ¿qué hay de las piedras?

—La lluvia cae.

—Déjela descansar —dijo el padre Cornelius—. Es la única manera de que sane.

Korben retrocedió, frustrado.

Levantó una piedra de su pedestal.

—La lluvia cae... el viento sopla... ¿qué diantre significa eso?

—¡Tal vez sea un juego! —sugirió Loc Rhod—. Como los acertijos.

—No —dijo Korben, poniendo la piedra en el pedestal—. Es mucho más simple. Si no averiguamos cómo se abren estas cosas en cinco minutos, estamos todos muertos. ¿Entiendes?

—¡Entiendo! —dijo Loc Rhod.

El planeta maligno se aproximaba. En vez de luz, irradiaba tinieblas. Su sombra lo precedía, extendiéndose sobre el planeta azul como un eclipse.

En el desierto, una obscuridad cubrió la arena, enfriándola al instante.

Dentro del templo, las esferas azules chisporrotearon y se apagaron.

En la oficina del presidente, un técnico apartó su preocupado rostro de la consola de comunicaciones.

—Hemos perdido contacto con Cornelius y Dallas.

—¿Cuánto falta? —preguntó el presidente.

—Tres minutos.

—¡No lo lograremos! —dijo Loc Rhod.

Empuñaba una linterna, mientras Cornelius, David y Korben probaban suerte con cada piedra, sacudiéndolas, volteándolas, entrechocándolas, todo en vano.

Loc Rhod se inclinó sobre una de las piedras y soltó un suspiro desesperanzado.

¡Pop!

Korben, David y Cornelius giraron sobre los talones al oír el ruido.

Loc Rhod cogió la piedra.

—¡Se ha movido! ¡Korben! ¡Korben!

Korben, Cornelius y David se aproximaron. La piedra parecía estar hinchándose.

—¿Qué has hecho? —preguntó Korben—. ¿Qué has dicho?

—¡Nada! Lo juro, no he hecho nada.

Korben cogió al locutor por la voluminosa hombrera.

—Mira, has hecho algo y se ha activado. Trata de recordar. Concéntrate. Dime exactamente qué has hecho.

Loc Rhod se inclinó sobre el pedestal.

—Yo estaba así, con las manos aquí, y he dicho «No lo lograremos». ¡Eso es todo!

—¿Y después? —preguntó el padre Cornelius.

—¿Y después? —preguntó David.

—¿Y después? —preguntó Korben.

—Y creo que después he suspirado. Así.

Loc Rhod suspiró.

¡Pop! ¡Pop!

La piedra se abrió aún más.

—¡Entiendo! —dijo Korben—. ¡El viento! ¡El viento sopla!

Se inclinó y sopló suavemente la piedra sagrada.

Apareció un pequeño cuadrado, mostrando un azul y brillante retazo de cielo, con nubes en miniatura. Un haz de luz amarilla iluminó la ancha sonrisa del curtido rostro de Korben.

—¡Cada cual a una piedra! —gritó—. ¡Agua para el agua! ¡Fuego para el fuego!
¡Tierra para la tierra!

David juntó un puñado de polvo y lo arrojó sobre su piedra.

¡Pop! ¡Pop! ¡Pop!

Apareció un retazo verde, y un haz verde alumbró su rostro joven y ávido.

El padre Cornelius buscó agua y no encontró. Se enjugó la frente con un pañuelo y lo exprimió para arrojar unas gotas de sudor sobre su piedra.

¡Pop! ¡Pop! ¡Pop!

Apareció una ventana diminuta, revelando un mar encrespado, con olas de cresta blanca. Un haz de luz azul alumbró la cara del viejo sacerdote.

Loc Rhod tenía problemas con la cuarta piedra.

Estaba hurgando en sus bolsillos (tenía muchos).

—¡No tengo lumbre! —dijo—. ¡Dejé de fumar la semana pasada!

Korben buscó en sus bolsillos y encontró su caja de cerillas.

Le quedaba una.

—¡No respiréis! —dijo.

Encendió la cerilla.

Una llama diminuta apareció...

Chisporroteó...

Onduló...

Se hizo un silencio total mientras Korben se aproximaba a la piedra con la cerilla encendida.

Loc Rhod, David y el padre Cornelius estaban tiesos como estatuas.

Leeloo yacía lánguidamente sobre el altar.

Cubriendo la diminuta llama con su manaza, Korben fue de puntillas hacia la cuarta piedra.

Acercó la llama a la piedra.

¡Pop! ¡Pop! ¡Pop!

Una parcela de fuego apareció dentro de la piedra, y brotó un brillante rayo rojo que se unió a los rayos amarillo, verde y azul en el techo del templo.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó el presidente.

Fijaba los ojos en la pantalla, ocupada por la visión pesadillesca de la bola de fuego oscuro.

—Un minuto.

—¡Leeloo! —dijo Korben.

La centró en el altar, donde se cruzaban los cuatro rayos.

—¡Vamos! Según el padre Cornelius, es tu turno.

En las sombras, el viejo sacerdote y su novicio rezaban quedamente.

Loc Rhod estaba junto a ellos, mascullando su propia forma de plegaria.

Leeloo se incorporó para ponerse de rodillas.

—Protege la vida... —dijo—. Hasta la muerte...

Cerró los ojos.

—¡Puedes dormir mañana! —dijo Korben, sacudiéndola suavemente—. Vamos...

—Quiero... dormir... para siempre.

—No —dijo Korben, sacudiéndola con más fuerza—. No puedes. El mundo te necesita, y yo también. Después te llevaré de vacaciones. Vacaciones de veras, todo el tiempo que desees. ¡Vamos! ¡Despierta, querida! ¡Hora de trabajar!

Korben retrocedió mientras Leeloo se incorporaba en la intersección de los cuatro rayos.

Se puso de pie, tambaleando, y un rayo de luz blanca se formó en torno de ella, apuntando al techo del templo.

—¡Vamos, Leeloo! —dijo Cornelius.

—¡Vamos! —dijo David.

—¡Onda! —dijo Loc Rhod.

El rayo blanco se elevó...

Pero se debilitó y diluyó cuando Leeloo cayó de rodillas en el altar.

Y rodó al suelo.

El planeta oscuro llenaba la pantalla.

El presidente quería cerrar los ojos, pero no podía.

Había sido boxeador en Annapolis, y conocía esa sensación.

Era demasiado familiar. Era el momento de la derrota, la espera del golpe que lo dejaría fuera de combate.

En cámara lenta.

—Cincuenta segundos —dijo el técnico.

—¡Leeloo!

Korben la levantó del suelo.

Las paredes rezumaban un misterioso líquido negro.

Brotaba de las paredes de piedra y caía en gotas abominables, como una aberración de ultratumba.

Rociaba todo el suelo, siseando ominosamente al caer.

Una gota cayó a los pies de Loc Rhod y abrió un agujero en el suelo de piedra.

¡Ssssssssss!

Loc Rhod retrocedió, esquivando otra gota.

Y otra.

Fuera lo que fuese, caía como lluvia. Una lluvia ácida definitiva y mortífera.

—¡Leeloo!

Korben la ayudó a subir de nuevo al altar, bajo la intersección de los rayos.

Trepó al altar con ella. Se puso de pie con ella, ayudándola.

—Si no cumples tu papel, todos moriremos —le susurró al oído—. Y eso no figura en mis planes de hoy.

Leeloo le rodeó el cuello con los brazos y se colgó de él, exhausta.

—¿De qué sirve? —susurró—. ¿De qué sirve salvar vidas, cuando veo lo que los humanos hacéis con ellas?

—Tienes razón —dijo Korben—. Pero hay muchas cosas buenas. Cosas bellas que vale la pena tener.

—¿Cómo qué?

—El amor, por ejemplo.

—Pero yo no sé... amar. Así que nadie me necesita, excepto para esto...

—Te equivocas. El mundo te necesita. Pero yo te necesito aún más. Más de lo que te imaginas. Levántate.

—¿Por qué? —Leeloo miró el rostro preocupado y atormentado de Korben—. ¿Por qué me necesitas?

—Pues porque... —dijo Korben.

—¡Díselo! —murmuró Cornelius para sus adentros—. ¡Díselo, por el amor de Dios!

Estaba aplastado contra la pared junto a David, el novicio.

Una gota de fuego negro cayó en la camisa de Loc Rhod.

¡Ssssssss!

Loc Rhod se arrancó la camisa y la tiró.

—¡Díselo! —murmuró el padre Cornelius.

—Pues porque... —repitió Korben.

Leeloo miró a Korben.

Sus ojos eran como planetas gemelos y verdes, llenos de lágrimas que parecían mares brillantes.

—Dímelo —dijo ella.

—Pues porque te amo —dijo Korben.

Leeloo sonrió tímidamente.

—Ahora tienes permiso.

—¿Permiso?

—Para besarme.

Y Korben la besó.

Y el rayo blanco brilló con más fuerza a su alrededor.

La Luz Divina se intensificó hasta llenar el templo y salir por el techo, desparramando arena (y un par de camellos perdidos) como una explosión mientras trepaba al cielo, donde hizo impacto en la bola de fuego negro, que comenzaba a entrar en la atmósfera.

En el templo, Korben y Leeloo se besaban como si no hubiera un mañana.

Pero lo había.

Gracias a ellos, habría un mañana.

El líquido negro que manaba de las paredes se solidificó en estalactitas que se astillaron y se desparramaron en el suelo del templo.

El planeta oscuro rechinó con una especie de aullido. Y comenzó a endurecerse y a formar cortezas.

En la oficina del presidente, dos ojos enormes se abrieron bajo cejas que parecían juncales.

El presidente comprendió que todavía vivía. Y también el planeta Tierra.

—El intruso parece haberse detenido, señor —dijo el técnico—. A cien kilómetros del impacto. Ha caído en una órbita inofensiva.

El presidente exhaló, y al hacerlo comprendió que no había inhalado en varios minutos.

La sensación de respirar era maravillosa, milagrosamente agradable.

Lindberg incluso sonrió.

El rayo blanco había perdido su intensidad, pero Korben y Leeloo todavía estaban de pie, bañados en la luz fluctuante que los lamía como las suaves olas de una marea en retroceso.

Fue un largo beso.

El padre Cornelius y David estaban de rodillas, terminando sus plegarias.

Loc Rhod abrió los ojos.

—Este tío es un fiero con las mujeres —le confió al padre Cornelius—. Lo supe en cuanto le vi.

Cornelius y David se echaron a reír.

Leeloo y Korben se seguían besando.

—¡Señor presidente!

La puerta del Laboratorio Nucleológico se abrió de golpe, y el presidente Lindberg entró seguido por su comitiva de asistentes, técnicos, científicos y asesores militares, todos en brillante traje ceremonial.

El profesor Mactilburgh se adelantó, inclinándose grácilmente ante sus huéspedes.

—Señor presidente —anunció un asistente—, permítame presentar al profesor Mactilburgh, que dirige el centro.

—Es un gran honor recibirle, señor presidente —canturreó Mactilburgh.

El presidente echó una rápida ojeada al laboratorio.

—¿Dónde están los dos héroes?

—Estaban tan agotados después de sus peripecias —dijo Mactilburgh— que esta mañana los pusimos en el reactor para que...

El presidente Lindberg lo interrumpió con un ademán de su mano presidencial.

—Tengo diecinueve reuniones después de ésta, profesor.

Mactilburgh comprendió que era mejor ir al grano.

—Si me lo permite, comprobaré si han revivido.

—Salimos al aire dentro de un minuto, señor presidente —susurró otro asistente.

Mactilburgh apretó un botón del costado de la cámara del reactor, y el escudo azul se volvió translúcido.

En su interior, Korben y Leeloo estaban abrazados, besándose.

Estaban desnudos.

—Yo... eh... creo que necesitan un poco más de tiempo, señor presidente —dijo Mactilburgh.

El presidente asintió. Oyendo un alboroto, se volvió hacia un asistente que sostenía nerviosamente un teléfono celular.

—No, señora —decía el asistente—. Lo he intentado. Lo sé. No, señora.

—¿Quién es? —preguntó el presidente.

El asistente cubrió el auricular.

—Una mujer que afirma ser la madre del mayor Dallas.

—Déjeme el teléfono.

El presidente cogió el auricular.

—Señora Dallas, habla el presidente. En nombre de toda la Federación, me gustaría agradecer...

El presidente frunció el ceño y apartó el teléfono de su oreja.

Todo el laboratorio se volvió hacia él y oyó una voz estridente y aguda.

—No me vengas con chorradas, Finger. Reconocería esa voz de bote de basura en un callejón oscuro durante una tormenta. Dile a ese inservible hijo mío que debería reventar por el modo en que ha tratado a su madre. ¡Cuando pienso en todos los

sacrificios que hice por él!

El presidente sostuvo el teléfono con el extremo de los dedos, como un pescado.

—Señor presidente...

El presidente miró por la ventana. Algo sucedía hacia el este.

A sus espaldas, la luz azul de la cámara bañaba a Korben y Leelo, todavía anudados en lo que parecía un beso eterno.

Afuera, en el este, una luz diáfana y plateada bañaba los edificios. El presidente sonrió. Era uno de sus espectáculos favoritos.

Las lunas despuntando sobre Manhattan.

Primero la vieja, después la nueva.



TERRY BISSON. (Owensboro, 12 de febrero de 1942) Escritor estadounidense de ciencia ficción y fantasía. Estudió en la Universidad de Louisville y actualmente reside en Oakland, California.

Bisson es conocido por escribir relatos breves, incluyendo *Cuando los osos descubrieron el fuego* (1990) por el que ganó el Premio Hugo al mejor relato corto en 1991 y el Premio Nébula en la misma categoría; en el año 2001 ganó su segundo Premio Nébula por *Macs* y su segundo Premio Locus, además de su primer Grand Prix de l'Imaginaire. También ha escrito varias novelas, entre ellas versiones de películas como *El quinto elemento* de Luc Besson y *Johnny Mnemonic*, basado en un relato corto de William Gibson.

Ha trabajado junto a Greg Bear, Roger Zelazny y Anne McCaffrey en el campo de la historieta. Además, escribió la novela *Saint Leibowitz and the Wild Horse Woman*, la secuela del *Cántico por Leibowitz* de Walter M. Miller.